

Unicuique suum



Non praevalent

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA

Diseñar nuevos mapas de esperanza





Sumario

EDITORIAL

La vida como tarea en la lógica
paradójica del amor
ANDREA MONDA en páginas 3-4

NUEVOS DOCUMENTOS

Un llamamiento a la fraternidad universal
a 60 años de *Nostra Aetate*
CRISTOBAL LÓPEZ ROMERO ENPÁGINAS 6-8

Una reflexión que introduce la idea
de unidad en *Nostra Aetate*.
Una Plataforma común
ARTURO LÓPEZ EN PÁGINAS 9-10

Carta apostólica del Papa León XIV
Diseñar nuevos mapas de esperanza
JOHAN PACHECO ENPÁGINAS 11-12

Un llamamiento a la fraternidad universal
a 60 años de *Nostra Aetate*
VÍCTOR MANUEL FERNÁNDEZ EN PÁGINA 13

PAPA LEÓN XIV Y EL AÑO JUBILAR

Jubileo de la vida consagrada
«Expertos en sinodalidad» para ser profetas al servi-
cio del pueblo de Dios en páginas 15-17

Jubileo de la Espiritualidad Mariana. ¡Tengan la au-
dacia del desarme! en páginas 18-20

Jubileo del mundo educativo en páginas 21-23

Entrevista a Alfonso Bullón de Mendoza.
La educación es también un acto de amor
ROCÍO LANCHO GARCÍA en páginas 24-25

Jubileo de los equipos Sinodales. Los cartoneros y
su labor. LORENA PACHO en páginas 28-29

ACTIVIDADES DE LA IGLESIA

Noticias y eventos eclesiales en páginas 30-54

DOCUMENTACIÓN

Intervenciones enpáginas 55-99



L'OSSERVATORE
ROMANO

Edición
en lengua española

Director editorial
ANDREA TORNIELLI

Director
ANDREA MONDA

Encargada de edición
SILVINA PÉREZ

Edición
ROCÍO LANCHO GARCÍA
ARTURO LÓPEZ RAMÍREZ
LORENA PACHO PEDROCHE

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va
Servicio fotográfico
teléfono +39 06 698 45851/45852
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo.vaticanmedia.va
Suscripción anual: 40 €
Departamento de suscripciones
(de 9:00 a 14:00)
Teléfono: 06 698 45450/45451/45454
e-mail: info.or@spc.va – diffusione.or@spc.va

La vida como tarea en la lógica paradójica del amor

ANDREA MONDA

En la homilía por la solemnidad de Todos los Santos, el Papa León XIV citó una bellísima meditación de san John Henry Newman, que al inicio de la misa había sido proclamado Doctor de la Iglesia y copatrón junto con santo Tomás de Aquino de todo lo perteneciente al mundo educativo: «Dios —escribía— me ha creado para hacerle algún servicio definido. Me ha encomendado alguna obra que no ha dado a otro. Tengo mi misión. Nunca podré conocerla en esta vida, pero me será revelada en la otra» (Meditaciones y devociones, Madrid 2007, 225)». Y ha añadido: «En estas palabras encontramos expresado de manera espléndida el misterio de la dignidad de cada persona humana y también el de la variedad de los dones distribuidos por Dios». Una reflexión que capta toda la naturaleza paradójica del catolicismo, la religión a la que Newman había llegado procedente del anglicanismo: la misión que Dios encomienda a cada hombre es a la vez precisa y confusa. Es precisa porque es personal, solo esa precisa persona puede cumplirla, nadie más, pero es también confusa en el sentido que es un misterio cuya comprensión es siempre un camino, un proceso marcado por la incompletitud, al menos en esta tierra. Reflexión vertiginosa que toca también el tema teológico, dramáticamente delicado, de la predestinación remarcando que, desde el punto de vista de la conciencia humana, es precisamente esta imprecisión, esta confusión, este “no saber” que salvaguarda la libertad y con ella la dignidad de cada ser humano. No es casualidad que el Papa concluyera su homilía citando a “su” san Agustín «que san John Henry



Newman apreciaba tanto, dijo una vez que somos compañeros de escuela que tienen un sólo maestro, cuya escuela y cátedra están en la tierra y en el cielo respectivamente (cf. Sermón 292,1)». ¡Qué maravilloso desequilibrio: toda la existencia humana vista como encontrarse en la “compañía” de un Maestro al que seguir a través de un “estudio” que tiene un pie en la tierra y otro en el cielo! La misma dimensión desproporcionada que se encuentra en la segunda lectura de la liturgia para la festividad de Todos los Santos, tomada de la primera carta de san Juan en la que el apóstol nos recuerda que «ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo vere-



mos tal cual es» (1 Jn 3, 1-3). Esta es la dimensión propia del cristiano, cuya existencia se mueve entre el “ya” y el “todavía no”. Este movimiento, esta tensión, arroja luz sobre el tema de la identidad. Un tema muy delicado hoy en día, muy “sensible”, no solo en el ámbito de la Iglesia sino también de la sociedad, la política, el mundo. La identidad es considerada hoy como algo claro y definido, casi estático, monolítico, rígido. Algo que no admite concesiones, percibido como algo “diluido” y, por consiguiente, inevitablemente termina siendo un elemento de división, oposición. Y sin embargo, aquí las palabras de Newman y Agustín, haciéndose eco de las del apóstol Juan, nos recuerdan que la identidad es ciertamente algo arraigado, no es rígido. Porque la raíz de la existencia cristiana está en el cielo. La identidad por tanto es más un proceso que un estado, un camino, un ascetismo que responde a la kènosi de Dios, que vive precisamente dentro de esa tensión, para la cual está constituida por una raíz fuerte, el amor paterno de Dios que nos quiere a todos como sus hijos, que, como amor, requiere libre adhesión e interpretación, precisa porque personal, por parte de estos seres “libres” (término con el que en latín se llamaba a los hijos). La identidad no es por tanto un escudo que debe mantenerse inmaculado en su pureza, sino que es un “trampolín” que da un fuerte impulso para lanzarse a la aventura de la existencia y conquistar su plenitud. Este

La identidad por tanto es más un proceso que un estado, un camino, un ascetismo que responde a la kènosi de Dios, que vive precisamente dentro de esa tensión, para la cual está constituida por una raíz fuerte, el amor paterno de Dios que nos quiere a todos como sus hijos

proceso es el que ha vivido y por tanto mostrado a todos el mismo Jesús que «no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Fil 2, 6-8). El primero en “perder” su identidad, en ponerla en riesgo, fue precisamente “el hijo” por excelencia, el Hijo de Dios. Y fue su poderoso y arriesgado acto de entrega, de darse por completo, según la lógica paradójica del amor, lo que le permitió conquistar la vida plenamente, incluso contra la muerte y más allá de ella. Esta es nuestra misión, precisa y arriesgada, al seguir al único verdadero Maestro.



Un llamamiento a la fraternidad universal a 60 años de *Nostra Aetate* Un solo Dios, una sola familia humana

CRISTÓBAL LÓPEZ ROMERO*

Hace sesenta años, el Concilio Vaticano II nos regaló uno de los grandes tesoros del magisterio de la Iglesia: la Declaración *Nostra Aetate*, sobre la relación de la Iglesia con las religiones no cristianas. Aquel breve texto fue un documento absolutamente necesario y radicalmente revolucionario, que cambió por completo la mirada de los cristianos hacia los demás creyentes. Sembró diálogo donde antes había confrontación, respeto en el lugar que antes ocupaba la sospecha y fue decisivo para reconocer la presencia de Dios más allá de las fronteras del cristianismo.

Personalmente he conocido otro tiempo, marcado por otra mentalidad. Recuerdo una anécdota que escuché de un sacerdote que en los años 50 del siglo pasado formó un grupo de selectos jóvenes cristianos a los que, lejos de leer la Biblia, ayudar a los pobres o ir a misa, lo que se les encargó fue tirar piedras contra el templo protestante de su ciudad, porque a su modo de ver eran herejes y había que combatirlos. En aquella época se entendía así el celo por la fe.

Hoy, gracias a *Nostra Aetate*, muchos religiosos como yo, podemos, por ejemplo, desempeñar nuestra labor en Marruecos – un país de mayoría musulmana



Visita del Papa Juan Pablo II a la sinagoga de Roma y al gran rabino Elio Toaff el 13 de abril de 1986

y donde la religión oficial es el Islam – y frecuentar con asiduidad un instituto ecuménico, fundado y gestionado por protestantes y católicos conjuntamente, donde cristianos y musulmanes dialogan y trabajan juntos. ¡Cuánto camino recorrido! Y, sin embargo, todavía queda más por andar de lo que hemos ya recorrido. Por eso es necesario compartir estas historias, no solo para aprender algo del pasado, sino para comprometernos a continuar el camino común que, como creyentes, debemos hacer.

Nostra Aetate nos otorga responsabilidades sociales y espirituales como creyentes. Nos invita a

revisar nuestra imagen de Dios, para hacerla más auténtica y completa. Concretamente nos ayuda a descubrir un Dios que es más grande que nosotros, que es Padre de todos; un Dios que no puede ser patrimonio exclusivo de nadie. Ninguna nación ni confesión puede apropiárselo. Es el Dios de todos, un Padre que hace salir el sol sobre buenos y malos. Nosotros pertenecemos a Dios, no al revés.

Es también importante aceptar a un Dios que quiere la salvación de todos, que Dios es el Dios de todos y que es un Dios de Amor. Como Jonás, a veces nos resistimos a un Dios que

perdona al enemigo, que salva a los ninivitas, que muestra compasión con quienes consideramos ajenos. Dios ama a todos los pueblos, su Providencia es para todos. La bondad y la voluntad de salvar a los hombres son universales.

El Espíritu que sopla donde quiere

bo”, destellos de verdad. Aunque representemos al Espíritu Santo como una paloma, no acepta estar prisionero en una jaula cuya llave estaría en nuestras manos, para dejarlo salir solo cuando queramos y donde queramos. Es responsabilidad espiritual de los cristianos reconocer que no somos dueños del Espíritu. Este es uno de los fun-

a otros pueblos que no sean el suyo, o a otras religiones que no sean la suya? ¿Cómo podría un cristiano vivir en pie de guerra? ¿Cómo podría un cristiano considerar que su misión consiste en combatir a los no cristianos?

El Papa Francisco, con sus encíclicas *Laudato si'* (sobre la casa común) y *Fratelli tutti* (sobre la



Igualmente resulta fundamental aceptar que el Espíritu sopla donde quiere, cuando quiere y como quiere. Los cristianos creemos en un Dios que, a través de su Espíritu, está presente y actúa en todos los momentos de la historia, en todas las sociedades, en todas las civilizaciones, en todas las culturas, en todas las personas, dejando en todas partes “semillas del Ver-

damentos y puntos de partida para vivir el diálogo interreligioso y construir la fraternidad universal.

Una sola familia humana

“De un solo hombre hizo Dios todo el género humano”, dice el libro de los Hechos. Si tenemos un único origen y un único destino, ¿cómo pueden existir cristianos que consideran enemigos

fraternidad universal) prosiguió con el camino de *Nostra Aetate* y recordó que la humanidad entera es una sola familia, que habita en una sola casa común.

La libertad religiosa, un derecho

La pluralidad de religiones pone de manifiesto que en el corazón humano hay un anhelo profundo que lo impulsa a la

búsqueda de Dios y del sentido de la vida. Por eso el fenómeno religioso es universal y atemporal, es decir, existe en todas partes y siempre. Si la sociedad debe preocuparse por alimentar, cuidar y educar a las personas, también debe encargarse de garantizar las condiciones que permitan a cada persona vivir en libertad religiosa, y encontrar en las religiones respuestas a las preguntas que le surjan. Porque el ser humano debe hacer su búsqueda con total libertad, como corresponde a su naturaleza y dentro de los límites de su capacidad intelectual. Cada persona tiene derecho a buscar a Dios según su conciencia. Las religiones, por su parte, tienen la responsabilidad de ofrecer caminos de sentido y de verdad, no de dominio. Hay que salir del falso esquema de “religión verdadera, religión falsa”. Ninguna religión puede apropiarse de la Verdad, como si fuera la dueña en exclusiva. Ninguna posee a la Verdad; en todo caso, es la Verdad la que nos posee a todos y en toda religión se encuentran destellos de Verdad.

Las religiones como puentes, no muros

Hans Küng escribió en 1991: “No habrá paz entre las naciones sin paz entre las religiones, ni paz entre las religiones sin diálogo entre ellas”. Ese desafío sigue siendo urgente. Las reli-



El Papa Francisco en su viaje apostólico a Egipto durante la visita de cortesía al Gran Imán de Al-Azhar el 28 de abril del 2017

giones pueden y deben ser fuente de paz, justicia y fraternidad. Las religiones tienen hoy una responsabilidad sin precedentes para promover juntas un ethos planetario, un consenso mínimo para la supervivencia de la humanidad. El Papa León XIV, en su intención de oración del mes de octubre, nos invita a que “las religiones no sean utilizadas como armas ni como muros, sino como puentes y profecía, haciendo creíble el sueño del bien común, acompañando la vida, sosteniendo la esperan-

za y convirtiéndose en levadura de unidad en un mundo fragmentado”. Este es el espíritu de *Nostra Aetate*: transformar la fe en un instrumento de encuentro, no de división.

Una tarea que continúa

Desde Marruecos, donde la convivencia entre cristianos y musulmanes es signo de esperanza, quisiera renovar el compromiso que nos ha dejado *Nostra Aetate* y proponer tareas precisas para alcanzar esa fraternidad universal y fundamentar la unidad y la caridad entre los hombres. Algunas de ellas son mostrar en la vida cotidiana y con actos concretos espíritu de apertura y diálogo; formar a las nuevas generaciones contra el fundamentalismo y el fanatismo; reconocer y promover los valores espirituales y morales de todas las religiones. También es importante cono-

cer y difundir el conocimiento de otros documentos que dan seguimiento a *Nostra Aetate*, como *Redemptoris Missio*, *Fratelli tutti*, *Evangelii nuntiandi*, *Evangelii gaudium*, el *Documento sobre la fraternidad humana* de Abu Dabi y la carta *Una palabra común entre ustedes y nosotros*.

Es fundamental trabajar juntos por la justicia, la paz y la fraternidad humana. Porque, al fin y al cabo, nuestra casa es el mundo y nuestra familia, la humanidad.

**Cardenal Arzobispo de Rabat*

Una reflexión que introduce la idea de unidad en *Nostra Aetate*

Una Plataforma común

ARTURO LÓPEZ

Nostra Aetate (*NA*) es sin lugar a dudas un gran regalo que nos hizo el gran Concilio Vaticano II, y se refiere al tema del sentido religioso, por un lado y, por otro las relaciones entre la Iglesia católica y las religiones no cristianas. Y antes de hablar, desentrañar y apreciar el contenido de esta segunda parte del documento: su concreta relación con las demás religiones (cosa que conllevarían enteras publicaciones), es interesante destacar el núcleo de la unidad que permite, precisamente este diálogo y confrontación con las diversas y numeras confesiones religiosas, y esto siempre sin perder la propia identidad y compartiendo lo que cada una tiene «de santo y verdadero» (*NA*, 2).

El proemio de la Declaración deja clara su intención: «fundamentar la Unidad y la Caridad entre los hombres y aún más entre los pueblos». Y el puente de diálogo que permitirá esta relación es la religión y en concreto las religiones no cristianas. Y para esto el camino que seguirá es considerar «aquello que es común a los hombres y que conduce a la mutua solidaridad»

La primera frase de la Declaración pone como marco histórico, el hecho de que «En nuestra época, en la que el género humano se une cada vez más estrechamente y aumentan los vínculos entre los diversos pueblos». Y resulta muy curioso, interesante y digno de re-

saltar que el texto latino (recordemos la importancia del latín en los textos del Concilio Vaticano II, así como su oficialidad dentro de la Curia, el Vaticano y la historia de la Iglesia en general), el término «vínculos entre los diversos pueblos», corresponde a: «necesidades inter varios populos». La semántica de *necessitudo* es muy

última de un gran y rico significado: Caridad por cercanía, por afecto, por deseo, por necesidad, por ayuda, compasión y simpatía.

Nostra Aetate, escrita después del conflicto de la Segunda Guerra Mundial que tanto daño y división causó no sólo en Europa sino en todo el mundo, surge como un grito de esperanza y llamado a la



El Papa Juan Pablo II durante la Jornada Mundial de Oración por la Paz, el 27 de octubre de 1986. (Foto AP)

vasta. De hecho el Lewis & short dictionary, presenta dos grandes sectores de significado: por una parte al referido a la «necesidad, inevitabilidad, deseo, necesidad, angustia» (*necessity, inevitableness, want, need, distress, es usado por autores clásicos como Cicerón, Salustio, Tácito, Velleio*); por otro lado está el sentido de conexión cerca con alguien: «relación, amistad, intimidad, vínculo» (*relationship, friendship, intimacy, bond, aparece en autores como Cicerón, Sexto, Gelio, Salustio, Quintiliano*). Así, tendiendo en consideración esta carga semántica de la *necessitudo*, la elección al traducirlo al español con Caridad, dota a ésta

Unidad en el amor entre los hombres, y presenta la religión como un medio de comunión y acercamiento. La religión una realidad que muchos filósofos, la fundamentan y justifican evidenciando el *desiderium naturale videndi Deum*, (Deseo natural por ver a Dios!). *Nostra Aetate* de hecho anota que: «Ya desde la antigüedad y hasta nuestros días se encuentra en los diversos pueblos una cierta percepción de aquella fuerza misteriosa que se halla presente en la marcha de las cosas y en los acontecimientos de la vida humana y a veces también el reconocimiento de la Suma Divinidad e incluso



Papa Francisco, viaje apostólico a Bangladés en el encuentro interreligioso y ecuménico por la paz (01/12/2017)

del Padre. Esta percepción y conocimiento penetra toda su vida con íntimo sentido religioso» (NA, 2).

El presupuesto de la Declaración para establecer esta relación de «comunidad» es claro: «tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano sobre la faz de la tierra» y «un fin último, que es Dios». No sólo establece como punto de partida el hecho que todos fuimos creados por Él y a Él regresamos sino que su «providencia, manifestación de bondad y designios de salvación se extienden a todos», se podría decir que son como huellas de Dios en el tiempo, en la historia y en la conciencia humana. Y esta acción divina no termina «hasta que se unan los elegidos en la ciudad santa, que será iluminada por el resplandor de Dios y en la que los pueblos caminarán bajo su luz». Y detrás de esta última anotación está claro que para que esta reunión definitiva tenga lugar, se requiere una opción libre, una decisión interior y personal para que Dios concluya su obra. Aquí está trazado el proyecto que propone esta Declaración.

Antes de la unión definitiva con

Dios, el hombre atraviesa este “Valle de lágrimas”, sembrado de dolor, sufrimiento, incertidumbres, y es natural que «los hombres esperan de las diversas religiones la respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana, que hoy como ayer, conmueven íntimamente su corazón: ¿Qué es el hombre, cuál es el sentido y el fin de nuestra vida, el bien y el pecado, el origen y el fin del dolor, el camino para conseguir la verdadera felicidad, la muerte, el juicio, la sanción después de la muerte? ¿Cuál es, finalmente, aquel último e inefable misterio que envuelve nuestra existencia, del cual procedemos y hacia donde nos dirigimos?». Cada uno de estos interrogantes amerita un artículo aparte.

Ahora bien, cuando el Documento afirma que «las religiones al tomar contacto con el progreso de la cultura, se esfuerzan por responder a dichos problemas con nociones más precisas y con un lenguaje más elaborado» (NA, 2), nos está especificando, en primer lugar, que religión y cultura se relacionan, se encuentran y entran en una correlación. Esto es porque nadie vive aislado sin ninguna influencia existencial social y cultu-

ral. Nacemos al interno de una realidad socio-cultural que nos condiciona. Y como toda sociedad presenta diversos retos y dificultades, los cuales la religión o las religiones intentan afrontar. Vemos por tanto, un primer plano “horizontal”, es decir temporal, del aquí y el ahora, representado en la cultura que se da en el tiempo, y está el plano “trascendental” de la religión que ofrece una “plataforma” o medios para dotar de significado trascendente esta realidad temporal, y esto porque la religión punta hacia esa dimensión absoluta, divina, que no conoce ocaso.

Así, el Hinduismo, el Budismo, Islam y la religión judía, abren esta plataforma común, estos canales de diálogo para que desde su particularidad e idiosincrasia puedan aportar esa luz. Y es que «no podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios. La relación del hombre para con Dios Padre y con los demás hombres sus hermanos están de tal forma unidas que, como dice la Escritura: "el que no ama, no ha conocido a Dios" (1 Jn 4,8)». Imagen de Dios, llamados por tanto a volver a la fuente de donde todos hemos venido.

NOTAS

1 Se puede estudiar al respecto la posición acerca del sobrenatural expuesto por Henry de Lubac, o leer al respecto los escritos de Von Balthasar acerca de este deseo ínsito en el hombre.

Diseñar nuevos mapas de esperanza

*En el 60.º aniversario de la declaración conciliar *Gravissimum educationis* el Papa exhorta a desarmar "las palabras, levanten la mirada, custodien el corazón", colocando en el centro de la educación a la persona, y diseñar nuevos mapas de esperanza en el mundo actual.*

JOHAN PACHECO

Este martes 28 de octubre es publicada la Carta Apostólica "Diseñar nuevos mapas de esperanza" del Papa León XIV en el 60.º aniversario de la declaración conciliar *Gravissimum educationis*: "Con ese texto, el Concilio Vaticano II recordó a la Iglesia que la educación no es una actividad accesoria, sino que constituye la trama misma de la evangelización: es la forma concreta en que el Evangelio se convierte en gesto educativo, relación, cultura". La carta apostólica "Diseñar nuevos mapas de esperanza", es-

tá compuesta por un prólogo y nueve títulos que repasan la historia de la educación católica, como "la historia del Espíritu en acción". La "tradicón viva" de la fe y la razón, vivida en el conjunto: educadores, estudiantes y familia. Y con ello "la brújula de *Gravissimum educationis*".

"La declaración conciliar *Gravissimum educationis* reafirma el derecho de todos a la educación y señala a la familia como la primera escuela de humanidad. La comunidad eclesial está llamada a apoyar entornos que integren la fe y la cultura, respeten la dignidad de todos y dialoguen con la sociedad. El documento advierte contra cualquier reducción de la educación a una formación funcional o a un instrumento económico: una persona no es un 'perfil de competencias', no se reduce a un algoritmo predecible, sino que es un rostro, una historia,

una vocación", expresa el Papa en su carta apostólica.

Y destaca además la centralidad de la persona en la educación: "La educación no es solo transmisión de contenidos, sino aprendizaje de virtudes. Se forman ciudadanos capaces de servir y creyentes capaces de dar testimonio, hombres y mujeres más libres, que ya no están solos".

"La escuela católica es un entorno en el que se entrelazan la fe, la cultura y la vida. No es simplemente una institución, sino un entorno vivo en el que la visión cristiana impregna todas las disciplinas y todas las interacciones. Los educadores están llamados a asumir una responsabilidad que va más allá del contrato de trabajo: su testimonio vale tanto como sus lecciones."

También recuerda el principio fundamental de la "Identidad y subsidiariedad"; la responsabilidad con la casa común y la "contemplación de la Creación"; y propone "la constelación educativa" ya que "el mundo educativo católico -dice el Papa León XIV- es una red viva y plural: escuelas parroquiales y colegios, universidades e institutos superiores, centros de formación profesional, movimientos, plataformas digitales, iniciativas de service-learning y pastorales escolares, universitarias y culturales".

"Las constelaciones reflejan sus luces en un universo infinito. Co-



mo en un caleidoscopio, sus colores se entrelazan creando nuevas variaciones cromáticas. Lo mismo ocurre en el ámbito de las instituciones educativas católicas, que están abiertas al encuentro y a la escucha con la sociedad civil, con las autoridades políticas y administrativas, así como con los representantes de los sectores productivos y de las categorías laborales”, afirma el Papa.

También reflexiona sobre la "navegación en los nuevos espacios", como los tecnológicos y digitales: "Las tecnologías deben estar al servicio de las personas, no sustituirlas". Recomendado además que "para habitar estos espacios se necesita creatividad pastoral: reforzar la formación de los docentes también en el ámbito digital; valorizar la didáctica activa; promover el service-learning y la ciudadanía responsable; evitar cualquier tecnofobia".

"El punto decisivo no es la tecnología, sino el uso que hacemos de ella. La inteligencia artificial y los entornos digitales deben orientarse hacia la protección de la dignidad, la justicia y el trabajo; deben regirse por criterios de ética pública y participación; deben ir acompañados de una reflexión teológica y filosófica a la altura."

Retoma también "la estrella polar del Pacto Educativo" como "herencia profética" del Papa Francisco: "Es una invitación a crear alianzas y redes para educar en la fraternidad universal. Sus siete caminos siguen siendo nuestra base: poner a la persona

en el centro; escuchar a los niños y a los jóvenes; promover la dignidad y la plena participación de las mujeres; reconocer a la familia como primera educadora; abrirse a la acogida y la inclusión; renovar la economía y la política al servicio del hombre; cuidar la casa común. Estas 'es-



trellas' han inspirado a escuelas, universidades y comunidades educativas de todo el mundo, generando procesos concretos de humanización”, escribe el Papa León.

Y finalmente su exhortación a trazar nuevos mapas de esperanza: "La educación católica puede ser un faro: no un refugio nostálgico, sino un laboratorio de discernimiento, innovación pedagógica y testimonio profético. Diseñar nuevos mapas de esperanza: esta es la urgencia del mandato".

"Las constelaciones educativas católicas son una imagen inspiradora de cómo la tradición y el futuro pueden entrelazarse sin contradicciones: una tradición viva que se extiende hacia nuevas for-

mas de presencia y servicio. Las constelaciones no se reducen a concatenaciones neutras y planas de las diferentes experiencias. En lugar de cadenas, nos atrevemos a pensar en las constelaciones, en su entrelazamiento lleno de maravillas y despertares. En ellas reside esa capacidad de

navegar entre los desafíos con esperanza, pero también con una revisión valiente, sin perder la fidelidad al Evangelio."

"Pido a las comunidades educativas: desarmen las palabras, levanten la mirada, custodien el corazón. Desarmen las palabras, porque la educación no avanza con la polémica, sino con la mansedumbre que escucha", manifiesta el Papa.

Concluye el Santo Padre pidiendo "a los pastores, a los consagrados, a los laicos, a los responsables de las instituciones, a los profesores y a los estudiantes: sean servidores del mundo educativo, coreógrafos de la esperanza, investigadores incansables de la sabiduría, artífices creíbles de expresiones de belleza".

Nota doctrinal sobre algunos títulos marianos referidos a la cooperación de María en la obra de la salvación

Mater Populi fidelis

VÍCTOR MANUEL CARD.
FERNÁNDEZ*

La presente Nota responde a numerosas consultas y propuestas que llegaron a la Santa Sede en las últimas décadas —particularmente a este Dicasterio— sobre cuestiones relacionadas con la devoción mariana y sobre algunos títulos marianos. Son cuestiones que han preocupado a los últimos Pontífices y que han sido repetidamente tratadas en los últimos treinta años en los diversos ámbitos de estudio del Dicasterio, como Congresos, Asambleas ordinarias, etc. Esto ha permitido a este Dicasterio contar con un abundante y rico material que alimenta esta reflexión.

El texto, al mismo tiempo que clarifica en qué sentido son aceptables, o no, algunos títulos y expresiones que se refieren a María, se propone profundizar en los adecuados fundamentos de la devoción mariana precisando el lugar de María en su relación con los creyentes, a la luz del Misterio de Cristo como único Mediador y Redentor. Esto implica una profunda fidelidad a la identidad católica y, al mismo tiempo, un particular esfuerzo ecuménico.

El eje que atraviesa todas estas páginas es la maternidad de María con respecto a los creyentes, cuestión que aparece reiteradamente, con afirmaciones que se retoman una y otra vez, enriqueciéndolas y

completándolas, a modo de espiral, con nuevas consideraciones.

La devoción mariana, que la maternidad de María provoca, es presentada aquí como un tesoro de la Iglesia. La piedad del Pueblo fiel de Dios que encuentra en María refugio, fortaleza, ternura y esperanza, no se contempla para corregirla sino, sobre todo, para valorarla, admirarla y alentarla; dado que ésta es una expresión mistagógica y simbólica de una actitud evangélica de confianza en el Señor que el mismo Espíritu Santo suscita libremente en los creyentes. De hecho, los pobres «encuentran la ternura y el amor de Dios en el rostro de María. En ella ven reflejado el mensaje esencial del Evangelio».[1]

Al mismo tiempo, existen algunos grupos de reflexión mariana, publicaciones, nuevas devociones e incluso solicitudes de dogmas marianos, que no presentan las mismas características de la devoción popular, sino que, en definitiva, proponen un determinado desarrollo dogmático y se expresan intensamente a través de las redes sociales despertando, con frecuencia, dudas en los fieles más sencillos. A veces se trata de reinterpretaciones de expresiones utilizadas en el pasado con diversos significados. Este documento tie-



ne en cuenta estas propuestas para indicar en qué sentido algunas responden a una devoción mariana genuina e inspirada en el Evangelio, o en qué sentido otras deben ser evitadas porque no favorecen una contemplación adecuada de la armonía del mensaje cristiano en su conjunto.

Por otra parte, en diversos pasajes de esta Nota se ofrece un amplio desarrollo bíblico que ayuda a mostrar cómo la auténtica devoción mariana no aparece solamente en la rica Tradición de la Iglesia sino ya en las Sagradas Escrituras. Esta destacada impronta bíblica está acompañada por textos de los Padres y Doctores de la Iglesia y de los últimos Pontífices. De este modo, más que proponer límites, la Nota busca acompañar y sostener el amor a María y la confianza en su intercesión materna.

[1] Consejo Episcopal Latinoamericano, V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Aparecida, 13-31 de mayo de 2007), n. 265. Citado en el n. 78 de esta Nota.

**Prefecto del Dicasterio para la Doctrina de la Fe*

PAPA LEÓN XIV Y EL AÑO JUBILAR



El discurso de León XIV durante el Jubileo de la vida consagrada

«Expertos en sinodalidad» para ser profetas al servicio del pueblo de Dios

La invitación a ser cada vez más «expertos en sinodalidad», para ser profetas al servicio del pueblo de Dios» fue dirigida por León XIV a los miles de participantes en el Jubileo de la vida consagrada, a quienes recibió en el Aula Pablo VI el viernes 10 de octubre.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

¡La paz sea con ustedes!

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Me alegra estar con ustedes, que representan a todos los consagrados y consagradas del mundo, en esta semana de su Jubileo en Roma. Los recibo con un abrazo que sale del corazón y deseo que llegue hasta los rincones más lejanos de la tierra, donde sé que puedo encontrarlos. Particularmente, recordando lo que ya les dijo el Papa Francisco, quiero declarar a mi vez que la Iglesia necesita de ustedes y de toda la diversidad y la riqueza de las formas de consagración y ministerio que representan (cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Vida Consagrada, 2 febrero 2023).

Con su vitalidad y con el testimonio de una vida en la que Cristo es el centro y el Señor, pueden contribuir a «despertar al mundo» (cf. Francisco, Carta apost. a todos los consagrados con motivo del Año de la Vida Consagrada, 21 noviembre 2014, II, 2). Esto lo hemos escuchado esta mañana, que pueden hacer despertar al mundo. En este sentido, habría que reiterar siempre lo importante que es para todos ustedes estar arraigados en Cristo. Solo así, de hecho, podrán cumplir la misión de manera fecunda, viviendo la vocación como



parte de la maravillosa aventura de seguir más de cerca a Jesús (cf. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. Perfectae caritatis, 1). Unidos a Él, y en Él entre ustedes, sus pequeñas luces se convierten en el trazado de un camino luminoso en el gran proyecto de paz y salvación que Dios tiene para la humanidad. Por eso, a ustedes, hijas e hijos de Fundadores y Fundadoras, les dirijo una cálida exhortación a “volver al corazón”, como el lugar en el cual redescubrir la chispa que animó los inicios de su historia, entregando a quienes les precedieron una misión específica que no pasa y que hoy se les confía a ustedes. En efecto, es en el corazón donde se produce la «paradójica conexión entre la valorización de uno mismo y la apertura a los demás, entre el encuentro personalísimo con uno mismo y el don de uno mismo a los demás» (Francisco, Carta enc. Dilexit nos, 18). Es en la interioridad, cultivada en la oración y en la comunión con Dios, donde echan raíces los mejores frutos del bien según el orden del amor, en la plena promoción de la singulari-

dad de cada uno, en la valorización del propio carisma y en la apertura universal de la caridad.

Ustedes se han preparado para estos días con un largo camino, en sus países, dentro de sus Institutos, Sociedades y Asociaciones, dentro de las diversas Conferencias, inspirados por el lema: «Peregrinos de esperanza, en el camino de la paz». Hay una profunda necesidad de esperanza y paz que habita en el corazón de cada hombre y mujer de nuestro tiempo, y ustedes, consagradas y consagrados, quieren ser portadores y testigos de ello con su vida, como divulgadores de la concordia a través de la palabra y el ejemplo, y antes aún como personas que llevan en sí mismas, por la gracia de Dios, la huella de la reconciliación y la unidad. Solo

portantes, como el compromiso por construir una fraternidad universal, la atención a las personas más pobres y el cuidado de la creación. Son puntos focales que hablan de su esfuerzo constante por establecer y promover ambientes y estructuras de fraternidad, donde se venza la pobreza, se ponga en el centro la dignidad de la persona humana y se escuche el clamor de la «casa común». Se trata de ámbitos de servicio por los que, a lo largo de los siglos, la vida consagrada siempre ha mostrado un interés y un cuidado especiales y hacia los que, aún hoy, su actuar cotidiano y oculto da testimonio de una atención privilegiada. ¡Sigán haciéndolo así! ¡Sigán siendo guardianes y promotores de esta gran tradición, por el bien de los hermanos!



así podrán ser, en los diversos ambientes en los que viven y trabajan, constructores de puentes y difusores de una cultura del encuentro (cf. Francisco, Carta enc. Fratelli tutti, 215), en el diálogo, en el conocimiento recíproco, en el respeto por las diferencias, con esa fe que les hace reconocer en cada ser humano un único rostro sagrado y maravilloso: el de Cristo.

Ayer por la noche, muchos de ustedes entablaron diálogo con la ciudad de Roma en algunas plazas, con momentos de intercambio, de fraternidad y de testimonio en torno a temas im-

Sin embargo, me gustaría invitarles a reflexionar sobre otro tema importante para la Iglesia de nuestro tiempo: el de la sinodalidad, exhortándoles a permanecer fieles al camino que todos estamos recorriendo en esta dirección. San Pablo VI hablaba de ello en términos muy hermosos. Escribía: «¡Cuánto desearíamos disfrutar en plenitud de fe, de caridad, de obras este diálogo doméstico; cuánto desearíamos que fuera intenso y familiar! ¡Cuán sensible a todas las verdades, a todas las virtudes, a todas las realidades de nuestro patrimonio doctrinal y

espiritual! ¡Cuán sincero y conmovedor en su genuina espiritualidad! ¡Cuán dispuesto a recoger las múltiples voces del mundo contemporáneo! ¡Cuán capaz de hacer de los católicos hombres verdaderamente buenos, hombres sabios, hombres libres, hombres serenos y fuertes!». (Carta enc. *Ecclesiam suam*, 6 agosto 1964, 117). Es la descripción de una misión apasionante: un «diálogo doméstico» que hoy se confía también a ustedes, es más, a ustedes de manera especial, para una continua renovación del Cuerpo de Cristo en las relaciones, en los procesos, en los métodos. Su vida, la forma misma en que están organizados, el carácter frecuentemente internacional e intercultural de sus Institutos, los colocan de hecho en una condición privilegiada para poder vivir cotidianamente valores como la escucha recíproca, la participación, el intercambio de opiniones y capacidades, la búsqueda común de caminos según la voz del Espíritu.



De todo esto, la Iglesia les pide hoy que sean testigos especiales en las diferentes dimensiones de su vida, en primer lugar, caminando en comunión con toda la gran familia de Dios, sintiéndola como Madre y Maestra, compartiendo en ella la alegría de su vocación y también, cuando sea necesario, superando divisiones, perdonando injusticias sufridas, pidiendo perdón por las cerrazones provocadas por la autorreferencialidad. Trabajen para convertirse, día a día, cada vez más en «expertos en sinodalidad», para ser profetas al servicio del pueblo de Dios.

Para terminar, me gustaría hacerles una invitación a ver el mañana con serenidad y confianza, y a no tener miedo de tomar decisiones valientes. Quisiera, a este respecto, recordar lo que el papa Francisco escribió en la Carta apostólica a los consagrados con motivo del Año de la Vida Consagrada. Nuestra esperan-

za, escribía, «no se basa en los números ni en las obras, sino en Aquél en quien hemos puesto nuestra confianza (cf. 2Tm 1,12) y para quien “nada es imposible” (Lc 1,37). Esta es la esperanza que no defrauda y que permitirá a la vida consagrada seguir escribiendo una gran historia en el futuro, hacia el cual debemos mantener nuestra mirada, conscientes de que es hacia él hacia donde nos impulsa el Espíritu Santo para seguir haciendo grandes cosas con nosotros» (n. 3). Y añadía: «Escudriñen los horizontes de su vida y del momento actual con vigilante atención» (Ibíd.).

Queridas hermanas y hermanos, ¡sigan con esta confianza su camino! Les agradezco su fidelidad y el gran bien que hacen en la Iglesia y en el mundo. Les prometo un recuerdo especial en mi oración y los bendigo de corazón. Gracias.

Meditación del Rosario por la paz durante el Jubileo de la Espiritualidad Mariana en la vigilia de oración

El Papa a los poderosos del mundo: ¡Tengan la audacia del desarme!

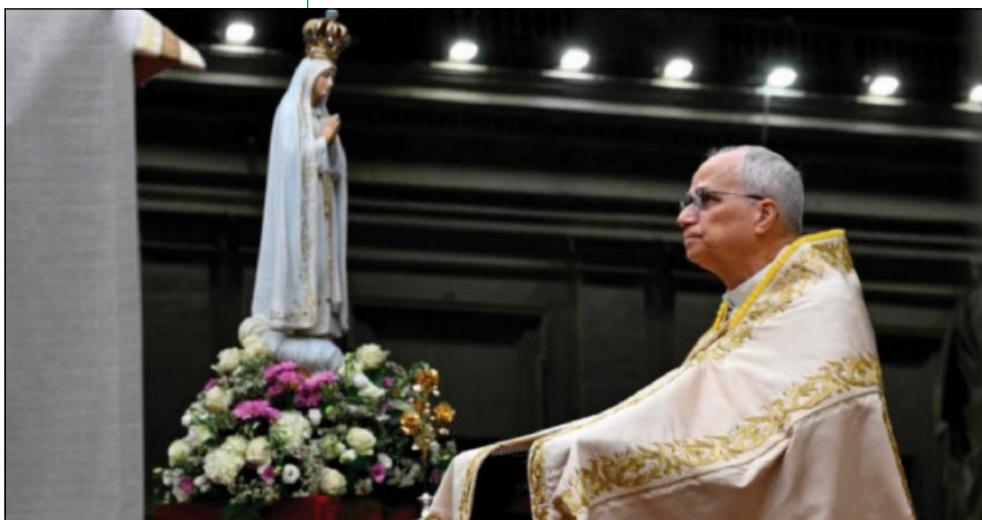
«A los poderosos del mundo, a quienes guían el destino de los pueblos», León XIV les invitó a tener «la audacia del desarme»: lo hizo en el Rosario por la paz recitado durante la Vigilia de oración presidida en la plaza de San Pedro el sábado por la noche, 11 de octubre, con motivo del Jubileo de la Espiritualidad Mariana, en presencia de la estatua original de Nuestra Señora de Fátima. He aquí la meditación del Santo Padre.

Queridos hermanos y hermanas:
nos hemos reunido en oración, esta noche, junto con María la Madre de Jesús, como solía hacerlo la primera Iglesia de Jerusalén (Hch 1,14). Todos unidos, perseverantes y con un mismo sentir, no nos cansamos de interceder por la paz, don de Dios que debe convertirse en nuestra conquista y nuestro compromiso.

Espiritualidad mariana auténtica

En este Jubileo de la espiritualidad mariana, nuestra mirada como creyentes busca en la Virgen María la guía de nuestra peregrinación en la esperanza, contemplando sus «virtudes humanas y evangélicas, cuya imitación constituye la más auténtica devoción mariana» (Cf. Concilio Vaticano II, Const. dogm. Lumen Gentium, 65.67). Como ella, la primera creyente, queremos ser un seno que acoja al Altísimo, «humilde tienda del Verbo, movida sólo por el viento del Espíritu» (S. Juan Pablo II, Angelus, 15 agosto 1988). Como ella, la primera discípula, supliquemos el don de un corazón que escucha y se vuelve fragmento

de un cosmos que acoge. A través de ella, Mujer dolorosa, fuerte y fiel, pidamos que nos alcance el don de la compasión hacia todo hermano y hermana que sufre, y hacia todas las criaturas. Contemplemos a la Madre de Jesús y al pequeño grupo de mujeres valientes al pie de la Cruz, para aprender también nosotros a permanecer, como ellas, junto a las cruces infinitas del mundo,



donde Cristo sigue crucificado en sus hermanos, para llevarles consuelo, comunión y ayuda. En ella, hermana de humanidad, nos reconocemos, y con las palabras de un poema le decimos:

“Madre, tú eres cada mujer que ama;
madre, tú eres cada madre que llora
a un hijo asesinado, a un hijo traicionado.

Estos hijos que nunca terminan de ser aniquilados» (Cf. D. M. Turolto).

Bajo tu protección buscamos refugio, Virgen de la Pascua, junto con todos aquellos en los que se sigue completando la pasión de tu Hijo.

Hagan lo que él les diga

En el Jubileo de la espiritualidad mariana, nuestra esperanza se ilumina con la luz suave y per-

severante de las palabras de María que nos refiere el Evangelio. Y de entre todas ellas, son valiosas las últimas pronunciadas en las Bodas de Caná, cuando, señalando a Jesús, dice a los sirvientes: «Hagan todo lo que él les diga» (Jn 2,5). Después no hablará más. Por tanto, estas palabras, que resultan casi un testamento, deben ser muy queridas por los hijos, como todo testamento de una madre.

Todo lo que él les diga. Ella está segura de que su Hijo hablará, su Palabra no ha terminado, sigue creando, generando, llenando el mundo de primaveras y de vino las ánforas de la fiesta. María, como una señal indicadora, orienta más allá de sí misma, muestra que el punto de llegada es el Señor Jesús y su Palabra, el centro hacia el que todo converge, el eje alrededor del cual giran el tiempo y la eternidad.

Cumplan su Palabra, recomienda. Cumplan el Evangelio, conviértanlo en gesto y cuerpo, en sangre y carne, en esfuerzo y sonrisa. Cumplan el Evangelio, y la vida se transformará, de vacía a plena, de apagada a encendida.

Hagan todo lo que él les diga: todo el Evangelio, la palabra exigente, la caricia consoladora, el reproche y el abrazo. Lo que entiendes y también lo que no entiendes. María nos exhorta a ser como los profetas: a no dejar caer en el vacío ni una sola de sus palabras (cf. 1Sam 3,19)

Y entre las palabras de Jesús que no queremos dejar pasar, una resuena especialmente hoy, en esta vigilia de oración por la paz: la dirigida a Pedro en el huerto de los olivos: «Envaina tu espada» (Jn 18, 11). Desarma la mano y, antes aún, el corazón. Como ya he mencionado en otras ocasiones, la paz es desarmada y desarmante. No es disuasión, sino fraternidad; no es ultimátum, sino diálogo. No llegará como fruto de victorias sobre el enemigo, sino como el resultado de sembrar justicia e intrépido perdón.



Envaina la espada es la palabra dirigida a los poderosos del mundo, a quienes guían el destino de los pueblos: ¡tengan la audacia de desarmarse! Y al mismo tiempo es dirigida también a cada uno de nosotros, para hacernos cada vez más conscientes de que no podemos matar por ninguna idea, fe o política. Lo primero que hay que desarmar es el corazón, porque si no hay paz en nosotros, no daremos paz.

Entre ustedes no debe ser así.

Escuchemos de nuevo al Señor Jesús: los grandes del mundo se construyen imperios con el poder y el dinero (Cf. Mt 20,25; Mc 10,42), «Pero entre ustedes no debe ser así» (Lc 22,26). Dios no actúa así: el Maestro no tiene tronos, sino que se ciñe una toalla y se arrodilla a los pies de cada uno. Su imperio es ese pequeño espacio que basta para lavar los pies de sus amigos y cuidar de ellos.

Es también la invitación a adquirir un punto de vista diferente para mirar el mundo desde abajo, con los ojos de quien sufre, no con la óptica de los potentes; para ver la historia con la mirada de los pequeños y no con la perspectiva de los poderosos; para interpretar los acontecimientos de la historia desde el punto de vista de la viuda, del huérfano, del extranjero, del niño herido, del exiliado, del fugitivo. Con la mirada de quien nau-

fraga, del pobre Lázaro, tirado junto a la puerta del rico epulón. De lo contrario, nunca cambiará nada y no surgirá un tiempo nuevo, un reino de justicia y paz.

La Virgen María lo hace también así en el cántico del Magnificat, cuando dirige su mirada a los puntos de fractura de la humanidad, allí donde se produce la distorsión del mundo, en el contraste entre humildes y poderosos, entre pobres y ricos, entre sacios y hambrientos. Y elige a los pequeños, se pone de la parte de los últimos de la historia, para enseñarnos a imaginar, a soñar juntos con ella los cielos nuevos y la tierra nueva.

Bienaventurados ustedes

Hagan todo lo que él les diga. Y nosotros nos comprometemos a que se haga nuestra carne y pasión, historia y acción, la gran palabra del Señor: “Bienaventurados ustedes, los que trabajan por la paz” (cf. Mt 5,9).

Bienaventurados ustedes: Dios da alegría a quienes engendran amor en el mundo, alegría a quienes, en lugar de vencer al enemigo, prefieren la paz con él.

Ánimo, adelante, en camino. Ustedes que construyen las condiciones para un futuro de paz, en la justicia y el perdón; sean mansos y decididos, no se desanimen. La paz es un camino y Dios camina con ustedes. El Señor crea y difunde la paz a través de sus amigos pacificados en el corazón, que a su vez se convierten en pacificadores, instrumentos de su paz.

Nos hemos reunido esta noche en oración alrededor de María, Madre de Jesús y Madre nuestra, como los primeros discípulos en el cenáculo. A ella, mujer profundamente pacífica, reina de la paz, nos dirigimos:

Ruega con nosotros, Mujer fiel, sagrado seno del Verbo.



Enseñanos a escuchar el grito de los pobres y de la madre Tierra,
atentos a las llamadas del Espíritu en el secreto del corazón,
en la vida de los hermanos, en los acontecimientos de la historia,
en el gemido y en el júbilo de la creación.
Santa María, madre de los vivos,
mujer fuerte, dolorosa, fiel,
Virgen esposa junto a la Cruz,
donde se consume el amor y brota la vida,
sé tú la guía de nuestro compromiso de servicio.
Enseñanos a detenernos contigo junto a las infinitas cruces
donde tu Hijo sigue crucificado,
donde la vida está más amenazada;
a vivir y dar testimonio del amor cristiano
acogiendo en cada hombre a un hermano;
a renunciar al oscuro egoísmo
para seguir a Cristo, verdadera luz del hombre.
Virgen de la paz, puerta de la esperanza segura,
¡acoge la oración de tus hijos!

Sin un encuentro profundo entre las personas, cualquier propuesta educativa está destinada al fracaso

La invitación a «hacer de estos valores —interioridad, unidad, amor y alegría— los “puntos cardinales” de vuestra misión hacia vuestros alumnos» fue dirigida por León XIV a los participantes en el Jubileo del mundo educativo reunidos esta mañana, viernes 31 de octubre, en la plaza de San Pedro. Después de dirigirse ayer a los estudiantes, recibidos en la Sala Pa-



bulo VI, hoy ha sido el turno de los educadores, quince mil de todo el mundo. Al final, los fieles, tras una breve peregrinación, han entrado en la basílica vaticana atravesando la Puerta Santa. A continuación, el discurso del Pontífice.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Estoy muy contento de poder encontrarme con ustedes, educadores provenientes de todo el mundo y comprometidos en todos los niveles, desde la escuela primaria hasta la universidad.

Como sabemos, la Iglesia es Madre y Maestra (cf. S. Juan XXIII, Carta enc. Mater et magistra, 15 mayo 1961, 1), y ustedes contribuyen a encarnar su rostro para tantos alumnos y estudiantes a cuya educación se dedican. Gra-

cias a la luminosa constelación de carismas, metodologías, pedagogías y experiencias que representan, y gracias a su compromiso “polifónico” en la Iglesia, en las diócesis, en congregaciones, institutos religiosos, asociaciones y movimientos, ustedes garantizan a millones de jóvenes una formación adecuada, manteniendo siempre en el centro, en la transmisión del saber humanístico y científico, el bien de la persona.

Yo también fui docente en instituciones educativas de la Orden de San Agustín y por eso quisiera compartir con ustedes mi experiencia, retomando cuatro aspectos de la doctrina del Doctor Gratiae que considero fundamentales para la educación cristiana: la interioridad, la unidad, el amor y la alegría. Son principios que quisiera que se conviertan en los pilares de un camino a recorrer juntos, haciendo de este encuentro el inicio de un proceso común de crecimiento y enriquecimiento mutuo.

Respecto a la interioridad, san Agustín dice que «el sonido de nuestras palabras golpea los oídos de ustedes, pero el verdadero Maestro está dentro» (In Epistolam Ioannis ad Parthos Tractatus 3,13), y añade: «A los que no enseña interiormente el Espíritu Santo, regresan con la misma ignorancia» (ibíd.).



Nos recuerda así que es un error pensar que para enseñar son suficientes palabras bonitas o aulas escolares en buen estado, laboratorios o bibliotecas. Estos son sólo medios y espacios físicos, ciertamente útiles, pero el Maestro está dentro. La verdad no circula a través de sonidos, muros y pasillos, sino en el encuentro profundo entre las personas, sin el cual cualquier propuesta educativa está destinada al fracaso.

Vivimos en un mundo dominado por pantallas y filtros tecnológicos, a menudo superficiales, en el que los estudiantes, para entrar en contacto con su propia interioridad, necesitan ayuda. Y no sólo ellos. También los educadores, con frecuencia cansados y sobrecargados de tareas burocráticas, corren el riesgo real de olvidar lo que san John Henry Newman sintetizaba con la expresión *cor ad cor loquitur* —“el corazón habla al corazón”—, y que san Agustín recomendaba diciendo: «No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad» (De vera religione, 39, 72). Son expresiones que invitan a considerar la formación como un camino en el que maestros y discípulos caminan juntos (cf. S. Juan Pablo II, Const. ap. Ex corde Ecclesiae, 15 agosto 1990, 1), conscientes de no buscar en vano, pero, al mismo tiempo, sabiendo que deben seguir buscando incluso después de haber en-

contrado. Sólo este esfuerzo humilde y compartido —que en los contextos escolares se configura como proyecto educativo— puede acercar a alumnos y docentes a la verdad.

Y llegamos así a la segunda palabra: unidad. Como quizá sepan, mi “lema” es *In Illo uno unum*. También esta

es una expresión agustiniana (cf. *Ennaratio in Psalmum 127, 3*), que recuerda que sólo en Cristo encontramos verdaderamente la unidad, como miembros unidos a la Cabeza y como compañeros de camino en el proceso de continuo aprendizaje de la vida.

Esta dimensión del “con”, constantemente presente en los escritos de san Agustín, es fundamental en los contextos educativos, como desafío para “salir de sí mismo” y como estímulo para crecer. Por esta razón, he decidido retomar y actualizar el proyecto del Pacto Educativo Global, que fue una de las intuiciones proféticas de mi venerado predecesor, el Papa Francisco. Además, como enseña el Maestro de Hipona, nuestro ser no nos pertenece: «Tu alma —dice— no es tuya propia, sino de todos tus hermanos» (Ep. 243, 4, 6). Y si esto es verdad en sentido general, lo es con mayor razón en la reciprocidad propia de los procesos educativos, en donde el compartir el saber no puede tomar otra forma que la de un gran acto de amor.

Precisamente, la tercera palabra es amor. Resulta muy iluminador, al respecto, un dístico agustiniano que afirma: «El amor a Dios es primero en el orden de lo preceptuado; el amor al prójimo, en cambio, es primero en el orden de la acción» (In Evangelium Ioannis Tractatus 17, 8). En el ámbito formativo, entonces, cada uno podría preguntarse cuál es

su compromiso para captar las necesidades más urgentes, qué esfuerzo realiza para construir puentes de diálogo y de paz, incluso dentro de las comunidades docentes; cuál es su capacidad de superar prejuicios o visiones limitadas; cuál su apertura en los procesos de co-aprendizaje; y qué empeño pone en responder a las necesidades de los más frágiles, pobres y excluidos. Compartir el conocimiento no basta para enseñar, se necesita amor. Sólo así el conocimiento será provechoso para quien lo recibe, en sí mismo y, sobre todo, por la caridad que comunica. La enseñanza nunca puede separarse del amor, y una de las dificultades actuales de nuestras sociedades es no saber valorar suficientemente la gran contribución que los maestros y educadores brindan a la comunidad en este sentido. Pero tengamos cuidado, dañar el papel social y cultural de los formadores es hipotecar el propio futuro y una crisis en la transmisión del saber conlleva una crisis de esperanza. Y llegamos así a la última palabra clave: alegría. Los verdaderos maestros educan con una sonrisa, y su apuesta es lograr despertar sonrisas en el fondo del alma de sus discípulos. Hoy, en nuestros contextos educativos, preo-



cupa ver crecer los síntomas de una fragilidad interior generalizada, en todas las edades. No podemos cerrar los ojos ante estos reclamos silenciosos de auxilio; al contrario, debemos esforzarnos por identificar sus causas profundas. La inteligencia artificial, en particular, con su conocimiento técnico, frío y estandarizado, puede aislar aún más a estudiantes ya aislados, dándoles la ilusión de no necesitar a los demás o, peor aún, la sensación de no ser dignos de ellos. El papel de los educadores, en cambio, es un compromiso humano, y la alegría misma del proceso educativo es plenamente humana, una llama que «funde las almas y de muchas hace una sola» (S. Agustín, Confesiones, IV, 8,13). Por eso, queridos amigos, quiero invitarlos a hacer de estos valores —interioridad, unidad, amor y alegría— los “puntos cardinales” de la misión de ustedes para con sus alumnos, recordando las palabras de Jesús: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,40). Hermanos y hermanas, ¡les agradezco el valioso trabajo que realizan! Los bendigo de corazón y rezo por ustedes.



La educación es también un acto de amor

ROCÍO LANCHO GARCÍA

En el mundo de la educación no hay que formar “solo buenos profesionales”, sino que es necesario “formar excelentes personas”. Está convencido de ello Alfonso Bullón de Mendoza, presidente de la Fundación Universitaria San Pablo CEU y de la Asociación Católica de Propagandistas. Presente en Roma para el Jubileo del Mundo Educativo, en entrevista con L'Osservatore Romano analiza los actuales retos del mundo de la educación y comenta algunas de las ideas que el Santo Padre ha planteado en la Carta Apostólica “Diseñar nuevos mapas de esperanza”. El CEU es una institución católica con más de noventa años de trayectoria en el ámbito de la educación. Fundado en 1933 por la Asociación Católica de Propagandistas (ACDP), es hoy el mayor grupo educativo privado de España, con centros docentes distribuidos en once ciudades y más de 47.000 alumnos que cursan más de 200 titulaciones oficiales, repartidos en sus centros universitarios, posgrados y doctorados, colegios, Formación Profesional, y otros centros. Su modelo educativo, basado en los principios del humanismo cristiano, promueve la formación integral de la persona, conjugando excelencia académica, innovación consciente y educación con valores. Además, respondiendo a su vocación social, el CEU facilita el acceso a una educación de calidad independientemente de la situación económica de los estudiantes, y para ello cuenta con un importante sistema de Becas. La Asociación Católica de Propagandistas (ACdP) es una entidad de laicos católicos fundada en 1909 por el padre Ángel Ayala S.J. y encabezada en sus primeros años por Ángel Herrera Oria, futuro cardenal. Desde sus orígenes, ha tenido como misión promover la presencia activa de los católicos en la vida pública, contribuyendo a la construcción de una sociedad más justa, libre y basada en los valores del humanismo cristiano.



Han vivido el Jubileo en Roma, oportunidad de encontrarse con personas del ámbito de la educación de todo el mundo. Una oportunidad para vivir y experimentar la universalidad de la Iglesia. ¿Qué se llevan de esta experiencia?

Ha sido una experiencia muy buena. Gran parte de nosotros habíamos vivido el Jubileo en nuestras respectivas ciudades. Pero vivir esta reunión del mundo de la educación donde la Iglesia tiene tanta presencia era ocasión de vernos, conocer gente de todo el mundo y compartir.

De hecho, mientras esperábamos al encuentro del Papa con los participantes del jubileo del mundo educativo, hemos coincidido con rectores de otras universidades católicas y otros grupos y ha sido una experiencia muy positiva.

En los últimos años el tema de la Inteligencia artificial, está cobrando cada vez más importancia en muchos sectores, y el mundo de la educación es uno de ellos. ¿Qué retos y desafíos se presentan? ¿Cómo los están afrontando?

El tema de la Inteligencia artificial tiene dos vertientes. Una sería el apoyo que supone. Es evidente que hace las cosas más fáciles, ahorra tiempo, es un instrumento que hay que utilizar y exprimir al máximo. Pero sin olvidar la parte previa: utilizar siempre la inteligencia propia. Ese apoyo que se nos presenta no debe dificultar la importancia de aprender a llevar nuestras propias capacidades hasta los límites máximos que podamos. Y tener nuestra propia capacidad de pensar y trabajar por ti mismo. Hay partes

muy mecánicas y muy instrumentales que pueden ir muy bien.

En septiembre de 2019, el Papa Francisco lanzó el Pacto Educativo Global. ¿Cómo ha ayudado esta iniciativa a una reflexión y sobre todo a una acción en vuestro ambiente universitario?

El tema del Pacto Educativo, que el Papa plantea a nivel global, también se puede aplicar al ámbito español. Es un tema complicado porque hay muchas concepciones diferentes de la educación. Se trata entonces de llegar a un mínimo que consideremos que es irrenunciable, sobre el cual ir construyendo con libertad los planteamientos educativos propios. Es una tarea muy bonita el hecho de poder coincidir con los otros. Por tanto, lo que tenemos que hacer es ver hasta dónde puede llegar y qué efectos prácticos puede tener. Hay que tener en cuenta que nuestras sociedades son muy distintas. En nuestras sociedades occidentales, de raíz cristiana, ese Pacto es mucho más fácil que en otros mundos que parten de unas premisas muy distintas. Pero el mero hecho de poder dialogarlo es muy bueno.

Esta semana, el Papa León ha firmado la carta apostólica “diseñar nuevos mapas de esperanza”, en el aniversario de la Declaración Conciliar Gravissimum Educationis. En ella, el Pontífice afirma que “la escuela católica es un ambiente en el que se entrelazan la fe, la cultura y la vida. No es simplemente una institución, sino un ambiente vivo en el que la visión cristiana impregna cada disciplina y cada interacción. Los educadores están llamados a una responsabilidad que va más allá del contrato de trabajo: su testimonio vale tanto como su lección”. ¿Cómo ayuda o puede ayudar la institución a los profesores en esta misión?

Hay una parte de acompañamiento del profesorado que es muy importante. Todo colegio, toda universidad debe ser también una comunidad educativa, donde la gente comparta sus experiencias, se pongan en común, vean cómo se ayudan. Tal y como ha dicho el Papa esta mañana no basta simplemente con el conocimiento, tienes que poner el corazón. La educación es también un acto de amor y es un acto además que requiere un esfuerzo importante por parte



del cuerpo docente. Por eso una comunidad de base es fundamental para poder desarrollar una buena obra educativa, es decir una concepción global y que el profesorado funcione de forma cohesionada para conseguir el mismo fin.

En este documento, el Pontífice, hablando de una “constelación educativa”, dice que la pluralidad de carismas, si se coordina bien, compone un cuadro coherente y fecundo. Y añade que en un mundo interconectado, el juego se desarrolla en dos tableros: el local y el global. Se necesitan intercambios de profesores y estudiantes, proyectos comunes entre continentes, reconocimiento mutuo de buenas prácticas, cooperación misionera y académica. El futuro nos obliga a aprender a colaborar más, a crecer juntos. ¿Qué estrategias se pueden utilizar para lograrlo?

Aquí hay una parte que está muy desarrollada en nuestros centros con lo que significa la presencia de alumnos internacionales, prácticamente una tercera parte de nuestros alumnos universitarios. Pero es cierto que hay una parte en la que aún hay mucho que desarrollar que es el contacto más institucional, de profesores y modelos con otras instituciones. Nosotros estamos en asociaciones de universidades católicas, sin embargo, no hay una operativa muy fluida para trabajar juntos para cosas concretas o temas específicos. Por tanto, yo diría que sí que creo que serviría mucha más interrelación de la que se tiene en ese aspecto de traspaso de docentes y experiencias.

El Papa León XIV en estos días ha tenido discursos importantes para el mundo de la educación. Por ejemplo, ayer con los estudiantes en el Aula Pablo VI. Habló de un desafío actual, buscar una “educación para la paz desarmada y desarmante” e invitó a

los jóvenes a ser “agentes de paz”. ¿De qué forma las instituciones educativas del ámbito católico pueden ayudar a los jóvenes en esta misión?

Ortega y Gasset planteó en un libro que se llama “Misión de la Universidad” que la Universidad antes de la Primera Guerra Mundial había llegado a su mayor desarrollo digamos científico y en los mayores avances en el mundo material. Y

SIGUE EN LA PÁGINA 29

Encuentro de los Movimientos Populares con el Pontífice

“Los pobres del mundo caminamos a juntarnos con el Papa León”

LORENA PACHO

Los participantes del V Encuentro Mundial de los Movimientos Populares que se celebró en Roma del 21 al 24 de octubre, procedentes de todo el mundo, vivieron el momento más esperado de la cumbre, con la audiencia con el Papa León XIV. Era la primera vez que se encontraban con el Pontífice, tenían mucha esperanza y agradecimiento y se sentían escuchados y arropados por la Iglesia.

Al inicio del Encuentro, organizado con el apoyo del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, el cardenal Michael Czerny, prefecto de este organismo, recordó el vínculo del Papa León XIV con los más pobres, ya desde sus primeros años en Chicago y más tarde como misionero en Perú y como Superior General de los Agustinos. El purpurado agradeció al Pontífice por mencionar a los movimientos populares en su primera exhortación apostólica, ‘Dilexi te’, sobre el amor hacia los pobres. “Gracias por su comprensión y solidaridad”, dijo el cardenal. Y agregó: “Si los políticos y los profesionales no los escuchan, el peligro es dejar afuera al pueblo en su lucha cotidiana por la dignidad, en la construcción de su destino”, citando las palabras del Pontífice en la exhortación. “Humilde y honestamente Usted agregó: ‘Lo mismo se debe decir de las instituciones de la Iglesia’. Sí, así es. Gracias por reconocer nuestro lugar en su corazón, y gracias por animarnos a encontrar nuestro lugar en el corazón de la Iglesia”, concluyó el cardenal M. Czerny, que también ofreció un discurso a las delegaciones de los Movimientos Populares en la primera jornada del Encuentro y conversó con ellos.

En la audiencia con el Papa, don Mattia Ferrari, uno de los coordinadores del Encuentro recordó que “los movimientos populares están formados por los excluidos y oprimidos que se organizan para luchar contra las injusticias y practicar la solidaridad”. Y resaltó que “ellos hacen realidad otro mundo posible, lo construyen con humildad y perseverancia a partir de la vida y las comunidades”. También señaló que “muchos movimientos populares se han encontrado en su camino con la Iglesia y han comprendido que era posible y hermoso caminar juntos”. Y agregó: “El Papa Francisco quiso llevar este camino a la Iglesia



universal, porque sabía que la sociedad, la política, la economía e incluso la Iglesia deben escuchar e involucrar a los movimientos populares para hacer del mundo un lugar verdaderamente humano, solidario y fraterno. El proceso iniciado en 2014 continúa”, recordando el I Encuentro de los Movimientos Populares que se celebró ese año, también en Roma, impulsado por Francisco.

Guadalupe, una inmigrante mexicana en Estados Unidos, tomó la palabra en nombre de todos los participantes del Encuentro para agradecer al Papa y mostrarle el compromiso de los movimientos

populares “por avanzar hacia una cultura de la vida, una cultura del encuentro, una cultura samaritana que ayude a toda la humanidad a encontrar caminos de paz para una vida digna”. También recordó a todos aquellos “a quienes les fue arrebatada la vida por luchar por los sagrados derechos a la tierra, el techo y el trabajo”. Y señaló: “Venimos cargados y cargadas de dolor, con gritos de dolor de nuestros pueblos y de nuestra casa común. Pero también vivimos una resistencia esperanzada, porque creemos en el valor de la solidaridad y de las alianzas fraternas. No queremos participar de la narrativa de la globalización de la impotencia: nuestro compromiso, por humilde que sea, transforma realidades de sufrimiento”. También reivindicó la cultura de la paz y la no violencia y se dirigió al pontífice directamente: “Anhelamos el sueño compartido de una paz desarmada y desarmante”.

León se puso en pie y aplaudió su intervención. Guadalupe destacó también la primera Peregrinación Jubilar de los Movimientos Populares, en el marco de la cual el próximo sábado 25 cruzarán la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro. Y recordó las palabras que les dedicó el cardenal Michael Czerny: “Nos dice que ‘es una celebración de una visión, de una declaración, de un mundo en el que nadie viva sin comida ni agua, ninguna familia sin alojamiento, ningún trabajador rural sin tierra, ningún obrero sin derechos, ningún pueblo sin soberanía, ningún individuo sin dignidad, ningún niño sin infancia, ningún joven sin futuro, ningún anciano sin una vejez venerable’”.

“¡Viva la lucha de los pueblos!”

Poco después del mediodía, después del almuerzo, los centenares de participantes del Encuentro Mundial de los Movimientos Populares salieron

desde Spin Time, donde se están desarrollando los debates estos días, que es un edificio del barrio romano del Esquilino ocupado con fines habitacionales y sociales por unas 400 personas en situación de emergencia, y que es “hogar” de muchos Movimientos Populares en Roma. Para dirigirse al Vaticano tomaron el metro y antes de emprender esta particular peregrinación se prepararon para la audiencia con el pontífice, con cantos y bailes. Sonaron las guitarras, se escuchaban cantos africanos, palmas, aplausos, vítores: “¡Viva la lucha de los pueblos!”. Una marea de alegría y entusiasmo recorrió las calles aledañas al Vaticano

en procesión con una gran pancarta en la que se leía: “Bienvenido V Encuentro Mundial de los Movimientos Populares. Tierra, techo y trabajo”. “Los pobres del mundo caminamos a juntarnos con el Papa León”, gritaban algunos.

Dentro del Aula Pablo VI, donde se celebró la audiencia con el Pontífice, el ambiente era festivo, se respiraba alegría, emoción, esperanza, entusiasmo. Un crisol de culturas se mezclaba en armonía en la sala. Se escuchaban conversaciones en distintos idiomas.

Entre los asistentes había campesinos, recicladores, trabajadores humildes, pescadores, costureras, artesanos de todo el mundo, acompañados por sacerdotes y representantes de las Iglesias locales de sus comunidades.

Don Mattia Ferrari, destacó el acompañamiento de la Iglesia. “Estamos todos emocionados por poder reunirnos con el Papa León XIV, como tantas veces hicimos con el Papa Francisco, con la alegría de que el camino continúa y juntos, de la mano, continuamos caminando y esto es lo que hace que la esperanza sea hermosa y real”, confesaba a los Medios Vaticanos el sacerdote, que también es capellán de la ONG Mediterranea Saving Humans.



Cartoneros reflexionan sobre su labor en el V Encuentro Mundial de Movimientos Populares

“Nuestro trabajo es limpiar el medio ambiente y mejorar nuestra vida”

LORENA PACHO

Donde otros ven basura, ellos ven vida, una oportunidad de trabajo y una forma concreta de cuidar el medio ambiente. Son los denominados ‘cartoneros’ o ‘recicladores’, hombres y mujeres que viven en ambientes marginales y que trabajan recogiendo, clasificando y vendiendo cartón, papel y otros residuos reciclables en la calle o en la economía informal.

Recogen y gestionan lo que el mundo desecha como respuesta al desempleo y a la pobreza extrema. Además, y a pesar de que realizan su labor en condiciones precarias, son una enorme fuerza en el cuidado del medio ambiente, ya que con su trabajo ayudan considerablemente a reducir el impacto ambiental de la basura en las grandes ciudades. El Papa Francisco, que conoció de cerca la actividad de estas personas en Buenos Aires, siempre reconoció su labor social y ambiental. Valoraba su trabajo como digno, solidario y ecológico y abogó en numerosas ocasiones por sus derechos.

Una gran parte de los cartoneros están organizados en agrupaciones sindicales y cooperativas para reivindicar unas condiciones laborales dignas. Esta semana muchos de ellos han viajado a Roma desde diferentes países para participar en el V Encuentro Mundial de Movimientos Populares que se celebró del 21 al 24 de octubre, que cuenta con el apoyo del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral y donde representantes de todo el mundo reflexionaron y propusieron actuaciones sobre los grandes temas de la Tierra, el Techo y el Trabajo, que el Papa Francisco calificó como los “derechos sagrados” de la dignidad humana. El día 23 se reunieron con el Papa León XIV y el sábado 25 y el domingo 26 participaron en la peregrinación jubilar de los Movimientos Populares, como parte del Jubileo de los equipos sinodales y los órganos de participación, resaltando su compromiso al servicio de la justicia so-



cial y el bien común.

En conversación con los Medios Vaticanos, cartoneros de América Latina, Europa y África se presentan como constructores de una ecología integral, custodios de la casa común que con sus propias manos dan otra vida a los deshechos del consumo, en un gesto silencioso contra la cultura del descarte. “Somos cuidadores del medio ambiente. Nunca cambiaríamos nuestro trabajo, pero queremos darle dignidad y reconocimiento. Francisco nos dio un gran impulso y nos dejó la misión de seguir peleando de forma constructiva por la tierra, el techo y el trabajo, por la igualdad que todos merecemos, como cualquier ciudadano que tiene un trabajo formal. Con estos encuentros mundiales queremos dejar nuestro granito de arena para construir una montaña”, subraya Sergio Sánchez, presidente de la Federación Argentina de Cartoneros, amigo del Papa Francisco desde su etapa como arzobispo de Argentina.

Los cartoneros representan un sector que a menudo sufre exclusión social y laboral. Realizan un trabajo informal, sin protección y en condiciones difíciles. “Estoy muy orgulloso de ser un reciclador, queremos tener una legalidad. Nuestro trabajo es limpiar el medio ambiente y mejorar nuestra vida. Promovemos la economía circular y la sostenibilidad. Trabajamos sin condiciones de seguridad, no tenemos ni seguro médico. Eso tiene que cambiar, tenemos esperanza”, señala Friday Gabriel Oku, presidente de una Asocia-

ción de Recicladores de Lagos, en Nigeria (AS-WOL). Los cartoneros también reivindican que se les pague un precio justo por los materiales reciclados, seguridad social, medios para poder trabajar seguros y de un modo más eficiente, pues la mayoría gestiona una ingente cantidad de residuos solo con sus manos y unos carros precarios.

Y piden salir de la invisibilidad. Quieren que el mundo valore su labor, demandan integrarse en los grandes sistemas de gestión de residuos y que los estados reconozcan su rol. “Luchamos contra la invisibilidad, la opresión y la discriminación. Cuando hace once años participamos en el I Encuentro Mundial de Movimientos Populares en el Vaticano, convocado por el Papa Francisco, fue la primera vez que escuché un reconocimiento a nuestro trabajo”, apunta Samuel Le Coeur, fundador de la Asociación Amelior que reúne a más de 700 recicladores de París, Francia.

Y recuerda una frase que se dice en varios países y que resalta la importancia de su trabajo para evitar que desechos que pueden ser reutilizados acaben en los vertederos: “Sin cartoneros no hay reciclaje y el reciclaje sin cartoneros es basura”.

Le secunda Severino Francisco de Lima Junior, cartonero de Brasil y presidente de la Alianza Internacional de Recicladores: “Queremos que la gente nos

vea como trabajadores y no como invisibles, que los gobiernos nos contraten por el servicio que ofrecemos, que las autoridades nos escuchen, queremos entablar un diálogo y que comprendan el bien que aporta nuestro trabajo, que realizamos muchas veces de forma inhumana”.

Nohra Padilla, presidenta de la Asociación Nacional de Recicladores de Colombia, galardonada con el Premio Medioambiental Goldman por su labor como cartonera, que desempeña desde hace más de cuarenta años, lucha para conseguir mejores condiciones para las generaciones futuras.

“Los sistemas injustos como el capitalismo tienen invertidos los valores. Nosotros que prestamos servicios esenciales somos tratados muy injustamente, mientras que las grandes corporaciones del manejo de las basuras tienen altas rentabilidades. Nuestro trabajo es muy importante para la humanidad”, apunta.

Con cada pedazo de cartón reciclado los cartoneros dan una lección de sostenibilidad y de respeto por el medio ambiente. Saben muy bien que el trabajo humilde puede convertirse en un servicio esencial para todos. “No somos los descartados del mundo. Somos parte de este mundo y hacemos bien a nuestras sociedades, reciclando”, recalca Sergio Sánchez.

La educación es también un acto de amor

VIENE DE LA PÁGINA 25

después sin embargo se había producido la mayor de las guerras. Es decir, se había tenido éxito en formar buenos técnicos y se había fracasado en formar personas.

Nosotros lo que hacemos en todas nuestras universidades es que en todas las carreras existen unas asignaturas de carácter humanístico. Todos nuestros alumnos estudian de doctrina social de la Iglesia, claves de la historia contemporánea, y antropología filosófica. Se trata de formar no solo buenos profesionales sino formar excelentes personas.

¿Y cómo crear también comunión y colaboración entre la familia y el ambiente educativo?

Este aspecto es absolutamente necesario. Los hijos no solo reciben simplemente como formación lo que les llega de sus padres y colegios, sino también lo que les llega a través de todo el mundo que está en la red. Muchas veces ocurre que los padres piensan que el colegio ya se ocupará, pero la realidad es que el colegio solo no puede. La labor debe ser de penetración entre padres y comunidades educativas. En muchos casos vemos que el deseo de ese contacto existe. Hoy en día es necesario implicarse de una forma mucho más activa en la educación de los hijos.



Audiencia al presidente de la República de Guatemala

La mañana del sábado 11 de octubre, el Papa León XIV recibió en audiencia, en el Palacio Apostólico Vaticano, al presidente de la República de Guatemala, el Excmo. Sr. Bernardo Arévalo de León, quien posteriormente se reunió con el Excmo. Secretario de Estado, el Cardenal Pietro Parolin, acompañado por el Excmo. Mons. Paul Richard Gallagher, Secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales. Durante las cordiales conversa-



ciones llevadas a cabo en la Secretaría de Estado, se reiteró el mutuo aprecio por las buenas relaciones entre Guatemala y la Santa Sede, así como la voluntad de reforzarlas aún más. Posteriormente, se abordaron cues-

tiones de interés mutuo, como la evolución socioeconómica, la lucha contra la pobreza, la corrupción y la delincuencia, así como la colaboración con la Iglesia local en favor de la cohesión social y

el bien del país.

Por último, se abordaron algunas cuestiones de carácter sociopolítico regional e internacional, con especial atención a las migraciones y los conflictos actuales.

La presentación de las credenciales de la embajadora de Honduras

En la mañana del viernes 9 de octubre, León XIV recibió en audiencia a la señora Gilliam Noemi Gómez Guifarro, nueva embajadora de Honduras, con ocasión de la presentación de las cartas credenciales con las que es acreditada ante la Santa Sede. La representante diplomática nació el 30 de marzo de 1972 en Tegucigalpa. Se licenció en arquitectura en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras - UNAH (1993), realizó un máster en arquitectura bio-ecológica y tecnologías sostenibles para el ambiente en la Universidad La Sapienza de Roma (1996), un postgrado de investigación en arquitectura y desa-

rollo en la Lund University, en Suecia (2000), y un diploma sobre “Desarrollo y Cooperación internacional” en el Instituto para los estudios de política internacional ISPI de Milán (2014). Ha cubierto, entre otros, los siguientes cargos: profesora en la Facultad de Ingeniería civil, Universidad Católica de Honduras (2000-2004); primera secretaria (2008- 2009) y ministra consejera (2010-2012), embajadora en Suecia; ministra consejera, embajadora en Italia (2012-2014); primera secretaria, misión permanente e instituciones especializadas en Ginebra (2014-2016); ministra (desde el 2016) y encargada de Negocios ad inte-



rim (de enero a noviembre 2023 y de enero 2025), embajadora ante la Santa Sede, República de San Marino y Soberana Militar Orden de Malta; además ha proyectado varias obras arquitectónicas en Honduras, Ciudad del Vaticano y Roma (2009-2025). Las felicitaciones de nuestro periódico lleguen a su excelencia la señora Gilliam Noemí Gómez Guifarro, nueva embajadora de Honduras ante la Santa Sede, en el momento en el que se dispone a cubrir su alto cargo.

El Papa a la Pastoral hispana en Estados Unidos

Dios no abandona a los últimos

«Tenéis entre las manos una tarea muy grande, la de acompañar a las personas que realmente necesitan, profundamente, una señal de que Dios nunca abandona a nadie - el más pequeño, el más pobre, el extranjero, todos». Así se dirigió



León XIV a un centenar de representantes y de líderes de la Pastoral hispana de Estados Unidos de América, con quienes se reunió el martes 7 de octubre, en el Patio de San Dámaso del Palacio Apostólico vaticano. Guiando al grupo, con personas procedentes de más de 50 diócesis, estaba Elisabeth Román, presidenta del Consejo nacional católico de la Pastoral hispana. Acogido con una aplauso caloroso y expresiones de alegría mientras bajaba del papamóvil y se dirigía hacia el micrófono, el Papa, improvisando en español, les dio la bienvenida, al «lugar del martirio de san Pedro. Es una alegría poder encontraros a todos y poder daros una bendición», dijo, subrayando el sentido y la importancia de la pastoral hispana en Estados Unidos. «Vosotros, en el servicio que ofrecéis en la pastoral, sois claramente ese testimonio tan importante, quizá especialmente en Estados Unidos, pero también

en todo el mundo, un mundo que sufre mucho por la guerra, la violencia y el odio», explicó León XIV.

Finalmente concluyó recordando que «nosotros, como seguidores de Jesús, como discípulos, queremos vivir el Evangelio». Y antes de impartir la bendición añadió: «Gracias por todo lo que hacéis. Que Dios os bendiga, os fortifique y que vuestros corazones estén siempre llenos de fe y de esperanza, para poder compartir con los otros ese signo que es verdaderamente fruto de la gracia de Dios, del amor de Dios para todos vosotros».

El encuentro terminó con la oración del Padre Nuestro y con la encomendación a la Virgen de la misión evangelizadora de la pastoral hispana de Estados Unidos, acompañado por un Ave María. Y mientras el Pontífice saludaba uno a uno a todos los presentes e intercambiaba algunas palabras, se entonó el canto Somos el Cuerpo de Cristo.

Audiencia del Papa al presidente de la República de Chile

En la mañana del 13 de octubre, León XIV recibió en audiencia, en el Palacio Apostólico Vaticano, al presidente de la República de Chile, Su Excelencia Gabriel Boric Font, quien posteriormente se reunió con Su Emi-nencia, el Card. Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad, acompañado por Su Excelencia, Mons. Paul Richard Gallagher, Secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales.



Durante las cordiales conversaciones llevadas a cabo en la Secretaría de Estado se ha manifestado la satisfacción por las buenas relaciones bilaterales actuales entre la Santa Sede y Chile. Posteriormente, se hizo hincapié en la valiosa contribución que la Iglesia ofrece al país en distintos ámbitos, y se abordaron varios aspectos de la situación socio-política de Chile, haciendo hincapié en la lucha contra la pobreza, los fenómenos migratorios y las cuestiones éticas.

El Papa visita el Dicasterio para el Servicio del desarrollo humano integral



Un agradecimiento a «todos vosotros que hacéis de vuestro trabajo una auténtica expresión de la misión de la Iglesia»: lo escribió León XIV en el Libro de honor del Dicasterio para el Servicio del desarrollo humano integral, en la visita que realizó en la tarde del jueves 9 de octubre.

El mismo día de la publicación de la exhortación apostólica *Dilexisti te*, centrada en el amor hacia los pobres, el Papa quiso visitar en la sede del Palacio San Calixto, en Trastevere, a la comunidad de trabajo del Dicasterio cuyos esfuerzos se dedican a la promoción de cada hombre y de todo el hombre.

Durante un momento de encuentro con los superiores y el personal - algunos conectados en remoto - en la Sala Van Thuân, el Obispo de Roma respondió a las preguntas espontáneas, algunas relativas a los lla-

“
Es el segundo Dicasterio visitado por el Papa Prevoist: el primero fue el pasado 20 de mayo, menos de dos semanas después de su elección como Pontífice, el de los Obispos

mamientos y a la invitación a la misión de la Iglesia dirigida a los pobres que se encuentran en al Exhortación. Además dio las gracias por el trabajo desarrollado en el mundo en diferentes ámbitos: migraciones, economía, ecología, salud, educación, seguridad.

En las casi dos horas que pasó en San Calixto, el Pontífice se

reunió en privado con el cardenal prefecto Micheal Czerny, la secretaria sor Alessandra Smerilli y los dos subsecretarios, el cardenal Fabio Baggio y monseñor Anthony Ekpo. Después, saludó uno por uno a los presentes. Finalmente bendijo «El árbol de la dignidad humana», escultura que representa la continuidad entre el pasado y el presente, especialmente las raíces del Dicasterio instituido por el Papa Francisco en enero de 2017, con la fusión de cuatro Consejo Pontificios: de la Justicia y de la Paz, «Cor Unum», de la Pastoral para los migrantes y los itinerantes y para los Trabajadores Sanitarios. De estas realidades el Dicasterio ha heredado las temáticas tratadas y la atención para promover la dignidad de todos los individuos, con atención particular a los débiles, los últimos y los excluidos.

En torno a las 18, León XIV salió en automóvil de la puerta principal del área extraterritorial situada en el corazón de Trastevere, saludando desde la ventana a la multitud reunida en la plaza junto al Palacio.

Es el segundo Dicasterio visitado por el Papa Prevoist: el primero fue el pasado 20 de mayo, menos de dos semanas después de su elección como Pontífice, el de los Obispos, organismo curial del que fue prefecto durante dos años.

Proteger está en el corazón de nuestra misión

En la Oficina de Prensa de la Santa Sede se presentó el documento publicado por la Comisión Pontificia. Verny: caminar junto a las víctimas, incluyéndolas y escuchándolas con el corazón. Alí Herrera: el Papa León XIV nos apoya incondicionalmente. Buquicchio: inauguramos una "cultura del cuidado". Mezmur: es necesario recopilar datos menos fragmentados.

EDOARDO GIRIBALDI

“No por las víctimas, sino con ellas”, escuchándolas con el corazón, incluyendo a quienes se quedan atrás y sensibilizando a los más vulnerables en la lucha contra la plaga de los abusos sexuales. Bajo este espíritu se desarrolló la conferencia de prensa de presentación del II Informe Anual sobre las Políticas y Procedimientos de la Iglesia para la Tutela, publicado hoy, jueves 16 de octubre, por la Comisión Pontificia para la Protección de los Menores.

Entre los ponentes estuvieron el arzobispo Thibault Verny y el obispo Luis Manuel Alí Herrera, presidente y secretario de la Comisión, respectivamente; la doctora Maud de Boer-Buquicchio, jurista y responsable del informe; y el profesor Benyam Dawit Mezmur, también jurista y miem-

bro de la Comisión. Participó además la secretaria adjunta, Teresa Morris Kettelkamp.

Monseñor Verny inició su intervención expresando su profundo agradecimiento a “todas las víctimas y sobrevivientes que nos confiaron sus historias”, reconociendo su aporte esencial en la redacción del informe.

Acompañarlas ha permitido comprender que el camino continúa “no por las víctimas, sino con ellas”, dejándose tocar por sus historias. Comprometerse en una misión de escucha y de protección más amplia requiere que la Iglesia esté profesionalmente preparada y siga procedimientos claros.

El acompañamiento a las víctimas debe basarse en estructuras que “tengan en cuenta los traumas”, involucrando a todo el pueblo de Dios y a la sociedad en su conjunto.

El informe busca ser una herramienta al servicio de la misión de “protección” de la Iglesia, en coherencia con el principio de subsidiariedad: “Queremos acompañar a las autoridades eclesiales en sus misiones, fortaleciendo los medios de protección y promoviendo normas comunes en todas las culturas”.

Como arzobispo y como bau-

tizado, Verny subrayó que cuidar de las personas heridas y más frágiles, trabajando también en la prevención, “significa estar en el corazón de nuestra misión”.

El documento, fruto de un trabajo en equipo en el que cada miembro aportó su energía y competencia, concluye con el deseo de que la Iglesia se convierta cada vez más en “una casa que protege”.

La doctora Buquicchio interpretó la publicación del informe como “un paso adelante en el camino de transparencia de la Iglesia” y en la promoción de la protección.

“Datos creíbles” y “recomendaciones aplicables” son, en su opinión, los pilares de un informe sólido. La Comisión contribuye así a reducir la brecha global en la recopilación y el análisis de datos sobre la violencia sexual contra menores.

El primer informe mostró la necesidad de “una mayor inclusión”: escuchar a las víctimas y a los sobrevivientes sigue siendo el primer paso hacia “una Iglesia más segura para nuestros niños”.

Responder a quienes tuvieron el valor de denunciar los abusos es un deber ineludible, y el documento se convierte así en un testimonio, fruto de un

método de trabajo centrado en las personas abusadas. Buquicchio subrayó que las víctimas piden, ante todo, ser escuchadas y que se reconozcan sus experiencias. “Tomarse en serio a las víctimas y a los sobrevivientes debería ser la posición por defecto”, dijo uno de los entrevistados. El informe dedica amplio espacio al tema de la “reparación”, destacando la necesidad de ampliar el concepto más allá de la compensación económica. “Me ofrecieron 20 mil dólares, pero lo que realmente quería eran unas disculpas”, contó un testigo. El informe se presenta, entonces, como una herramienta de empoderamiento para quienes desean unirse al “creciente coro” del ministerio de protección de la Iglesia. “Crecemos en número y en dedicación para inaugurar una verdadera cultura del cuidado”, exhortó la doctora. “El sentido de seguridad de un niño empieza cuando lo escuchamos con el corazón, no solo con los oídos”. El obispo Alí Herrera relató que, durante una audiencia con el Papa León XIV, la Comisión presentó las voces de las víctimas de abusos. Las colaboraciones con los distintos dicasterios han dado frutos, pero aún es necesario insistir en algunos puntos clave, especialmente en las políticas de prevención. Las visitas periódicas, por

ejemplo a las conferencias episcopales en África, han sido “una herramienta valiosa de escucha y de propuesta, ya integrada en el trabajo de la Comisión”.

Alí Herrera destacó el apoyo incondicional del Papa León XIV al trabajo de la Comisión, en continuidad con el compromiso firme y apasionado del Papa Francisco.

El estilo actual, explicó, es “diferente –más analítico, pero siempre profundamente empático–” y refleja el deseo de un compromiso coral y compartido dentro de la Comisión.

Mezmur abordó el tema de la recopilación de datos, elemento esencial para obtener una visión completa del contexto.

El año pasado, UNICEF publicó un informe sobre las tendencias de los abusos sexuales, en el que se evidenciaron desafíos derivados de la falta de inversiones y de la fragmentación de la información disponible.

Las cifras, además de permitir el acceso a recursos específicos, deben interpretarse en su dimensión humana: no se actúa solo frente a grandes números trágicos, porque “basta con una sola persona sin esperanza para que haya que actuar”.

Sigue siendo necesario ampliar y diversificar las fuentes de datos.

Preguntado sobre si los niños gozan hoy de mayor protec-

ción y derechos, Mezmur respondió afirmativamente, aunque subrayó la importancia de identificar y apoyar a las categorías que aún quedan excluidas de esos avances.

Difundir esta cultura de la protección, especialmente en los países más pequeños, sigue siendo una prioridad esencial.

Durante la sesión de preguntas, un periodista mencionó la afirmación de monseñor Verney sobre la persistencia de “una fuerte resistencia” en Italia para afrontar el tema de los abusos.

Monseñor Alí Herrera destacó primero “el trabajo realizado” por la Conferencia Episcopal Italiana (CEI) en materia de protección, un trabajo “muy serio”, aunque con aspectos que requieren mayor desarrollo: la necesidad de profesionalizar los servicios y de promover un diálogo más estructurado con las víctimas y sobrevivientes.

En muchos casos, en Italia aún se percibe una falta de escucha y empatía; las relaciones siguen siendo distantes y poco respetuosas. De ahí la urgencia de fortalecer el diálogo y la colaboración con las autoridades civiles y académicas.

El secretario de la Comisión aclaró que esa resistencia cultural también se da en otros contextos, como en América Latina.

Buquicchio confirmó que ese sentimiento emerge con fuer-

za en los grupos focales regionales, especialmente cuando las víctimas comparten sus experiencias.

La CEI, afirmó, es “consciente” de estos problemas y pretende abordarlos a través de la formación:

“Hace falta competencia, y esta no es innata: se aprende. La Conferencia Episcopal Italiana lo sabe y está haciendo mucho al respecto”.

En respuesta a otras consultas, se precisó que el informe se refiere no solo a menores, sino también a adultos víctimas de abusos.

Otro tema abordado fue el de la educación sexual.

La doctora Buquicchio afirmó que promoverla puede ayudar a las víctimas a “saber defenderse”.

Esto implica reforzar la conciencia de que “su cuerpo les pertenece y que la dignidad humana exige que nadie toque el cuerpo de un niño”.

Sensibilizar sobre la sexualidad es importante también para la prevención, “porque los niños, cuando sufren abusos, a veces ni siquiera lo saben; sienten que algo no está bien, pero con educación sexual sería mucho más fácil protegerse y también denunciar más tarde”.

Alí Herrera coincidió y expresó su deseo de un cambio más claro y radical en la respuesta a los abusos:

“No estamos actuando con la rapidez que todos deseamos, pero estamos actuando”.

León XIV en Santa María la Mayor para rezar ante la tumba del Papa Francisco y ante la "Salus Populi Romani"

El lunes 3 de noviembre, León XIV, de camino a Castel Gandolfo, se dirigió alrededor de las 20:05 a la basílica papal de Santa María la Mayor para rezar en la tumba del Papa Francisco y ante el icono de la Virgen de la Salus populi romani. Arrodillado ante la tumba de su predecesor, el Pontífice depositó un ramo de rosas blancas. Después, en la cercana Capilla Paulina, rindió homenaje a la venerada imagen mariana. La Oficina de Prensa de la Santa



Sede anunció esto, y agregó que el Papa salió de la Basílica de Liberia alrededor de las 20:15 pm para continuar hacia su residencia en Villa Barberini en la ciudad con vista al lago Albano, donde pasó la noche y pasó también el día siguiente.

Audiencia del Papa al presidente de la República de Uruguay

La mañana del 17 de octubre, en el Palacio Apostólico Vaticano, el Santo Padre León XIV ha recibido en audiencia al presidente de la República Oriental del Uruguay, el Excmo. Sr. Yamandú Orsi, quien posteriormente se ha reunido con el Emmo. Secretario de Estado, Cardenal Pietro Parolin, acompañado por el Rev. Mons. Daniel Pacheco, Subsecretario para el Sector multilateral de la Sección para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones In-

ternacionales. Durante las cordiales conversaciones llevadas a cabo en la Secretaría de Estado, se pusieron de relieve las buenas relaciones bilaterales, así como la voluntad de reforzarlas aún más. No se dejó de resaltar la valiosa contribución que la Iglesia ofrece al país, particularmente en los ámbitos de la educación y la lucha contra la pobreza. En la continuación del coloquio, se abordaron cuestiones de carácter ético y el problema demográfico.

A bordo del Bel Espoir, León XIV anima a los jóvenes

Construir la paz del mañana

El Pontífice visitó, el viernes 17 de octubre por la tarde, a los jóvenes del Bel Espoir, cuyo barco está amarrado en el puerto turístico de Ostia. En vísperas de su última travesía, desde la Ciudad Eterna hasta Marsella —la ciudad de donde partió el proyecto hace dos años—, el Papa quiso ofrecerles algunas claves para construir la paz.

DELPHINE ALLAIRE

Tras más de dos días de navegación por la costa tirrena desde Nápoles, con escalas en las islas de Procida y Ponza, los jóvenes del mítico velero de tres mástiles Le Bel Espoir tocaron tierra en Ostia, el antiguo puerto de Roma, la tarde del miércoles 15 de octubre.

Antes de volver a zarpar rumbo a Marsella —a donde llegarán el 25 de octubre, tras una última travesía de ocho días pasando por Córcega—, recibieron el viernes 17 de octubre la visita, inesperada pero muy deseada, de un huésped excepcional: el Papa León XIV, que acudió personalmente a saludarlos, compartir con ellos un momento fraterno y orar juntos a bordo del barco de madera.

El gesto tuvo un gran valor simbólico: el Bel Espoir ha navegado, en cierto modo, “de un Papa a otro” en este año de la esperanza. El Papa Francisco había bendecido la partida del barco desde Barcelona el 1 de marzo, y León XIV ha querido dar continuidad a esa odisea de fraternidad.

El Pontífice estadounidense elogió este tipo de experiencias

propio nombre de este barco, así como la presencia de todos ustedes aquí hoy, son la prueba de ello”.

León XIV desarrolló tres ideas clave: el diálogo, los puentes y la paz.

Primero, habló del diálogo: “Qué importante es aprender a hablarse, a sentarse juntos, a escuchar, a expresar las propias ideas y valores, y a respetarse

mutuamente para que los demás se sientan realmente escuchados”.

A continuación, el Papa destacó la necesidad de construir puentes:

“No necesariamente un puente sobre el Mediterráneo, sino un puente entre todos nosotros, pueblos de tantas naciones diferentes”. Después de

saludar uno por uno a los jóvenes —procedentes de Albania, los Balcanes, Egipto, Palestina, España, Malta, Francia, Italia y otros países—, León XIV comentó con sencillez:

“Es maravilloso conocer gente viajando literalmente alrededor del Mediterráneo. Estoy seguro de que, viviendo todos en un barco tan pequeño... todavía no he bajado a verlo... se aprende a convivir, a respetarse y a superar dificultades. Es una experiencia



de encuentro y diálogo, vividas durante ocho meses por unos 200 jóvenes que, en grupos de veinticinco, recorrieron treinta puertos del Mediterráneo, compartiendo diferentes nacionalidades, culturas y religiones.

“Ustedes son un signo de esperanza para el Mediterráneo y para el mundo”

“El mundo de hoy necesita algo más que palabras —les dijo el Papa—. Necesita signos. Testimonios que den esperanza. Y el

formidable para ustedes como jóvenes, pero también algo que pueden enseñarnos a todos”.

Finalmente, desarrolló su tercera idea: ser constructores de paz, aprender a ser promotores de paz “en un mundo que tiende cada vez más hacia la violencia, el odio, la separación, la distancia y la polarización”.

La merienda del Papa con los jóvenes

Tras la alegría de la visita sorpresa —que los jóvenes descubrieron solo la víspera—, el Papa recibió varios obsequios: un mapa del Mediterráneo adornado con mensajes personales de cada participante, el primer capítulo del “Libro Blanco del Mediterráneo”, sobre la primera etapa del Bel Espoir, y un recopilatorio de las palabras del Papa Francisco sobre el Mediterráneo, desde Lampedusa (2013) hasta Ajaccio (2024).

El Papa, de 70 años, recorrió después todo el velero, descendió a las cabinas y volvió a la sala común, donde compartió una merienda familiar: tartas de manzana, bollería, panqueques y conversaciones espontáneas.

Lama, una joven palestina de Ramala, compartió con emoción la dificultad del diálogo en Tierra Santa. Junto a su amiga Cristina, también de Ramala, ofrecieron al Papa una bolsita tejida en Jerusalén y un llavero con versos del poeta palestino Mahmoud Darwish.

Hanan, musulmán de Bosnia, habló de la importancia del diálogo interreligioso, y Muhammad, de Libia, relató su trayec-

toría migratoria. Antes de la bendición apostólica, se rezó una oración común junto al Papa, compuesta por las religiosas del monasterio de Pennabilli, que coordina la red de monasterios del Mediterráneo y ha acompañado espiritualmente toda la travesía.

“Fue conmovedor tener al Papa en nuestro propio lugar de vida, con nosotros. Nos emocionó que comprendiera al instante lo que estamos viviendo: nuestra unidad en la diferencia, en la alegría y en el amor mutuo”, confesó Aurore, la responsable de los jóvenes en esta octava y última etapa.

Preparar instituciones de paz

Al presentar este encuentro especial con el Papa, el cardenal Jean-Marc Aveline, arzobispo de Marsella y promotor de la iniciativa lanzada en 2023, recordó algunas etapas anteriores del barco. Entre ellas, el encuentro frustrado con el Líbano, que debía realizarse justo cuando estalló la guerra entre Israel e Irán.

“En el mar había más portaaviones que veleros”, comentó.

También evocó la reunión con el patriarca Bartolomé I en Estambul, Turquía, dos países que León XIV visitará a finales de noviembre y diciembre, en el marco de su primer viaje papal por el Mediterráneo.

El cardenal resumió el espíritu del proyecto con una frase inspirada:

“Si quieres la paz, prepara instituciones de paz”.

“Este barco es una escuela que

forma a jóvenes para comprometerse en instituciones de paz”.

Con los ojos brillantes, entre cantos y danzas de esperanza tras la partida del Obispo de Roma, algunos miembros de la tripulación se lanzaron al mar para un baño en las aguas de Ostia.

Los jóvenes del Bel Espoir partieron fortalecidos de su escala romana, en la que también pudieron rezar ante la tumba del Papa Francisco en la basílica de Santa María la Mayor el jueves anterior.

“Fue un momento de gran emoción”, confesaron muchos de ellos, incluidos antiguos participantes de los Encuentros Mediterráneos 2023, agradecidos por el legado del pontífice del Mare Nostrum, así como los jóvenes musulmanes del grupo, profundamente conmovidos.

Durante su estancia, también se reunieron con el imán Salah Ramadan Elsayed, de la Gran Mezquita de Roma, y visitaron en el Vaticano los dicasterios para el Diálogo Interreligioso y para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, acompañados por el cardenal Michael Czerny, quien ha seguido de cerca el proceso mediterráneo.

Ahora, con el espíritu y el corazón renovados por estas experiencias humanas y espirituales, ponen rumbo a Marsella, entonando su himno multilingüe:

“Peace, pace, mir, paz, salam, Bel Espoir!

Peace, paci, paix, love we share in unity...”

El cuidado de los más frágiles

SILVIA CORREALE*

Médico de gran corazón, en el ejercicio de la profesión privilegió a los pobres, de los cuales no solo no recibía ninguna paga, sino que a menudo les daba dinero para medicinas.

José Gregorio Hernández Cisneros nació en Isnotú, en Venezuela, el 26 de octubre de 1864. Junto con María Carmen Elena Rendiles Martínez, religiosa fundadora de la congregación de las Siervas de Jesús, estará entre los primeros santos del país sudamericano.

El segundo de 7 hijos, especialmente de la madre recibió una sólida educación cristiana. En 1878 asistió en el Colegio Villegas de Caracas al curso preparatorio y filosófico, distinguiéndose por inteligencia, empeño y realización. Modelo de piedad, oración, virtud y sentido del deber, Hernández se licenció de forma brillante en medicina en la Universidad de Caracas. Desde el principio destacó en el ejercicio de su profesión, tanto que en 1889 fue invitado a París para realizar cursos de perfeccionamiento. Regresó a su patria y a los 27 años emprendió la carrera universitaria. Testimonió abiertamente su fe, participando diariamente en la celebración eucarística y haciéndose la señal de la cruz antes de empezar las clases. Se inscribió también a la Tercera Orden Franciscana, siguiendo fielmente la Regla.

En nuestro santo la fe recibida se



encarnó en la cultura venezolana de las raíces cristianas y su testimonio se transmitió de generación en generación, primero entre los venezolanos y después entre los fieles de los países bolivarianos (Colombia y Ecuador) y de los Caribeños. Los pobres y los sencillos percibieron su vida como signo de una fe encarnada y vivida en el ejercicio de su profesión de médico; por esto era conocido como «médico de los pobres» (1).

Los más frágiles no solo vieron en el doctor José Gregorio Hernández un médico generoso y dedicado a su profesión, sino que descubrieron también que su acción profundamente humana se unía a algo que trascendía la actividad profesional y fluía misteriosamente de su persona: el sentido de lo sobrenatural y de lo divino que él traducía en actividad apostólica, para ayudar a acercarse a Dios y a emprender el camino del bien. No recetaba solo medicinas, sino que indicaba también la oración y la aceptación de la voluntad de Dios. El 29 de junio de 1919 murió

trágicamente, atropellado por un coche, mientras estaba llevando un medicamento a un enfermo.

La devoción al médico venezolano, que después de su muerte se transmitió de persona a persona, inició ya durante su funeral, cuando los fieles reunidos a la salida de la iglesia no permitieron que el ataúd fuera cargado en el coche fúnebre, sino que al grito “el doctor José Antonio es de todos”, lo llevaron a hombros hasta el cementerio. Desde entonces el fervor se transmitió en las familias venezolanas como parte de su cultura y de su fe. Fue transmitido también entre amigos y conocidos, e incluso fuera de la comunidad eclesial, a personas no creyentes o a fieles de otras religiones, creando vínculos de fraternidad.

Los pobres, los sencillos, los fieles de la puerta de al lado han transmitido el Evangelio encarnado en la vida del doctor José Gregorio a las personas que cada uno frecuentaba, a las cercanas pero también a las desconocidas. Una especie de predicación informal, que se realizaba, y se sigue realizando, durante una conversación o durante una visita a domicilio.

Esta fue su forma de actuar como discípulo, con una disposición constante a llevar a otros el amor de Jesús, de forma espontánea y a cualquier lugar: en las calles, en las plazas, en el trabajo o a lo largo del camino la gente asistía a manifestaciones concretas que atesti-

guaban su fama de santidad.

José Gregorio Hernández Cisneros contribuyó de forma particular a la promoción humana y social de muchos venezolanos, siguiendo su vocación cristiana en el mundo, después de un largo periodo de discernimiento. Desempeñó su profesión de médico, sobre todo con los pobres, como un sacerdote, y al mismo tiempo con profunda conciencia cristiana, llegando incluso a ofrecer la vida por la paz en Europa, continente en el que había realizado la especialización (2).

Fue un médico distinguido y un profesor universitario que, en el ejercicio de sus virtudes y con celo

apostólico, respondió plenamente a la vocación apostólica, como ejemplo y aliento para los fieles laicos de nuestro tiempo comprometidos en la construcción de la civilización del amor.

La oportunidad de destacar hoy el testimonio de vida del doctor José Gregorio Hernández es una llamada de atención para los científicos, los investigadores y los profesores universitarios. Es un modelo ejemplar de vida que se vio reforzado no solo por su constante tendencia hacia el camino de la perfección cristiana, y por tanto hacia Dios, sino también por el rigor científico de sus obras y de su enseñanza. El ejercicio de su profe-

sión de médico, y de médico de los pobres, asume así un significado importante también para los profesionales actuales de la ciencia médica.

*Postuladora

Notas

1 Cfr. *Evangelii gaudium*, nn. 122-123. Sobre el tema de la devoción popular la exhortación apostólica del Papa Francisco recuerda la *Evangelii nuntiandi* de san Pablo VI al n. 48.

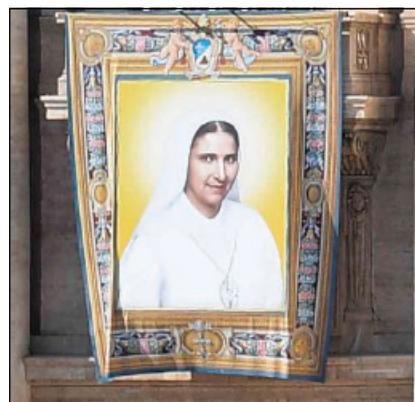
2 Cfr. cardenal Baltasar Porras, Intervención en el Congreso sobre el doctor José Gregorio Hernández en la Universidad Pontificia Lateranense, 3 octubre de 2019.

Biografía de la nueva santa María Carmen Rendiles Martínez (1903-1977) fundadora de la congregación de las Siervas de Jesús

Por los necesitados de Venezuela

SILVIA CORREALE*

Una vida entera dedicada al servicio en las parroquias, escuelas y junto a los más necesitados. Así fue la vida de María Carmen Elena Rendiles Martínez, monja venezolana y fundadora de las Hermanas Siervas de Jesús. Nacida el 11 de agosto de 1903 en Caracas y bautizada el 24 de septiembre, la tercera de nueve hijos del matrimonio de Ramiro Rendiles y Ana Antonia Martínez, fue criada en el respeto por los valores religiosos. La muerte de su hermano menor en 1921, y la de su padre tres años después,



la llevaron desde temprana edad a abrazar la misericordia y la generosidad, desarrollando un fuerte sentido de maternidad espiritual al criar a sus hermanos menores y cuidar de su madre, a pesar de haber nacido

sin un brazo. A lo largo de su vida, usó una prótesis pesada, lo que, sin embargo, no le impidió estudiar, trabajar y llevar una vida normal.

Representando un firme apoyo para su familia, en estos años se dedicó al apostolado en la parroquia: catequesis para las Primeras Comuniones, obras de caridad y un camino de discernimiento vocacional.

En 1926, las Siervas de Jesús del Santísimo Sacramento —fundadas en 1857 en Toulouse, Francia— abrieron una casa en Caracas, que Carmen conoció y frecuentó hasta que pidió

ser admitida.

El 8 de septiembre de 1927, ingresó en la congregación religiosa: tomando el nombre de María en la toma de hábito, se distinguió por su diligencia en el trabajo y en la ayuda a sus hermanas mayores, así como por su espíritu de obediencia. Profundizó su amor por Jesús en la Hostia y comprendió la importancia del servicio al sacerdocio católico, elementos fundamentales del carisma de la nueva congregación que fundó en 1965.

El 8 de septiembre de 1932, tras un período de formación en Toulouse, emitió los votos perpetuos y en 1935 fue nombrada maestra de novicias de la casa de Caracas, servicio al que se dedicó con gran celo hasta 1943.

En 1945, contrajo artritis, una patología que la acompañaría hasta el final de su vida.

Durante estos años (1940-1957), la congregación de las Siervas de Jesús del Santísimo Sacramento se consolidó y se extendió por toda Venezuela: la Madre María Carmen participó activamente, especialmente como superiora a partir de 1946. Construyeron escuelas, realizaron apostolado en parroquias y prestaron su servicio en seminarios y curias episcopales; en 1952 fundaron una casa en Cúcuta, la primera en Colombia. Entre 1957 y 1959, la congregación de las Siervas de Jesús del Santísimo Sacramento, después de un discernimiento, decidió transformarse en Instituto secu-

lar, haciendo una petición a la Sagrada Congregación de Religiosos.

Las monjas venezolanas, deseadas de conservar su estatus religioso, tras una conversación caritativa con sus hermanas francesas, solicitaron la creación de una nueva congregación religiosa con sedes en Venezuela y Colombia. El 23 de noviembre de 1965, la Sagrada Congregación para los Religiosos emitió el Decreto que establecía una nueva congregación religiosa de derecho diocesano: las Siervas de Jesús. El decreto entró en vigor el 25 de marzo de 1966, festividad de la Anunciación. La aprobación como congregación religiosa de derecho pontificio se produjo el 16 de mayo de 1985.

La Madre Carmen Rendiles escribió: “Mi vida no debe ser una vida humana sino una vida enteramente sobrenatural, como esposa de un Dios, la esposa vive la vida de su esposo, se alegra de la vida de su esposo, se nutre del alimento de su esposo”.

La confianza absoluta en el amor de Dios Padre, en la infinita misericordia del Hijo de Dios y en la unción del Espíritu Santo para moldearse, representaron los pilares para lograr una perfecta consagración a Dios, reflejada en la vida y obra de la Madre María Carmen Elena Rendiles Martínez. En el seno del amor del Hijo, se convirtió en madre al servicio de la Iglesia y transmitió el don de la fe a sus hijas espiri-

tuales, dedicadas a la adoración de la Eucaristía y al servicio del sacerdocio católico.

Confiado en Dios, abrió su corazón a todos, especialmente a los pobres. Para las niñas necesitadas, además del Colegio Santa Ana en Caracas, fundó colegios en Mérida, Valencia y Belén. Los sacerdotes también fueron objeto de su devoción y cuidado, y para muchos se convirtió en una sabia y maternal consejera. Fue también bondadosa y caritativa con sus hijas espirituales. Se dedicó especialmente a las enfermas, visitándolas, apoyándolas, sirviéndolas y ayudándolas en todo.

La última prueba que vivió Madre María Carmen durante su difícil vida terrena fue el accidente automovilístico que sufrió en 1974. Durante su convalecencia dijo: es una pequeña astilla más de la cruz de Cristo y la llevo con entusiasmo y alegría.

Continuó trabajando en silla de ruedas e incluso con muletas, visitando todos los hogares de la congregación hasta el 9 de mayo de 1977, día de su fallecimiento. Muchos asistieron a su funeral, admirados por su santidad y su vida de amor a Dios y a la Iglesia.

En virtud de su fama de santidad, se realizó una investigación diocesana en la curia eclesial de Caracas entre 1995 y 1996. La validez jurídica fue reconocida por la entonces Congregación para las Causas de los Santos con decreto de 18 de octubre de 1997.

El 5 de julio de 2013, el Papa Francisco autorizó la publicación del decreto sobre las virtudes heroicas y, el 18 de diciembre de 2017, el decreto sobre el milagro.

La ceremonia de beatificación tuvo lugar en Caracas el 16 de junio de 2018. Como preparación para la canonización, la postulación presentó una presunta curación de la joven Fabiola de Abreu Obadia, ocurrida en 2018 en Caracas.

En octubre de 2015, la joven se sometió a la primera de una serie de cirugías, y en mayo de 2018 se sometió a otra operación, durante la cual también desarrolló una grave infección del sistema nervioso central.

Recibió el alta el 10 de mayo en buen estado general, y fue hospitalizada de nuevo dos días después, requiriendo una nueva neurocirugía. Finalmente, recibió el alta el julio sucesivo, con una condición médica grave. Las oraciones de intercesión a la Beata Madre Rendiles fueron corales, desde su ingreso en el hospital hasta su alta, y continuaron incluso durante su atención domiciliaria. También se ofrecieron oraciones por la recuperación de Fabiola durante la ceremonia de beatificación de la Madre Carmen, celebrada el 16 de junio de 2018 en Caracas. De repente, el 19 de septiembre de ese año, Fabiola comenzó a comer y a ha-

blar de forma autónoma, y al día siguiente fue examinada por un neurocirujano, quien observó que se encontraba en buen estado clínico. Este resultado positivo se confirmó en revisiones posteriores, con la reanudación de su actividad normal.

El Papa Francisco autorizó el decreto sobre el milagro el pasado 28 de marzo. En el consistorio del 13 de junio, León XIV estableció que la canonización se celebraría en San Pedro el 19 de octubre de 2025, junto con el "médico de los pobres", José Gregorio Hernández Cisneros. Se trata de los dos primeros santos de Venezuela.

*Postuladora

El dossier estadístico elaborado por la agencia Fides en vista de la Jornada misionera mundial

Aumentan los católicos en el mundo, pero menos vocaciones

El número de católicos aumenta en los cinco continentes, incluida Europa, pero el de sacerdotes y monjas experimenta un descenso global. Estas son algunas de las conclusiones del Informe estadístico elaborado y publicado por la agencia Fides, de las Obras Misionales Pontificias, con motivo de la Jornada Mundial de las Misiones, que se celebra el domingo 19 de octubre, bajo el lema "Misioneros de la Esperanza

entre los Pueblos". Los datos proceden del último "Anuario Estadístico de la Iglesia", publicado en 2025, y abarcan toda la realidad de la Iglesia católica en todo el mundo, incluyendo a sus miembros, las estructuras pastorales y las actividades en los ámbitos de la salud, el bienestar y la educación.

De una población mundial de 7.900 millones de personas, el número de católicos asciende a 1.400 millones, lo que supone un aumento general de 15.881.000 en comparación con

el año anterior. Este aumento de fieles revierte la tendencia registrada en la encuesta anterior, que mostraba una disminución del número de católicos en Europa. El crecimiento de católicos es evidente en África (+8,3 millones) y América (+5,6 millones), seguidas de Asia (+954.000), Europa (+740.000) y Oceanía (+210.000). El porcentaje de católicos en la población mundial, ligeramente superior al del año anterior (+0,1%), es del 17,8%: una cifra que confirma en gran medida las estadísticas del año pasa-

do.

Y mientras el número de bautizados aumenta, el número total de sacerdotes a nivel mundial está disminuyendo: 407.000 en total, una cifra que incluye un drástico descenso en Europa (-2.500), seguida de América (-800) y Oceanía (-44). Se observa un aumento significativo de sacerdotes en África (+1.451) y Asia (+1.145), los dos continentes que siguen siendo la reserva privilegiada de vocaciones sacerdotales para la misión de la Iglesia. Los religiosos y las religiosas también están experimentando un descenso: los primeros alcanzan un total de 48.000, perdiendo más de 600; las religiosas son 589.000, una disminución significativa de 9.700, atribuible también principalmente a Europa, donde las estadísticas muestran 7.300 monjas menos, y América (-4.000). África se mantiene estable con un aumento de 1.800 monjas. A nivel mundial, hay aproximadamente 106.000 seminaristas mayores (diocesanos y religiosos), una pérdida de 2.000 en comparación con el año anterior. Por el contrario, se observa una ligera disminución (-140) en el número de seminaristas menores, que se mantiene estable en aproximadamente 95.000, con un ligero aumento en Asia y América (+27). En cuanto al clero, la cifra de diáconos permanentes se contrapone a la tendencia, continuando su aumento a nivel mundial (+1.234), superan-



El informe de la Agencia Fides destaca la labor de los misioneros laicos, que suman más de 440.000 en todo el mundo, y de los catequistas, personas que, especialmente en "tierras de misión" o en el contexto de las iglesias jóvenes, son auténticos pilares de la pastoral y la evangelización

do los 51.000, principalmente gracias al aumento observado en América (+1.200) y Oceanía (+57).

El informe de la Agencia Fides destaca la labor de los misioneros laicos, que suman más de 440.000 en todo el mundo, y de los catequistas (un total de 2,8 millones a nivel mundial): personas que, especialmente en "tierras de misión" o en el contexto de las iglesias jóvenes, son auténticos pilares de la pastoral y la evangelización. También confirma el amplio compromiso de la comunidad católica con la educación en todo el mundo, evidente tanto en los países más avanzados como en el Sur global, en naciones donde las actividades iniciales de evangeli-

zación suelen ir acompañadas de iniciativas educativas. La Iglesia Católica apoya más de 74.000 centros preescolares en todo el mundo, a los que asisten 7,6 millones de niños, y 102.000 escuelas primarias para 36 millones de estudiantes. Hay más de 20,7 millones de estudiantes en 52.000 escuelas secundarias y preparatorias, mientras que otros 7 millones de adolescentes y jóvenes asisten a instituciones de educación superior, colegios y universidades que forman parte de organizaciones o congregaciones católicas.

Los hospitales y centros de asistencia social asociados a la Iglesia Católica suman un total de 104.000 en los cinco continentes: más de 5.000 hospitales y aproximadamente 145.000 dispensarios, junto con 504 leproserías, contribuyen significativamente a la atención de los enfermos, los pobres y los que sufren, priorizando a menudo a los más vulnerables y a quienes no pueden costear tratamientos costosos. Existen más de 15.000 residencias para ancianos, enfermos crónicos y discapacitados, 11.000 guarderías y otras 50.000 instalaciones repartidas por todo el mundo. Estas incluyen centros de escucha, albergues, centros de acogida para personas desplazadas y servicios sociales de todo tipo, donde voluntarios, sacerdotes, personas consagradas y laicos siguen siendo misioneros de la esperanza cada día.

El documental sobre la vida de Javier Sartorius

“Solo Javier”

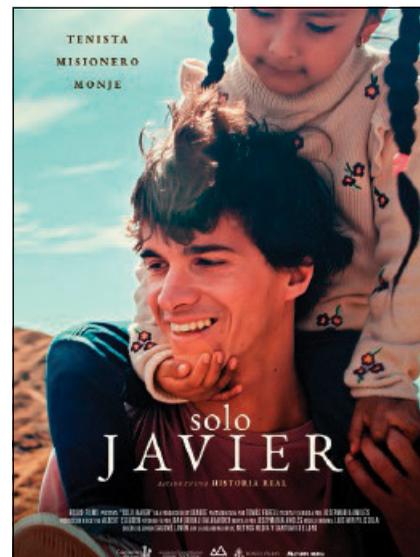
Una joven promesa del tenis español con una vida de éxito que lo dejó todo y vivió dedicado a la oración en el Santuario de Lord porque encontró la verdadera riqueza en Dios

ROCÍO LANCHO GARCÍA

Un joven extrovertido, apuesto, procedente de la aristocracia madrileña, carismático y un gran deportista. Así era Javier Sartorius Milans del Bosch (1962-2006). Tenía por delante una prometedora carrera como tenista. Se mudó junto con su hermano a California, Estados Unidos, para estudiar Administración y Dirección de Empresa. Empezó a trabajar como profesor de pádel y llegó así a una vida de éxito, fiestas, chicas, diversión. Cuando se alzó campeón de pádel de Estados Unidos, Javier tiró el trofeo a la basura. En el fondo sentía un profundo vacío existencial. Comenzó a sentir inquietud por la vida espiritual, a través del yoga y la meditación, y siendo cercano a los más desfavorecidos. En este camino de búsqueda, un familiar le invitó a unirse a una misión en las montañas de Cuzco en Perú. Una experiencia de un mes que terminó convirtiéndose en un año. Allí, se encontró con Dios y su vida cambió. Dejó atrás el pasado e inició una nueva vida dedicada a la ora-

ción y la pobreza. Decidió regresar a España para ingresar en el Seminario de Toledo. Sin embargo, Javier seguía sintiendo una gran inquietud por realizar una entrega más radical y viajó hasta el Santuario de Lord, en las montañas del Prepirineo catalán. En la vida contemplativa y retirada del mundo, Javier encontró su lugar. Los últimos años de su vida, estuvieron marcados por una delicada enfermedad, que él afrontó con humildad y alegría, mientras retomó los estudios de teología en el Seminario de Barcelona. Falleció de un repentino ataque al corazón poco antes de recibir el Sacramento del Orden Sacerdotal.

Jordi Bosch Codina, conoció a Javier en el año 1989 en Perú. Juntos se fueron también al seminario de Toledo. Fue él quien le habló del Santuario de Nuestra Señora de Lord cuando Javier le transmitió la inquietud que tenía de vivir una vida aislada del mundo. Ahora, su viejo amigo es el presidente de la Asociación Javier Sartorius. Ha viajado a Roma en el mes de octubre para el preestreno del documental “Solo Javier”, acompañado del hermano Fernando Sartorius, con quien vivió en Los Ángeles; de su prima Rosa Muguero Sartorius, que fue como una hermana para Javier y del director del



documental, Josemaría Anglès. Todos ellos tuvieron ocasión de saludar al Papa León XIV al finalizar la audiencia general. Le regalaron el libro de la vida de Javier, una pequeña estatua de la Virgen de Lord y una pelota de tenis. El Pontífice ya había escuchado hablar de la historia de Javier Sartorius, porque el pasado 1 de octubre, el presidente de la Generalitat de Cataluña, Salvador Illa, cuando fue recibido en el Vaticano, le obsequió con la película y el libro.

Para explicar cómo nació la película es necesario explicar por qué se crea la Asociación, explica Jordi en entrevista con los medios vaticanos. “Nos situamos en el año 2006 cuando muere Javier. 10 años después, el que era rector del Seminario interdiocesano donde Javier estudiaba, escribe una carta al obispo de Solsona, diócesis a la que estaba vinculado Javier, donde está el Santuario de Lord. En la carta decía, yo he visto en Javier rasgos y virtudes



que nos inducen a pensar que podría ser santo”. El obispo traslada la información al padre Juan, superior del Santuario de Lord y él a su vez a un grupo de familiares y amigos de Javier. Fue entonces cuando decidieron formar la Asociación Javier Sartorius. “Iniciamos el proceso de institución de la entidad y a la vez estamos haciendo una consulta para ver si hay posible causa, con todo lo que esto representa, como buscar un postulador”, precisa Jordi. La respuesta del obispo fue que en principio no hay causa porque no hay interés y devoción por parte del pueblo fiel, porque la historia de Javier se conocía solo entre familiares y amigos. Así surgió la idea de hacer el relato de la vida de Javier para convertirlo en película documental y en un libro.

Para crear el documental, la Asociación buscaba un equipo que reuniera tres características: talento, juventud y fe, y los encontraron. “Sin profundizar en lo que Javier descubre es difícil entender su historia, por eso les invitamos a que hicieran

una experiencia de una semana en el Santuario, para recoger todo el legado de Javier de sus cartas, testimonios, etc.”. Nació así “Solo Javier, un documental con un presupuesto bajito, pero que está teniendo un impacto importante”.

Por otro lado, Jordi asegura también que “en el recorrido vital de Javier, tiene contacto con los homeless en Estados Unidos y esto produce un primer impacto donde él abre los ojos y capta en la belleza de lo que descubre a través de un juicio de la razón, la verdad que baja al corazón donde uno verifica que hay gente que sufre. Y ese sufrimiento lo comparara con su propia existencia y con el privilegio que él ha vivido”. Mirando a estas personas, Javier descubre algo que a él le falta, una felicidad que él no experimenta al poner el corazón en lo material. Cuando se fue de misión y descubre la riqueza de la Iglesia - asegura su amigo de la juventud - verificó en los pobres su propia pobreza y empieza a encontrar la respuesta en Jesucristo. En el encuentro con Cristo, Javier es

feliz. Él vivió cinco características fundamentales, asevera Jordi: “La humildad, la obediencia, reconocer la autoridad, la alegría y la inocencia”. Todo ello le llevó a la “radicalidad del amor” y esa “plenitud del amor le hizo vivir las virtudes de una forma extraordinaria”.

Al respecto, Bosch Codina cree que Javier Sartorius puede ser un modelo y ejemplo para los jóvenes de hoy en día porque hizo “un recorrido de fuera hacia dentro y de dentro hacia arriba, como san Agustín”.

La película se propone como un viaje: desde el atractivo éxito mundano hasta la capilla de un santuario perdido en la montaña, pasando por el impacto de la pobreza en Perú y abordando la necesidad de vida espiritual en el primer mundo. El documental sobre su vida, que fue presentado en Roma el 21 de octubre, busca ir más allá de un simple relato biográfico, “quiere transmitir la experiencia espiritual de renunciaciones y desapegos en favor de un Amor alegre, silencioso y contemplativo”. Asimismo, “busca interpelar a jóvenes soñando con riqueza y éxito, en busca de un amor pleno, y a católicos que asisten a misa sin compromiso real”. “Más que resaltar la santidad de Javier, busca desafiar, provocar y atraer, mostrando la belleza de una fe que huye de la comodidad, que rompe esquemas, y que se fía completamente del Señor”, se explica en la presentación del largometraje.

La oración ecuménica de León XIV y de los reyes de Inglaterra en la Capilla Sixtina

El sugestivo marco de la Capilla Sixtina, con su maravillosa bóveda de Miguel Ángel, fue escenario en la mañana de 23 de octubre, del momento más significativo de la visita de Estado de la Familia Real británica a la Santa Sede: la oración ecuménica presidida por León XIV y el arzobispo de York, Stephen Cottrell, en presencia de sus majestades el rey Carlos III y la reina Camila.

La visita tuvo lugar en el Año Santo de la esperanza: también la Reina Isabel II, realizó una visita oficial durante el Gran Jubileo del 2000 a san Juan Pablo II.

Un momento en cierto modo histórico, ya que la Iglesia católica y la Iglesia de Inglaterra, que es parte de la Comunión Anglicana, oraron y alabaron al Señor juntas: las dos realidades fueron expresadas por la presencia del Papa y del propio rey Carlos, Gobernador Supremo de la Iglesia de Inglaterra, acompañado en su visita a Roma por el obispo más antiguo de la misma, el arzobispo Cottrell.

También la Iglesia de Escocia - que es reformada presbiteriana - estuvo presente, representada por Rosie Frew, moderadora de la Asamblea General de este año. Junto a ella, en la Capilla Sixtina, estuvieron el arzobispo de Westminster y presidente de la Confe-



12:20 h, con los Salmos 8 y 64 (65) y una lectura tomada de la Carta a los Romanos (8,22-27), centrándose en la alabanza a Dios como Creador. La visita se había programado originalmente para abril de este año, y el tema reflejaba el compromiso particular con el cuidado de nuestra casa común que compartían el rey Carlos y el difunto Papa Francisco. El tema también ofrecía una forma

de celebrar el décimo aniversario de la encíclica *Laudato si'*. León XIV confirmó el compromiso compartido con la tutela de la creación y se complació en proceder con la ceremonia como se había planeado originalmente, durante la cual los niños de la Capilla Real del Palacio de St. James, en Londres, y los laicos (es decir, los miembros adultos del coro) de la Capilla de St. George, en el Castillo de Windsor, se unieron a la Schola del Coro de la Capilla Sixtina.

El carácter ecuménico de la oración se refleja en el himno que se cantó al inicio: un texto de san Ambrosio de Milán, traducido al inglés por san John Henry Newman (1801-1890), el cual fue la mitad de su vida anglicano y la otra mitad católico. El rey Carlos asistió a su canonización en 2019, y el 1 de noviembre, León XIV

En el área reservada a las autoridades de la Santa Sede estaban presentes varios cardenales, entre ellos el Secretario de Estado, Pietro Parolin; Francis Arinze, del Orden de los Obispos; y el británico Arthur Roche, prefecto del Dicasterio para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos; y varios prelados, entre ellos el arzobispo Peña Parra, Sustituto de la Secretaría de Estado, y el también británico Paul Richard Gallagher, Secretario para las Relaciones con los Estados y los Organismos Internacionales.

El momento de oración, en latín e inglés, comenzó alrededor de las

proclamará Doctor de la Iglesia al santo cardenal.

La oración concluyó con el himno *If ye love me*, de Thomas Tallis, quien durante más de cuarenta años compuso música sacra tanto para la liturgia romana como para el Libro de Oración Común inglés.

Finalmente, el Papa y el arzobispo Cottrell recitaron juntos una oración a Dios Creador: “Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén con nosotros para siempre”.

En esta ocasión, la Capilla Sixtina estuvo magníficamente adornada con dos preciosos tapices de la serie de los Hechos de los Apóstoles, realizados a partir de cartones de Rafael (Urbino 1483-Roma 1520). En la Sala Regia el intercambio de orquídeas

Más tarde, en la cercana Sala Regia, León XIV y el rey Carlos III de Inglaterra intercambiaron simbólicamente dos ejemplares idénticos de orquídeas *Cymbidium*.

La hermana Alessandra Smerilli, religiosa de las Hijas de María Auxiliadora, secretaria del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, presentó la iniciativa: “Durante este encuentro dedicado al tema de la ecología integral, nos sentimos honrados de presenciar el intercambio simbólico entre su santidad y su majestad”, dijo en inglés, y agregó que este “intercambio expresa un compromiso compartido por la tutela del medio ambiente y el cuidado de la creación de Dios”.

No es casualidad, prosiguió la religiosa salesiana, “esta particular

planta es conocida por su fuerza y resiliencia, y por su capacidad de adaptarse y prosperar también en condiciones difíciles. Es un símbolo de esperanza y determinación. Representa también nuestra responsabilidad compartida de construir un futuro más sostenible en armonía con nuestra casa común”.

Las dos plantas serán destinadas una al Borgo *Laudato si'* de Castel Gandolfo y la otra a una finca real en Gran Bretaña.

La llegada a San Dámaso

La procesión real llegó a la Plaza de San Pedro poco antes de las 11 de la mañana, entrando al Vaticano por el Arco de las Campanas.

En el Patio de San Dámaso, los Soberanos fueron recibidos por el regente de la Prefectura de la Casa Pontificia, monseñor Leonardo Sapienza, luego saludaron a algunos Gentilhombres de Su Santidad mientras la Banda Musical interpretaba el Himno Nacional de Gran Bretaña.

Al finalizar, los reyes, junto con otros miembros de su séquito, llegaron a la Segunda Logia del Palacio Apostólico Vaticano. El regente de la Prefectura de la Casa Pontificia los acompañó al Salón del Trono. En el umbral, fueron recibidos por el Pontífice, quien los invitó a pasar a la Sala de la Biblioteca para una conversación privada.

Al finalizar la reunión, el rey Carlos fue acompañado a la Tercera Logia para reunirse con el cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin. Mientras tanto, la reina Camila visitó la Capilla Paulina.

Tras los dos momentos en la Capi-



lla Sixtina y la Sala Regia, sus majestades, junto con las demás personalidades de su séquito, llegaron al Patio de San Dámaso, donde alrededor de la 1:30 p. m tuvo lugar la despedida.

Por la tarde en San Pablo extramuros

Por la tarde, los reyes fueron a la basílica papal de San Pablo extramuros que junto con la anexa abadía benedictina tiene un fuerte vínculo histórico con la Corona de Inglaterra. Por estos vínculos y por los progresos realizados en el camino de la reconciliación entre la Iglesia de Roma y la Iglesia de Inglaterra, el cardenal arcipreste James Michael Harvey y el abad de la comunidad monástica, dom Donato Ogliari, con la aprobación de León XIV, confirieron el título de “Cofrade Real” de san Pablo al rey Carlos III. Para la ocasión se creó un escudo que lleva el escudo de armas del soberano británico junto con la frase en latín *Ut unum sint* - “Para que sean uno”, una cita del capítulo 17 del Evangelio de San Juan, que se ha convertido en el lema del movimiento ecuménico.

Jubileo de los equipos sinodales: buenas prácticas para una Iglesia visionaria

En el Aula Pablo VI se vivió una intensa tarde de intercambio sobre la puesta en práctica de la sinodalidad en las Iglesias locales. Más de quince testimonios procedentes de todos los rincones del mundo mostraron la viabilidad de proyectos inspirados en un estilo de participación, colegialidad, cooperación e integración de actitudes y carismas.

ANTONELLA PALERMO

Una polifonía de voces, experiencias y estímulos marcó el encuentro en el camino de una Iglesia acogedora, viva, dinámica e integrada.

Después de los 25 talleres y 6 seminarios que comprometieron a los representantes de los equipos sinodales y de los organismos de participación –reunidos en Roma para el Jubileo–, la jornada del 25 de octubre culminó en el Aula Pablo VI, de 17:00 a 18:30, con un momento de puesta en común de experiencias y buenas prácticas sobre la implementación de la sinodalidad en diversas partes del mundo. El encuentro, conducido por la periodista salvadoreña Paola Arriaza y el periodista italiano Enrico Selleri, combinó testimonios, videos, entrevistas y animación musical.

A partir de las 21:00, en la plaza de San Pedro, se celebra una vigilia mariana abierta a toda la ciudad, guiada por el cardenal Mario Grech, secretario general de la Secretaría General del Sínodo, como preparación para la misa del día siguiente en la basílica vaticana, presidida por el Papa.

Hace cuatro años se abrió el Sínodo de la Iglesia católica sobre la sinodalidad, con tres palabras clave: Comunión, Participación y Misión.

Un proceso articulado en la escucha del Pueblo de Dios, primero a nivel diocesano y luego continental, en el discernimiento de los pastores, que desembocó en el Vaticano con las dos sesiones de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Hoy, ese recorrido vuelve a tomar cuerpo con quienes se han hecho portavoces de los primeros frutos de aplicación del Docu-

mento final en las Iglesias locales.

Un video introductorio repasó las etapas de este camino y dio impulso al trabajo futuro. A través de los rostros de mujeres, jóvenes, sacerdotes y obispos de todo el mundo –todavía con mascarillas en tiempos de pandemia– se percibía el esfuerzo, el entusiasmo y la escucha recíproca guiada por el Espíritu.

Resonaron también las primeras palabras pronunciadas por León XIV desde la logia de las bendiciones, justo después de su elección: “Queremos ser una Iglesia sinodal, una Iglesia que camina, una Iglesia que busca siempre la paz, la caridad y la cercanía, especialmente con quienes sufren”.

Se recordaron, además, las palabras de Papa Francisco al inicio del proceso sinodal, cuando invitaba a rezar para que en esta experiencia no nos dejemos

“sofocar por el desencanto”, no se diluya la profecía ni se reduzca todo “a discusiones estériles”.

La primera experiencia presentada fue la de la región amazónica, a través del testimonio de Mauricio López, ex presidente mundial



de las Comunidades de Vida Cristiana (CVX) y actual vicepresidente de la Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA).

Este organismo, explicó, es fruto de un auténtico proceso sinodal que “ha sido como un río”. “La CEAMA es el camino de una Iglesia visionaria”, dijo, “una Iglesia que abraza la vida laical y presbiteral, que responde a las necesidades de un bioma, de un ecosistema”.

En referencia a la exhortación apostólica *Querida Amazonia*, evocó el sueño social, ecológico, cultural y eclesial que busca dar un nuevo rostro de esperanza a la Iglesia. “Del Sínodo para la Amazonía se esperaban también nuevas estructuras, y esta es una de ellas”, observó López. “Las mujeres, los laicos y las laicas sostienen la vida en la Amazonía. No se trata de repetir información, sino de saborear caminos nuevos”.

En esta conferencia participan dos mujeres indígenas, una religiosa franciscana, el cardenal peruano Pedro Ricardo Barreto Jimeno, representantes campesinos y afrodescendientes, así como siete conferencias episcopales. Todo un ejemplo concreto de compromiso con una verdadera “ecología integral”.

Desde Bangkok se proyectó un video que mostraba cómo aplicar la sinodalidad en el mundo educativo.

Veinticuatro escuelas participaron en un proyecto de “maratón sinodal” que permitió a es-

tudiantes y profesores experimentar cómo, incluso en un contexto mayoritariamente budista, es posible compartir valores fundamentales para un diálogo auténtico.

Durante los últimos dos años, los jóvenes pudieron poner en práctica sus talentos, aprender métodos de relación, descubrir qué significa escucharse mutuamente, confiar, prestar atención a los más necesitados y comprobar que, en definitiva, un mundo mejor es posible.

La iniciativa, que también se ha replicado en Filipinas, enseña a los jóvenes a transformar sus sueños en proyectos concretos.

Otro testimonio llegó desde el Líbano: el de los esposos Tayeh, que desde hace 19 años viven su matrimonio como una misión de acogida.

Abren su hogar a jóvenes y familias para ofrecer espacios de espiritualidad y convivencia, organizando momentos de adoración, actividades para grupos juveniles, parejas en crisis y estudiantes.

Para ellos, los sacramentos son un camino de sanación interior. Daoud, el esposo, superó una etapa difícil de enfermedad gracias a una profunda conversión y a la oración comunitaria. Hoy es secretario general del consejo pastoral diocesano.

Desde Lima, Perú, el jesuita Juan Bytton, coordinador de la comisión arquidiocesana sobre la sinodalidad, presentó un video que muestra cómo las 129

parroquias de la arquidiócesis están poniendo en práctica las conclusiones del proceso sinodal.

En vista de la segunda asamblea, prevista para enero del próximo año, explicó que el desafío es aplicar el principio de circularidad entre laicos, religiosos, sacerdotes e instituciones eclesiales, de modo que todos sean “embajadores de sinodalidad”.

“Las asambleas sinodales parroquiales son la prueba tangible de que la sinodalidad puede vivirse a este nivel”, afirmó. “No se trata solo de haber aprendido un método, sino de redescubrir que ser cristiano significa escuchar, discernir y decidir bajo la acción del Espíritu”.

Desde la diócesis de San Diego, en California, John E. Hurley, CSP, presentó cómo se están formando nuevos modelos de liderazgo a la luz de la sinodalidad.

Gracias a la colaboración con la universidad local, se han realizado más de 1.100 sesiones de escucha con la participación de 27.000 personas. El objetivo: “reinventar la vida parroquial”.

Hurley, que coordina el proyecto piloto, comentó: “Tenemos mucho trabajo por delante y debemos afrontar la desinformación sobre la sinodalidad. Se trata de sentar las bases para un nuevo modo de ser párrocos y cambiar la cultura. Lentamente, la mentalidad está cambiando”.

“La creación de una cultura sinodal no es una opción”, recordó, “porque tiene una raíz profunda en el Concilio Vaticano II”.

Reconoció que en Estados Unidos existe una gran división sobre el tema, pero consideró alentador el impulso de León XIV, quien subraya que la sinodalidad es “antídoto contra la polarización”.

Construir el bienestar relacional más allá de la propia fragilidad también es sinodalidad.

Así lo demuestra Alessio Bianco, que vive con sordera y es disability manager en el ámbito del bienestar laboral. En lugar de realizar su viaje de bodas —se casó hace apenas dos semanas—, subió al escenario del Aula Pablo VI para compartir su historia.

Participó en el camino sinodal transmitiendo un mensaje claro: “Podemos ser levadura, no solo destinatarios del Evangelio”.

Bianco colabora en dos mesas de trabajo dentro de la Conferencia Episcopal Italiana —en los departamentos de Pastoral de la Discapacidad y Pastoral Social y del Trabajo— y organiza seminarios anuales para promover buenas prácticas sinodales en empresas y diócesis.

Recordó que en Italia solo un tercio de las personas con discapacidad tiene empleo, y lanzó un llamado: “Hay que elevar el umbral, porque el trabajo es dignidad para todos”.

Desde Canadá llegó el testimonio de quienes se reúnen dos

veces al año para fortalecer la relación entre parroquias y escuelas católicas.

Esa práctica ha consolidado una cultura de discernimiento comunitario y ha hecho de la “conversación en el Espíritu” el camino hacia relaciones más profundas.

Por su parte, Marcus Holden, rector del Colegio Beda en Roma, habló sobre la formación de sacerdotes de lengua inglesa y sobre sus temores iniciales al tener que afrontar nuevos lenguajes y enfoques.

Desde las islas Fiyi se destacó una experiencia innovadora: una sesión de formación permanente y temporal para sacerdotes, promovida con el apoyo de mujeres laicas y religiosas. Un ejemplo concreto de cooperación sinodal.

La hermana Maria Cimperman, de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, explicó los frutos de la reciente conferencia de la Unión de Superiores Generales (USG) celebrada en el archipiélago, con amplia participación.

La Congregación de Jesús y María, añadió, ya vive desde hace tiempo un estilo sinodal basado en la colegialidad, que impregna todos los niveles de su misión.

La sinodalidad va más allá de la Iglesia católica. Así lo afirmó monseñor Ian Ernst, obispo anglicano de Mauricio, presente en Roma tras colaborar en la organización de la visita de los reyes Carlos III y Camila.

Sostuvo que estamos viviendo un momento histórico para las relaciones ecuménicas e invitó a “ir más allá de nuestras pertenencias” para vivir plenamente el espíritu sinodal.

“La sinodalidad requiere sacrificio”, dijo, “pero cuando se pone en práctica, todos se benefician y el proceso fluye con armonía”.

Los representantes del Observatorio Africano sobre la Sinodalidad —una red de teólogos y comunicadores de todo el continente— presentaron también un sitio web que recopila los pasos dados en esta dirección, abierto a todos.

El grupo Scalamic, proyecto artístico de la Agencia Scalabriniana para la Cooperación al Desarrollo (ASCS), animó la asamblea con un canto interpretado también en lengua de signos.

Luego intervino el cardenal Mario Grech, secretario general del Sínodo, quien cerró una jornada densa de experiencias y testimonios.

Mirando hacia la Asamblea General que se celebrará en Roma en 2028, expresó su deseo de que la sinodalidad —gracias a la cultura del encuentro tan querida por el Papa Francisco— ofrezca respuestas a sociedades cada vez más fragmentadas.

“La sinodalidad no se enseña, se vive, y es contagiosa”, afirmó. “A quienes todavía les cuesta entenderla, solo podemos decirles: ‘Ven, intentemos encontrarnos’”.

Programa del viaje apostólico del Papa a Turquía y Líbano

A un mes de su partida hacia Ankara, se ha publicado el programa oficial del primer viaje apostólico de León XIV a los dos países de Oriente Medio, con una parada en İznik, nombre actual de la antigua Nicea, para la celebración ecuménica del Concilio del 1700

SALVATORE CERNUZIO

Nueve discursos, cinco saludos, dos homilias. Encuentros institucionales, celebraciones ecuménicas, oraciones en las tumbas de los santos o en las excavaciones arqueológicas de Nicea, visitas a la Mezquita Azul, a centros para pobres y enfermos o al lugar símbolo de una enorme tragedia como es el puerto de Beirut.

Es un viaje lleno de contenido y citas que el Papa León XIV se dispone a realizar a Turquía y Líbano del 27 de noviembre al 2 de diciembre. El viaje -el primero del pontificado- incluirá una peregrinación a İznik, nombre actual de la antigua Nicea, con motivo del 1700 aniversario del primer Concilio de la historia. Esta mañana, 27 de octubre, exactamente un mes antes de la partida del Papa, la Oficina de Prensa de la Santa Sede ha hecho público el programa oficial.

Ankara, Estambul, İznik, luego Beirut, Annaya, Harissa, Bkerké, los lugares que acogerán al Papa León, que -como él mismo ha explicado- volará a los dos países de Oriente Medio para cumplir un deseo de su predecesor Francisco y difundir un mensaje de paz en esta latitud del mundo herida por guerras y dramas de diversa índole. Del programa hecho público destacan varios actos, empezando por el encuentro ecuménico de oración cer-

ca de las excavaciones de la antigua basílica de San Neófito en İznik, que será el punto culminante de las celebraciones por los 1700 años de Nicea. Pero también, en Turquía, la firma de una Declaración Conjunta con el Patriarca de Constantinopla, Bartolomé I, en el Palacio Patriarcal de Estambul y la visita a la Sultan Ahmet Camii, más conocida como la Mezquita Azul, una de las más importantes de Estambul, que ya había visto Benedicto XVI y Francisco bajo sus bóvedas y sus llamativos mosaicos.

Luego, en el Líbano, la ya mencionada parada en el puerto de Beirut, teatro de la devastadora explosión de agosto de 2020; la oración ante la tumba de san Charbel Maklûf, el monje sanador considerado el patrón del Líbano, en el monasterio de Annaya; el encuentro con los operadores y pacientes del hospital libanés de Jal ed Dib, el primer hospital para discapacitados mentales nacido como obra de misericordia corporal.

Más en detalle, el viaje apostólico de León XIV comenzará el jueves 27 de noviembre a las 7.40 horas con su salida de Roma-Fiumicino con destino a la capital turca, Ankara. Está previsto que el Papa llegue a las 12.30 horas al aeropuerto internacional de Ankara/Esenboğa, donde tendrá lugar la bienvenida oficial. Al cabo de una hora, el Papa se trasladará al Mausoleo de Atatürk, el majestuoso Anıtkabir dedicado al fundador del Estado laico moderno que abolió el Califato otomano con la Constitución de 1937. En el Palacio Presidencial tendrá lugar la ceremonia de bienvenida a las 14:10, seguida de una visita al Presi-

dente de la República, Recep Tayyip Erdoğan, y, tras más de una hora, un encuentro a las 15:30 con autoridades, sociedad civil y cuerpo diplomático. En esa ocasión, el Pontífice pronunciará su primer discurso. A última hora de la tarde, hacia las 17.20 horas, se despedirá de la capital para volar a Estambul, adonde está previsto que llegue al cabo de hora y media.

En la metrópoli dividida por el Bósforo, cruce entre Europa y Asia, León XIV pasará gran parte de la segunda jornada del viaje, antes de trasladarse a İznik. A las 9.30 presidirá un encuentro de oración con obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados y agentes pastorales en la catedral del Espíritu Santo. El Papa les dirigirá un discurso. Después se trasladará a la Casa de las Hermanitas de los Pobres, desde hace más de 120 años testimonio vivo de caridad y servicio a los ancianos necesitados. A las 14.15 horas, se trasladará en helicóptero a İznik, a 30 km al sureste de Estambul, centro del distrito del mismo nombre en la provincia de Bursa, donde tendrá lugar la celebración ecuménica entre las antiguas ruinas de la basílica de San Neófito. Ahí se espera otro discurso del Papa León. A las 18.30 horas, regresará a Estambul -pero esta vez en helicóptero-, donde se reunirá en privado con los obispos en la Delegación Apostólica. Igualmente intensa será la jornada del sábado 29 de noviembre, que se abrirá con una visita a la Mezquita Azul y continuará con un encuentro privado con los jefes de las Iglesias y comunidades cristianas en la Iglesia sirio-ortodoxa de Mor Ephrem y la Doxología (breve fórmula

ritual) en la Iglesia patriarcal de San Jorge, durante la cual el Papa pronunciará un saludo. Ese mismo día, a las 15.50 horas, León verá a Bartolomé en el Palacio Patriarcal. Ambos, que ya se habían visto el pasado mes de mayo, firmarán una Declaración Conjunta. Inmediatamente después de este momento, el Pontífice se trasladará al "Volkswagen Arena" para la misa de las 17 horas.

El domingo 30 de noviembre será el día del traslado al Líbano. En Turquía, sin embargo, tendrá sus últimas citas matinales con una visita de oración a la Catedral Apostólica Armenia (está previsto un saludo) y la Divina Liturgia en la Iglesia Patriarcal de San Jorge, a la que seguirá una bendición ecuménica con un discurso de León XIV. Tras el almuerzo con Bartolomé en el Fanar, sede del Patriarcado Ecuménico, abandonará el país y viajará a Beirut. Primero la ceremonia de despedida en el aeropuerto de Estambul/Atatürk, después la salida a las 14h45 y la llegada a las 15h45 al aeropuerto internacional de la capital libanesa y la ceremonia de bienvenida. El Pontífice mantendrá inmediatamente sus primeros encuentros institucionales: la visita de cortesía al Presidente de la República, Joseph Aoun, al frente del Líbano desde el pasado mes de enero; reuniones con el Presidente de la Asamblea Nacional, Nabih Berri, y con el Primer Ministro Nawaf Salami, a quien el Papa recibió en audiencia en el Vaticano el sábado. A las 18.00 horas, León XIV recibirá en audiencia a las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático. La cita cerrará la primera jornada de su viaje al País de los Cedros. El día siguiente, 1 de diciembre, se abrirá con un traslado a Annaya, el

suburbio de Beirut donde se alza el Monasterio de San Maroun, destino de millones de peregrinos cada año, incluidos musulmanes. A las 9.45 horas, el Papa León descenderá a la gruta donde está enterrado San Charbel, el monje cristiano proclamado santo por Pablo VI, al que se atribuyen más de 29.000 milagros de curación. Tras este momento de oración, el Pontífice se trasladará a Harissa, al famoso santuario de Nuestra Señora del Líbano, donde la estatua blanca de Nuestra Señora parece vigilar el país y todo Oriente Próximo. Allí, el Papa León se reunirá con el clero local (obispos, sacerdotes, consagrados y consagradas, agentes pastorales), pronunciará un discurso y, a continuación, en la cercana Nunciatura Apostólica, dirigida por monseñor Paolo Borgia, se entrevistará en privado con los Patriarcas católicos. Por la tarde, a las 16.00 horas, está previsto un encuentro ecuménico e interreligioso en la plaza de los Mártires, seguido, a las 17.45 horas, de un encuentro con los jóvenes de en la plaza frente al Patriarcado de Antioquía de los Maronitas de Bkerké. En ambas ocasiones, están previstos discursos del Papa.

Igualmente intensa será la última jornada del viaje, de nuevo en Beirut, el 2 de diciembre, que comenzará a las 8.30 horas con una visita a los operadores y pacientes del Hospital "De La Croix" de Jal el Dib y con la llegada al puerto para la "oración silenciosa" en el lugar de la explosión que hace cinco años causó más de 200 muertos y 7.000 heridos. A las 10.30 horas, el Papa presidirá finalmente la misa en el paseo marítimo de Beirut. La homilía no será la última palabra del Pontífice, que pronunciará un discurso durante la ceremonia de despedida en el

aeropuerto. Tendrá lugar a las 12.45, con salida a las 13.15 y llegada a Roma-Fiumicino a las 16.10.

Además del programa, la Oficina de Prensa ha publicado hoy los logotipos y lemas del viaje apostólico del Papa León XIV. El logotipo de Turquía se desarrolla en un círculo que encierra el puente de los Dardanelos, en alusión al encuentro entre Asia y Europa y a Cristo como puente entre Dios y la humanidad. Las olas fluyen bajo el puente, evocando el agua bautismal y el lago de İznik; a la derecha se alza la Cruz del Jubileo 2025, mientras que en la parte superior izquierda tres círculos entrelazados representan la Santísima Trinidad. El conjunto expresa visualmente el lema del Viaje "Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo" (Ef 4,5): el círculo simboliza la unicidad de Dios, el puente la única fe que une a los pueblos, las olas el bautismo que regenera a los hijos de Dios, invitando a construir la fraternidad y el diálogo entre Oriente y Occidente. En cambio, el logotipo libanés representa al Papa con la mano derecha levantada en señal de bendición, flanqueado por una paloma que simboliza la paz y un cedro que representa al Líbano con su rica historia de fe y armonía interreligiosa. A la derecha, la "Cruz-ancla" del Jubileo 2025 significa la esperanza firmemente fundada en la fe en Cristo. Los colores azul oscuro y rosa suave, verde y azul expresan serenidad, unificados por el blanco que refleja el anhelo de paz del Líbano. El lema "Bienaventurados los que trabajan por la paz", del Evangelio de Mateo, contiene el mensaje central de la visita: reconfortar al pueblo libanés fomentando el diálogo, la reconciliación y la armonía entre todas las comunidades.

El Instituto Católico por la Noviolencia organiza una serie de seminarios en Roma

Construir una cultura de la Paz

ROCÍO LANCHO GARCÍA

El Instituto Católico para la Noviolencia, una iniciativa de Pax Christi International, inauguró en Roma, el pasado 17 de octubre, una serie de seminarios que busca fomentar “la reflexión sobre cómo la noviolencia puede integrarse en la formulación de políticas, el compromiso social y la práctica pastoral”. Asimismo, al destacar perspectivas regionales, se pretende “tender puentes entre la experiencia vivida y la visión teológica, situando las conversaciones sobre políticas en ejemplos reales de construcción de paz y reconciliación”.

La primera sesión, titulada “Movilizando el Cambio Social Noviolento: Lecciones desde América Latina”, estuvo a cargo de María Belén Garrido, directora del Instituto Regional para el Estudio y la Práctica de la Acción Noviolenta Estratégica en las Américas. Cada encuentro reunirá a teólogos, profesionales y expertos en políticas públicas “para examinar cómo la noviolencia evangélica puede influir en la vida de la Iglesia, en su gobernanza y en la respuesta global”.

La dra. Garrido analizó cómo los movimientos locales están transformando la participación cívica e inspirando conversaciones más amplias sobre la noviolencia dentro de la Iglesia. Su presentación abordó tres puntos princi-

pales: casos de América Latina que han resaltado por su carácter noviolento, el impacto que han tenido y los principales desafíos que existen en la región.

“En la primera parte hice una presentación de los estudios actuales sobre la efectividad de la acción noviolenta, los cuales no se limitan solamente a aquellos contra movimientos autoritarios”, explicó Garrido en entrevista con *L’Osservatore Romano*. De este modo, indicó que en América Latina existen casos en la lucha por los derechos de los indígenas, por la lucha de afrodescendientes, contra la minería, a favor de los recursos naturales, temas de género, derechos de las mujeres. “Hay diferentes acciones noviolentas, no solo a nivel maximalista, que han sido muy exitosas, sin embargo no existe una base de datos donde se los recopile como la base NAVCO de la universidad de Harvard que se centra en analizar casos maximalistas contra dictaduras o luchas por la independencia.”

Para ejemplificar la importancia de conocer sobre acciones noviolentas en América Latina, la experta presentó el trabajo de las Comunidades de Paz de Colombia, y cómo en un estudio de 50 de ellas, y en concreto en 4, identificaron factores específicos que permitieron que estas comunida-



des, de forma noviolenta, logran reducir la violencia y hasta evitar masacres. “Factores como la cohesión, la participación masiva, el tener un objetivo común, ayudaba a que las Comunidades puedan actuar de forma noviolenta”, precisa. Del mismo modo se analizaron las estrategias utilizadas: tuvieron entrenamiento previo en noviolencia, combinaron la acción noviolenta con métodos no convencionales como el diálogo, la mediación y la negociación, muchos se declararon imparciales para evitar la violencia que ocurre cuando varios grupos armados actúan en un mismo territorio, y el importante apoyo que pueden brindar actores externos, como puede ser la Iglesia. Al respecto, María Belén Garrido subrayó que existen pocos estudios sobre cómo la Iglesia ha contribuido al éxito de los movimientos noviolentos en América Latina. Es decir, “sabemos que han sido un actor muy importante en diferentes niveles – organización, apoyo durante las protestas, ser santuarios, apoyar la negociación posterior –

pero no hay estudios comparativos que analicen qué acciones contribuyeron o no a que los movimientos alcancen sus objetivos”.

También se concentró en el caso de los grupos indígenas de Ecuador. “Todos los procesos no violentos desarrollados en los levantamientos de la década de los 90 y a principios de siglo, lograron un cambio importantísimo en la situación sobre acceso y reconocimiento de los derechos indígenas. Al respecto la experta destaca que “muchas veces en estos procesos, junto con procesos como las salidas anticipadas de presidentes, lograron que la sociedad se cuestione el principal marco legal que existe que es la Constitución y se plantee su reforma”. En este periodo – prosigue Belén – tuvimos dos Constituciones en 1998 y 2008 donde se plasmaron cambios políticos y sociales fundamentales para los pueblos indígenas. Y estos cambios se realizaron de forma no violenta.

Reflexionando sobre los desafíos actuales, la experta aseguró que “el principal desafío es la narrativa”. La narrativa actual – explicó – determina que solo a través de medios violentos se puede alcanzar la paz, que la no violencia no tiene ningún rol. Por eso dar a conocer casos exitosos de no violencia es primordial para cambiar la mentalidad de las personas. Al respecto, María Belén Garrido destaca la importancia de fortalecer las capacidades de las personas. Mientras más conocimiento y preparación ten-

gas sobre cómo actuar en procesos no violentos, mayor será la probabilidad de alcanzar tus metas y también de evitar muertos. La planificación es clave en estos procesos, explica.

Por otro lado, analiza también el rol que organismos internacionales pueden tener en este tipo de acciones, en concreto de la UNESCO. “Hay trabajo en educación para la paz, pero sobre la no violencia casi nada”, lamentó. Por eso insiste en la necesidad de investigación en esta área. Poco a poco se dan pasos, por ejemplo, hubo un cambio sustancial sobre todo en el Norte Global, con el libro de Erica Chenoweth y María Stephan sobre “Porque la resistencia civil funciona”, en el cual demuestra científicamente que los procesos no violentos fueron más exitosos que los violentos entre 1900 y 2006. Y de ahí muchos investigadores se animaron a trabajar en este ámbito.

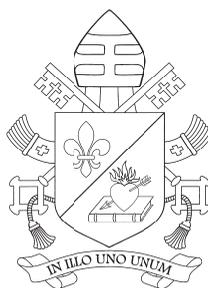
En esta misma línea, la experta asevera que los estudios de resistencia civil necesitan “incorporar una visión decolonial”. Esto supondría un cambio en la narrativa. Hasta ahora las investigaciones han sido realizadas principalmente desde el Norte Global, y pocos son los estudios sobre acciones, cosmovisiones o ideas de las personas del Sur Global, o de los pueblos indígenas. Ciertos conceptos políticos, como la “plurinacionalidad” no se discuten en el Norte Global, a pesar de la nueva realidad que viven varios países. Algo similar ocurre con el concepto del “Buen Vivir”

o Sumak Kawsay, para los pueblos indígenas del Ecuador. Estos conceptos deberían ser considerados en los análisis sobre resistencia civil, y más si se habla de casos de comunidades indígenas de los Andes.

Finalmente, observa que en el caso de la Iglesia católica “se pueden hacer muchas cosas”. Estamos al inicio – indica la experta – de cambios sustanciales que podrían darse desde dentro, con el apoyo de la Iglesia. Pensemos en las escuelas, colegios, universidades, como lugares donde enseñar acción no violenta y promover la investigación sobre cómo se ha hecho, qué hay en común, qué hemos aprendido, cuáles son los principales obstáculos, etc. Es fundamental “dar a conocer dentro de la Iglesia católica que esta es una opción ante la guerra, que no tenemos que aceptar el discurso predominante de que solo con la violencia se puede alcanzar la paz”. En este sentido – prosigue – en la Iglesia católica serían infinitas las formas en las que se puede fomentar la paz de forma no violenta. “Probemos a imaginar cómo sería si ya desde la escuela se enseña a los niños comunicación no violenta, mediación, negociación, que les den herramientas para resolución de conflictos. Dar estas herramientas a los católicos produciría un gran cambio. Si queremos ver cambios globales es clave empezar a difundirlo en todos los canales de los que disponemos para que la gente pueda aprender y emplearlo”, concluye la experta.



Una
mirada a las
intervenciones
del
Papa
León XIV



DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS
CABALLEROS DE COLÓN

Sala del Consistorio. Lunes, 6 de octubre de 2025

Gratitud por el apoyo a la acción caritativa del Papa

En el nombre del Padre,
del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Excelencia, queridos amigos,

Me complace darles la bienvenida esta mañana a todos ustedes, miembros del Consejo Directivo de los Caballeros de Colón, junto con sus familias que los acompañan esta mañana en su peregrinación en este Año Jubilar de la Esperanza. Qué importante es la palabra en sí misma: esperanza. Decenas de millones de fieles han venido como ustedes a Roma en este Año Santo para visitar las tumbas de los Apóstoles, atravesar las Puertas Santas y fortalecerse en su fe. Una de las obras de arte del Vaticano que sin duda admiran al atravesar la Puerta Santa y entrar en la Basílica es el Baldaquino de Gian Lorenzo Bernini, que hoy resplandece en toda su belleza original tras la primera restauración completa de su historia. Otra, en el ábside de la Basílica, es el hermoso monumento de bronce de Bernini que protege la Catedral de San Pedro, restaurado en el mismo período. Estas obras maestras ayudan a quienes las contemplan a meditar sobre dos de los principales pilares de nuestra fe: la presencia real de Jesús en la Eucaristía y el Papa como Sucesor de Pedro, que une y guía a la Iglesia.

Quisiera expresar mi profunda gratitud a ustedes,

Caballeros de Colón, por su generosidad al hacer posibles estos proyectos. Son un signo visible de su constante devoción al Vicario de Cristo. A lo largo de su historia, la Orden ha apoyado de diversas maneras la labor caritativa del Romano Pontífice, incluso a través del Fondo Vicarius Christi, que le permite expresar su solidaridad con los pobres y los más vulnerables de todo el mundo.

A través de una serie de iniciativas promovidas por los Consejos locales, ustedes y sus hermanos Caballeros también tratan de llevar la compasión y el amor del Señor a sus comunidades locales, incluso a través de sus esfuerzos por defender la santidad de la vida humana en todas sus etapas, ayudar a las víctimas de guerras y desastres naturales y apoyar las vocaciones sacerdotales. Por estas acciones concretas, así como por sus oraciones y sacrificios diarios por el bien de todo el pueblo de Dios, expreso sinceramente mi más profundo agradecimiento.

Queridos hermanos y hermanas, les deseo una fructífera peregrinación y rezo para que su tiempo de estancia en Roma, la Ciudad Eterna, alimente su fe, les confirme en la esperanza y profundice su amor por la Iglesia. Que así puedan fortalecerse para continuar la admirable misión iniciada por su noble fundador.

Con estos sentimientos, los encomiendo a todos a la intercesión de Nuestra Señora, María, Madre de la Iglesia, y también del beato Michael McGivney, y les imparto de corazón mi bendición a cada uno de ustedes, a sus familias y a sus seres queridos. Muchas gracias.

Ninguna noche es eterna, ninguna herida permanece abierta para siempre

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!
Hoy quisiera invitaros a reflexionar sobre un aspecto sorprendente de la resurrección de Cristo: su humildad. Si recordamos los relatos evangélicos, nos damos cuenta de que el Señor resucitado no hace nada espectacular para imponerse a la fe de sus discípulos. No aparece rodeado de huestes de ángeles, no hace gestos sensacionales, no pronuncia discursos solemnes para revelar los secretos del universo. Al contrario, se acerca discretamente, como un viandante cualquiera, como un hombre hambriento que pide compartir un poco de pan (cf. Lc 24,15-41).

María de Magdala lo confunde con un jardinero (cf. Jn 20,15). Los discípulos de Emaús creen que es un forastero (cf. Lc 24,18). Pedro y los demás pescadores creen que es un simple transeúnte (cf. Jn 21,4). Habríamos esperado efectos especiales, signos de poder, pruebas abrumadoras. Pero el Señor no busca eso: prefiere el lenguaje de la proximidad, de la normalidad, de la mesa compartida.

Hermanos y hermanas, en esto hay un mensaje precioso: la Resurrección no es un giro teatral, es una transformación silenciosa que llena de sentido cada gesto humano. Jesús resucitado come una porción de pescado delante de sus discípulos: no es un detalle marginal, es la confirmación de que nuestro cuerpo, nuestra historia, nuestras relaciones no son un envoltorio para tirar. Están destinados a la plenitud de la vida. Resucitar no significa convertirse en espíritus evanescentes, sino entrar en una comunión más profunda con Dios y con nuestros hermanos, en una humanidad transfigurada por el amor.

En la Pascua de Cristo, todo puede convertirse en gracia. Incluso las cosas más ordinarias: comer, trabajar, esperar, cuidar de la casa, apoyar a un

amigo. La Resurrección no resta vida al tiempo y al esfuerzo, sino que cambia su sentido y su "sabor". Cada gesto realizado en gratitud y comunión anticipa el Reino de Dios.

Sin embargo, hay un obstáculo que a menudo nos impide reconocer esta presencia de Cristo en lo cotidiano: la pretensión de que la alegría debe ser sin heridas. Los discípulos de Emaús caminaban tristes porque esperaban otro final, un Mesías que no conociera la cruz. A pesar de haber oído que la tumba está vacía, son incapaces de sonreír. Pero Jesús está a su lado y, con paciencia, les ayuda a comprender que el dolor no es la negación de la promesa, sino el modo en que Dios ha manifestado la medida de su amor (cf. Lc 24, 13-27).

Cuando por fin se sientan a la mesa con Él y parten el pan, se les abren los ojos. Y se dan cuenta de que su corazón ya ardía, aunque no lo sabían (cf. Lc 24, 28-32). Esta es la mayor sorpresa: descubrir que bajo las cenizas del desencanto y del cansancio siempre hay un rescoldo vivo, a la espera de ser reavivado.

Hermanos y hermanas, la resurrección de Cristo nos enseña que no hay historia tan marcada por el desengaño o el pecado que no pueda ser visitada por la esperanza. Ninguna caída es definitiva, ninguna noche es eterna, ninguna herida está destinada a permanecer abierta para siempre. Por distantes, perdidos o indignos que nos sintamos, no hay distancia que pueda apagar la fuerza infalible del amor de Dios.

A veces pensamos que el Señor sólo viene a visitarnos en momentos de recogimiento o de fervor espiritual, cuando nos sentimos con fuerzas, cuando nuestra vida parece ordenada y luminosa. En cambio, el Resucitado se acerca en los lugares más oscuros: en nuestros fracasos, en las relaciones desgastadas, en los trabajos cotidianos que pesan sobre nuestros hombros, en las dudas que nos desaniman. Nada de lo que somos, ningún fragmento de nuestra existencia le es ajeno.

Hoy, el Señor resucitado viene junto a cada uno de nosotros, tal como recorreremos nuestros caminos -los del trabajo y el compromiso, pero también los del sufrimiento y la soledad- y con infini-

ta delicadeza nos pide que nos dejemos calentar el corazón. No se impone con clamores, no exige ser reconocido inmediatamente. Con paciencia espera el momento en que nuestros ojos se abran para ver su rostro amigo, capaz de transformar la decepción en confiada espera, la tristeza en gratitud, la resignación en esperanza.

El Resucitado sólo desea manifestar su presencia, hacerse nuestro compañero de camino y encender en nosotros la certeza de que su vida es más fuerte que cualquier muerte. Pidamos, pues, la gracia de reconocer su presencia humilde y discreta, de no esperar una vida sin pruebas, de descubrir que todo dolor, si es habitado por el amor, puede convertirse en lugar de comunión.

Y así, como los discípulos de Emaús, también nosotros volvemos a nuestras casas con un corazón que arde de alegría. Una alegría sencilla, que no borra las heridas, sino que las ilumina. Una alegría que nace de la certeza de que el Señor está vivo, que camina con nosotros y nos da en cada momento la posibilidad de recomenzar.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Los invito a pedir la gracia de reconocer la presencia humilde y discreta de Dios en todos los momentos de nuestra vida, especialmente en los más difíciles. Que no haya nada que pueda arrebatararnos la alegría de experimentar a Cristo vivo. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN LA CONFERENCIA DE LA ASOCIACIÓN MINDS INTERNATIONAL
Sala Clementina. Jueves, 9 de octubre de 2025

Hacer periodismo no puede nunca ser considerado un delito, sino un derecho que proteger

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

¡La paz esté con ustedes!

¡Queridos hermanos, queridas hermanas, bienve-

nidos, buenos días a todos!

Me dirijo a ustedes con gusto en estos días, en los que los eventos urgen al discernimiento y la responsabilidad, y se manifiesta el papel crucial de los medios de comunicación en la formación de las conciencias y del pensamiento crítico.

Podríamos definir una paradoja que en la era de la comunicación las agencias de información y de comunicación atraviesan un período de crisis. Y que también los usuarios de la información están en crisis, intercambiando a menudo lo falso por lo verdadero, lo que es auténtico con lo que es artificioso.

Y, sin embargo, nadie hoy debería poder decir "no sabía". Por esto los animo en su servicio, tan importante; y animo a los momentos de encuentro asociativo, que les permiten reflexionar juntos.

La información es un bien público que todos debemos proteger. Por lo tanto, lo que es realmente constructivo es la alianza entre los ciudadanos y los periodistas bajo el signo del compromiso con la responsabilidad ética y civil. Una forma de ciudadanía activa es estimar y sostener a los operadores y las agencias que demuestran seriedad y verdadera libertad en su trabajo. Entonces se verifica un círculo virtuoso que beneficia al cuerpo social.

Cada día hay reporteros que arriesgan sus vidas para que la gente pueda saber cómo están las cosas. Y en un tiempo como el nuestro, de conflictos violentos y difusos, muchos pierden la vida al cubrir noticias desde el terreno: víctimas de la guerra y de la ideología de la guerra, que quiere impedir a los periodistas estar allí. ¡No debemos olvidarlos! Si hoy sabemos qué ha sucedido en Gaza, en Ucrania y en cualquier otra tierra ensangrentada por las bombas, se lo debemos en buena parte a ellos. Pero estos testimonios extremos son la cima del tributo de fatiga diaria de muchísimos que trabajan para que la información no esté contaminada por otros fines, contrarios a la verdad y a la dignidad de la persona.

Como saben, en mi primer encuentro con los periodistas de todo el mundo, justo después del Cónclave, quise lanzar mi llamamiento para la li-

beración de sus colegas injustamente perseguidos y encarcelados por haber tratado de contar. Reitero hoy esta solicitud. Hacer periodismo no puede nunca ser considerado un delito, sino un derecho que proteger.

La información libre es un pilar que sostiene la construcción de nuestras sociedades y, por lo tanto, estamos llamados a defenderla y garantizarla. Como ha subrayado el Papa Francisco, "necesitamos empresarios valientes, ingenieros informáticos valientes, para que no se corrompa la belleza de la comunicación" (Discurso a los participantes en el Jubileo de la comunicación, 25 de enero de 2025). Es necesario liberar la comunicación de la contaminación cognitiva que la corrompe, de la competencia desleal, de la degradación del llamado clickbait. Las agencias de prensa están en primera línea, y deben actuar en el contexto comunicativo actual según principios -desafortunadamente no siempre compartidos- que conjugan la sostenibilidad económica de la empresa con la protección del derecho a una información correcta y plural.

Los periodistas de las agencias de prensa, por su parte, están llamados a ser los primeros en llegar y, a ser los primeros en dar la noticia. Y esto vale aún más en la era de la comunicación permanentemente en vivo, de la digitalización cada vez más invasiva de los medios de comunicación. Quien trabaja para una agencia, lo saben bien, está llamado a escribir con rapidez, bajo presión, también en situaciones muy complejas y dramáticas. A mayor razón, su servicio es precioso y debe ser un antídoto al proliferar de la información "basura"; por lo tanto, requiere competencia, coraje y sentido ético.

No estamos destinados a vivir en un mundo donde la verdad ya no sea distinguible de la ficción. Al respecto, debemos plantearnos algunos importantes interrogantes.

Los algoritmos generan contenidos y datos en una dimensión y con una velocidad que no se había visto antes. Pero ¿quién los gobierna? La inteligencia artificial está cambiando la forma en que nos informamos y comunicamos, pero ¿quién la guía y con qué fines? Debemos vigilar para que la

tecnología no se sustituya al ser humano, y para que la información y los algoritmos que hoy la gobiernan no estén en manos de pocos.

Queridos amigos, gracias por su trabajo. Felicidades por su reflexión sobre los desafíos que tienen por delante.

El mundo necesita una información libre, rigurosa, objetiva. Vale la pena recordar, en esta circunstancia, la advertencia de Hannah Arendt, según la cual "el súbdito ideal del régimen totalitario no es el nazi convencido ni el comunista convencido, sino la persona para la que ya no hay diferencia entre realidad y ficción, entre lo verdadero y lo falso" (Los orígenes del totalitarismo).

Con su trabajo, paciente y riguroso, ustedes pueden ser una barrera contra aquellos que, a través del arte antigua de la mentira, apuntan a crear confrontaciones para mandar dividiendo; un baluarte de civilidad frente a las arenas movedizas de la aproximación y de la posverdad.

La economía de la comunicación no puede ni debe separar su destino del compartir la verdad. Transparencia de las fuentes y de la propiedad, rendición de cuentas, calidad, objetividad son las claves para devolver a los ciudadanos su papel de protagonistas del sistema, convenciéndolos a exigir una información digna de este nombre. Les recomiendo: ¡no vendan nunca su autoridad!

El Espíritu de Dios, que es verdad y fuerza y, infunde mansedumbre y coraje, los sostenga. Y los acompañe mi bendición. Gracias.

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LA
DELEGACIÓN DE LA FUNDACIÓN AYUDA A LA
IGLESIA NECESITADA

Sala de los Papas. Viernes, 10 de octubre de 2025

La libertad religiosa no es un privilegio

En el nombre del Padre,
del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Queridos hermanos y hermanas:

Me complace saludarlos, queridos miembros de

«Ayuda a la Iglesia Necesitada Internacional», mientras se reúnen en Roma durante este Jubileo de la Esperanza. Su visita es oportuna, ya que nuestro mundo sigue siendo testigo de una creciente hostilidad y violencia hacia quienes tienen creencias diferentes, entre ellos muchos cristianos. Por el contrario, su misión proclama que, como única familia en Cristo, no abandonamos a nuestros hermanos y hermanas perseguidos. Más bien, los recordamos, estamos a su lado y nos esforzamos por garantizar sus libertades donadas por Dios. Las palabras de San Pablo nos recuerdan: «Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él» (1 Cor 12, 26). Estas palabras resuenan hoy en nuestros corazones, porque el sufrimiento de cualquier miembro del Cuerpo de Cristo es compartido por toda la Iglesia. Teniendo presente esta verdad, me dirijo a ustedes esta mañana.

Todo ser humano lleva en su corazón un profundo deseo de verdad, de significado y de comunión con los demás y con Dios. Este anhelo nace de lo más profundo de nuestro ser. Por esta razón, el derecho a la libertad religiosa no es opcional, sino esencial. Arraigada en la dignidad de la persona humana, creada a imagen de Dios y dotada de razón y libre albedrío, la libertad religiosa permite a los individuos y a las comunidades buscar la verdad, vivirla libremente y dar testimonio de ella abiertamente. Es, por lo tanto, una piedra angular de cualquier sociedad justa, ya que protege el espacio moral en el que se puede formar y ejercer la conciencia.

La libertad religiosa, por tanto, no es meramente un derecho jurídico o un privilegio que nos conceden los gobiernos; es una condición fundacional que hace posible la auténtica reconciliación. Cuando se niega esta libertad, se priva al ser humano de la capacidad de responder libremente a la llamada de la verdad. Lo que sigue es una lenta desintegración de los lazos éticos y espirituales que sostienen a las comunidades; la confianza da paso al miedo, la sospecha sustituye al diálogo y la opresión genera violencia. De hecho, como observó mi venerable predecesor, «no es posible la paz donde no hay libertad religiosa, donde no

hay libertad de pensamiento y de expresión, y respeto a las opiniones ajenas» (Francisco, Mensaje «Urbi et Orbi», 20 de abril de 2025).

Por esta razón, la Iglesia católica siempre ha defendido la libertad religiosa para todos. El Concilio Vaticano II, en *Dignitatis humanae*, afirmó que este derecho debe ser reconocido en la vida jurídica e institucional de cada nación (cf. *Dignitatis humanae*, 7 de diciembre de 1965, n. 4). La defensa de la libertad religiosa, por lo tanto, no puede permanecer en lo abstracto; debe vivirse, protegerse y promoverse en la vida cotidiana de las personas y las comunidades.

De esta convicción nació su organización. Fundada en 1947 en respuesta al inmenso sufrimiento que dejó la guerra, desde el principio su misión ha sido promover el perdón y la reconciliación, y acompañar y dar voz a la Iglesia dondequiera que se encontrara en necesidad, dondequiera que se viera amenazada, dondequiera que sufriera.

Durante más de veinticinco años, su Informe sobre la libertad religiosa en el mundo ha sido un poderoso instrumento de sensibilización. Este informe hace más que proporcionar información; da testimonio, da voz a los que no la tienen y revela el sufrimiento oculto de muchos.

Su compromiso también se extiende al apoyo a la misión de la Iglesia en el mundo, llegando a comunidades que con demasiada frecuencia están aisladas, marginadas o bajo presión. Dondequiera que «Ayuda a la Iglesia Necesitada» reconstruye una capilla, apoya a una religiosa o proporciona una estación de radio o un vehículo, fortalece la vida de la Iglesia, así como el tejido espiritual y moral de la sociedad. Y como seguramente saben, su organización ha ayudado a muchas de las misiones en Perú, incluida la diócesis de Chiclayo, donde tuve el privilegio de servir.

Su apoyo también ayuda a los cristianos, incluso a las minorías pequeñas y vulnerables, a ser «trabajadores de la paz» (Mt 5, 9) en sus tierras natales. En países como la República Centroafricana, Burkina Faso y Mozambique, la Iglesia local —a menudo sostenida por su ayuda— se convierte en un signo vivo de armonía social y fraternidad, mostrando a sus vecinos que un mundo diferente

es posible (cf. *Ángelus*, 3 de agosto de 2025). Queridos amigos, les agradezco a cada uno de ustedes por esta obra de solidaridad. No se cansen de hacer el bien (cf. Gal 6, 9), porque su servicio da fruto en muchas vidas y glorifica a nuestro Padre que está en los cielos. Para terminar, invoco sobre ustedes y sobre todos aquellos a quienes sirven el consuelo del Espíritu Santo. Que la Bienaventurada Virgen María, Madre de la Esperanza, siga estando cerca de ustedes y de todos los que sufren. Con profundo afecto, les imparto mi Bendición Apostólica como prenda de gracia y paz en Jesucristo, nuestro Señor.

MENSAJE DEL SANTO PADRE CON OCASIÓN DEL
CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA
11 de octubre de 2025

El pensamiento filosófico espacio de encuentro privilegiado entre creyentes y quienes no tienen fe

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero dirigir mi saludo en primer lugar a Su Excelencia Reverendísima Mons. Francisco Javier Pistilli Scorzara, P. Sch., Gran Canciller de la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción, y a todos los organizadores y participantes en ese congreso internacional que trata de analizar el papel y significado del pensamiento filosófico cristiano en la configuración cultural del continente, en vistas a iluminar desde la fe los desafíos contemporáneos.

Con el congreso buscan ser un espacio de «encuentro, diagnóstico, diálogo y proyección». Buscar el encuentro es un propósito loable, que se opone a la tentación de quienes han visto en la reflexión racional –dado que surgió en ámbito pagano– una amenaza que podría “contaminar” la pureza de la fe cristiana. Pío XII, en la encíclica *Humani generis*, advertía contra la actitud de aquellos que, pretendiendo exaltar la Palabra de Dios, terminaban rebajando el valor de la razón humana (n. 4). Esta desconfianza hacia la filoso-

fía se percibe también en algunos autores modernos, como el teólogo reformado Karl Barth. Frente a ello, san Agustín recordaba: «quien reprueba indistintamente toda filosofía, condena el mismo amor a la sabiduría» (*De ordine*, I, 11, 32). Por eso, el creyente no debería mantenerse distante de lo que proponen las diversas escuelas filosóficas, sino entrar en diálogo con ellas desde la Sagrada Escritura.

De este modo, el pensamiento filosófico es un espacio de encuentro privilegiado con quienes no comparten el don de la fe. Sé por experiencia que la incredulidad suele ir unida a un número de prejuicios históricos, filosóficos y de otros órdenes. Sin reducir la filosofía a una mera herramienta apologética, es inmenso el bien que un filósofo creyente puede conseguir con su testimonio de vida y con aquello a lo que nos alienta el apóstol Pedro: «glorifiquen en sus corazones a Cristo, el Señor. Estén siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen» (1 P 3,15).

El segundo propósito, el diagnóstico, nos permite desenmascarar la pretensión de alcanzar el conocimiento trascendente por mero análisis racional, hasta el punto de confundir los bienes propios de una vida “según razón” con aquellos que sólo pueden llegar a nosotros por la gracia divina. En la Antigüedad, el monje Pelagio sostenía que la voluntad humana bastaba para cumplir los mandamientos sin el auxilio indispensable de la gracia, tesis a la que san Agustín respondió de un modo tan completo como profundo. En la Modernidad, G. W. F. Hegel, con su especulación sobre el “espíritu absoluto”, acabó subordinando la fe al despliegue racional del espíritu. En diversos pensadores se descubre la misma ilusión, o sea, el pensar que la razón y la voluntad bastan por sí mismas para alcanzar la verdad.

No debemos olvidar que la filosofía, siendo una ardua tarea de la inteligencia humana, puede escalar cumbres que iluminan y ennoblecen, pero también descender a oscuros abismos de pesimismo, misantropía y relativismo, allí donde la razón, cerrada a la luz de la fe, se convierte en sombra de sí misma. No todo lo que se reviste del

nombre de “racional” o “filosófico” posee, en sí mismo, idéntico valor: su fecundidad se mide por su conformidad con la verdad del ser y por su apertura a la gracia que ilumina toda inteligencia. Con genuina empatía hacia todos, hemos de ofrecer nuestro aporte para que la noble tarea del filosofar revele más y mejor la dignidad del hombre creado a imagen de Dios, la clara distinción entre el bien y el mal, y la fascinante estructura de lo real que conduce al Creador y Redentor.

El paso sucesivo es esencial: el diálogo. Este ha resultado extraordinariamente fecundo para los grandes pensadores, teólogos y filósofos cristianos. Ellos han demostrado cómo la racionalidad humana es un don expresamente querido por el Creador y cómo la búsqueda más profunda de nuestra inteligencia tiende hacia la sabiduría, que se manifiesta en la creación y alcanza su culmen en el encuentro con nuestro Señor Jesucristo, que nos revela al Padre. Desde este enfoque, ya reconocible en el siglo II en san Justino, filósofo y mártir, y prolongado luego en figuras tan eminentes como san Buenaventura o santo Tomás de Aquino, se muestra que la fe y la razón no sólo no se oponen, sino que se apoyan y complementan de modo admirable. Como decía mi Predecesor, san Juan Pablo II: «La relación íntima entre la sabiduría teológica y el saber filosófico es una de las riquezas más originales de la tradición cristiana en la profundización de la verdad revelada» (*Fides et Ratio*, 105).

El pensador cristiano está llamado a ser un recordatorio vivo de la auténtica vocación filosófica como búsqueda honesta y perseverante de la Sabiduría. En tiempos en que tantas cosas, y aun las personas mismas, se ven como descartables, y en que la multiplicación de avances tecnológicos parece dejar en penumbra a los problemas más trascendentes, la filosofía tiene mucho que cuestionar y mucho que ofrecer, en el diálogo entre fe y razón e Iglesia y mundo.

Finalmente, la proyección se nos propone como tarea en el campo de intersección entre filosofía y fe. Sin duda, la filosofía, más incluso por sus preguntas que por sus respuestas, nos permite indagar el núcleo de los valores y defectos presentes

en cada pueblo. En esta línea, el quehacer de los filósofos creyentes no puede limitarse a proclamar, así sea en un lenguaje elaborado, lo exclusivo de la propia cultura. La cultura en este sentido no puede ser el fin. San Agustín afirma que no se debe amar la verdad porque se conoció por tal o cual sabio o filósofo, «sino porque es la verdad, aunque ninguno de aquellos filósofos la haya conocido» (Carta a Dióscoro, n. 118, IV, 26). Por el contrario, es necesario que, sin perder de vista las riquezas culturales, estos pensadores nos ayuden a situarlas dentro del conjunto de las grandes tradiciones de pensamiento; de este modo, su aporte será magnífico y si además con este conocimiento se instruyen los obispos, sacerdotes y misioneros que están llamados a llevar la Buena Noticia, el Mensaje salvífico se transmitirá con un lenguaje más comprensible y pertinente para todos.

Al encomendar al Señor el fruto de sus trabajos, invoco sobre todos ustedes la protección de la Bienaventurada Virgen María, Trono de la Sabiduría, y les imparto la Bendición Apostólica como prenda de copiosos bienes celestes.

Vaticano, 3 de octubre de 2025

LEÓN PP. XIV

DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS EMPLEADOS
DEL DICASTERIO PARA LA COMUNICACIÓN CON
LOS FAMILIARES

"Palazzina" León XIII. Sábado, 11 de octubre de 2025

Un trabajo hecho con pasión para difundir las palabras y los gestos

Gracias. Buenas tardes. Queridos hermanos y hermanas,

Me alegra estar un rato con ustedes, que forman la gran comunidad de trabajo del Dicasterio para la Comunicación. Hoy los veo, digamos, en «formato familiar», y me alegro con ustedes porque la Iglesia es familia, familia de familias. También me complace encontrarnos en este lugar, que nos recuerda la memoria del Papa León XIII, especialmente su atención a los medios de comunicación social.

Ustedes son originarios de muchos países. Las lenguas que aprendieron desde niños son diferentes y también desempeñan actividades diferentes. Pero toda esta variedad se pone al servicio de un único fin: ayudar al Papa y a la Santa Sede a comunicar la Buena Nueva en todo el mundo. Como escribe San Pablo en la Primera Carta a los Corintios, hay diferentes carismas, pero solo un Espíritu; hay diferentes ministerios, pero solo un Señor; hay diferentes actividades, pero solo un Dios que realiza todo en todos (cf. 12, 4-6).

Me felicito por la red que están construyendo en estos años dentro del Dicasterio; y también porque lo hacen, como diría el Papa Francisco, «en salida», es decir, para lanzar esta red entre la Santa Sede y el mundo, «al alto mar», hasta los confines de la tierra. Es ante todo una red de personas, cada una con sus competencias, puestas al servicio de la Iglesia.

Es una red que se ofrece al mundo para compartir la verdad, para ayudar a ver y a comprender, siempre con amor. Es una red en la que los roles son diferentes, pero ninguno es más importante que otro. Poco a poco los estoy conociendo. Sé que trabajan con pasión para difundir por todas partes las palabras y los gestos del Papa. Lo hacen cotidianamente, de manera discreta y silenciosa.

Pero hoy estoy contento porque tengo la oportunidad de verlos, de encontrarlos, y más aún de esta manera familiar, todos juntos.

Me han dicho que se reúnen cada año con sencillez para hacer un picnic. Esto es muy bueno: que además del trabajo puedan compartir momentos de diversión y de oración. Y esta vez han querido hacerlo hoy, para que después puedan venir a la Plaza de San Pedro a rezar juntos por la paz. Sí, ¡qué importante es que nuestra comunicación vaya acompañada de la oración! Yo diría que eso marca la diferencia. Quizás el mundo no lo sabe, no lo comprende, pero nosotros sí, lo sabemos y debemos intentar hacerlo siempre: acompañar con la oración nuestro trabajo diario de comunicación.

Queridos, ¡gracias por este hermoso momento! Los bendigo a todos con cariño, especialmente a los niños y a sus seres queridos que están enfer-

mos. Que la Virgen María los asista y proteja a sus familias. ¡Gracias a todos!

Entonces, con los más pequeños, con los más grandes, todos sabemos que Dios es Padre y entonces oremos juntos como Jesús nos enseñó.

[Rezo del Padre Nuestro y bendición]

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. Domingo, 12 de octubre de 2025

Una chispa de esperanza en Tierra Santa

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de concluir la celebración, deseo dirigirles un caluroso saludo a todos ustedes, que se han reunido para rezar en este gran “cenáculo” junto con María, la Madre de Jesús. Ustedes representan la multiforme realidad de las asociaciones, movimientos y comunidades que están animadas por la devoción mariana, que es propia de todo cristiano. Les agradezco y los exhorto a cimentar siempre su espiritualidad en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia.

Saludo a todos los grupos de peregrinos, en particular a los laicos agustinos de Italia y a la Orden Seglar de los Carmelitas descalzos.

En estos últimos días, el acuerdo sobre el inicio del proceso de paz ha encendido una chispa de esperanza en Tierra Santa. Animo a las partes implicadas a proseguir con valentía el itinerario marcado hacia una paz justa, duradera y respetuosa de las legítimas aspiraciones del pueblo israelí y del pueblo palestino. Dos años de conflicto han dejado muerte y ruinas por todas partes, sobre todo en el corazón de quien ha perdido brutalmente hijos, padres, amigos y todo lo que tenía. Me uno junto con toda la Iglesia a su inmenso dolor. Hoy está dirigida sobre todo a ustedes la caricia del Señor, la certeza de que, incluso en la oscuridad más profunda, Él permanece con nosotros: «Dilexi te – Te he amado». A Dios, única Paz de la humanidad, le suplicamos que cure todas las heridas y ayude con su gracia a realizar lo que humanamente ahora parece imposible: re-

descubrir que el otro no es un enemigo, sino un hermano a quien mirar, perdonar y ofrecer la esperanza de la reconciliación.

Con dolor, sigo las noticias de los nuevos y violentos ataques que están golpeando varias ciudades e infraestructuras civiles en Ucrania, provocando la muerte de personas inocentes, entre ellas niños, y dejando a muchas familias sin electricidad ni calefacción. Mi corazón se une al sufrimiento de la población, que desde hace años vive en la angustia y entre privaciones. Renuevo el llamamiento a poner fin a la violencia, a parar la destrucción, a abrirse al diálogo y a la paz.

Acompaño de cerca al querido pueblo peruano en este momento de transición política. Rezo para que el Perú pueda continuar por el camino de la reconciliación, del diálogo y de la unidad nacional.

Hoy en Italia se recuerdan las víctimas de los accidentes laborales. Recemos por ellos y por la seguridad de todos los trabajadores.

Y ahora dirijámonos a María con confianza filial.

VIDEOMENSAJE DEL PONTÍFICE PARA LA 99ª
JORNADA MISIONERA MUNDIAL
13 de octubre de 2025

Responder a las necesidades sanitarias y educativas en los territorios de misión

Queridos hermanos y hermanas,
Cada año, en la Jornada Mundial de las Misiones, toda la Iglesia se une en oración, especialmente por los misioneros y por la fecundidad de su labor apostólica.

Cuando fui sacerdote, luego obispo misionero en Perú, vi con de primera mano cómo la fe, la oración y la generosidad manifestadas en esta Jornada pueden transformar comunidades enteras.

Invito a cada parroquia católica del mundo a participar en la Jornada Mundial de las Misiones. Sus oraciones y su apoyo ayudan a anunciar el

Evangelio, a sostener programas pastorales y catequéticos, a construir nuevas iglesias y a atender las necesidades de salud y de educación de nuestros hermanos y hermanas en tierras de misión.

Este 19 de octubre, al reflexionar juntos sobre nuestra llamada bautismal a ser "misioneros de esperanza entre los pueblos", renovemos nuestro compromiso con la dulce y alegre tarea de llevar a Jesucristo, nuestra Esperanza, hasta los últimos rincones del mundo.

¡Gracias! Gracias por todo lo que harán para ayudarme a apoyar a los misioneros en todas partes. Dios les bendiga.

DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO DE ESTUDIOS SOBRE EL CARDENAL RAFAEL MERRY DEL VAL
Sala Clementina. Lunes, 13 de octubre de 2025

La verdadera autoridad se apoya en la libertad de servir incluso lejos de los reflectores

Muy buenos días.

Queridos hermanos y hermanas:

Al conmemorar el 160º aniversario de su nacimiento, damos gracias al Señor por la figura del siervo de Dios Rafael Merry del Val, quien nació en Londres en 1865, en un ambiente en que la apertura al mundo era cotidiana: hijo de padre diplomático español y de madre inglesa, tuvo una infancia cosmopolita que lo habituó desde temprano a diversas lenguas y culturas. Creció respirando la universalidad, que después sabría reconocer como vocación de la Iglesia, y esa formación lo preparó como instrumento dócil al servicio diplomático de la Santa Sede en un tiempo marcado por grandes desafíos.

Muy joven fue llamado al servicio de León XIII para tratar cuestiones delicadas. Poco después, fue enviado como Delegado apostólico a Canadá, donde trabajó por la unidad de la Iglesia y por la educación católica. Fue alumno de la actual Pontificia Academia Eclesiástica, institución que más

tarde llegaría a presidir y que hoy, al cumplir 325 años de historia, recuerda su larga tradición de formar corazones al servicio fiel y generoso de la Sede Apostólica. Allí fue comprendiendo —y transmitiendo con su ejemplo— que la diplomacia de la Iglesia florece cuando se vive dentro de la fidelidad sacerdotal, la de un corazón que ofrece sus talentos a Cristo y a la misión confiada al Sucesor de Pedro (cf. 1 Co 4,1-2).

Tenía apenas 35 años cuando fue nombrado arzobispo titular de Nicea, y pocos años después, en 1903, con sólo 38, san Pío X lo creó cardenal y lo eligió como su Secretario de Estado. Su juventud, sin embargo, no fue obstáculo, porque la historia de la Iglesia enseña que la verdadera madurez no depende de los años, sino de la identificación con la medida de la plenitud de Cristo (cf. Ef 4,13). Lo que siguió fue un camino de fidelidad, discreción y entrega que lo convirtió en una de las figuras más significativas de la diplomacia pontificia del siglo XX.

Pero no fue sólo un diplomático de despacho: en Roma estuvo muy presente entre los niños y jóvenes de Trastevere, a quienes catequizaba, confesaba y acompañaba con cariño. Allí lo reconocían como un sacerdote cercano, padre y amigo. Esa doble dimensión —la del diplomático de gobierno y la del pastor cercano— es la que da a su figura una riqueza particular, pues supo unir el servicio a la Iglesia universal con la atención concreta a los más pequeños (cf. 1 P 5,2-3).

Su nombre ha quedado asociado a una oración que muchos conocemos, las Letanías de la Humildad. Allí se transparenta el espíritu con que realizó su servicio. Permítanme detenerme en algunas de ellas, porque en ellas se dibuja un modelo válido para todos los que ejercen responsabilidades en la Iglesia y en el mundo, y de modo especial para los diplomáticos de la Santa Sede.

«Del deseo de ser alabado... ¡líbrame, Jesús!»: El deseo de reconocimiento es una tentación constante para quien ocupa responsabilidades. El cardenal Merry del Val lo conoció de cerca, pues sus nombramientos lo colocaron en el centro de la atención mundial. Y, sin embargo, en lo profundo de su oración pedía ser liberado del aplauso. Sa-

bía que el único triunfo verdadero es poder decir cada día: “Señor, estoy donde Tú quieres, haciendo lo que Tú me confías, hoy”. Esa fidelidad silenciosa, invisible a los ojos del mundo, es la que permanece y da fruto (cf. Mt 6,4).

«Del deseo de ser consultado... ¡líbrame, Jesús!»: Fue cercano a Benedicto XV y León XIII, así como colaborador directo de san Pío X. Pudo creerse indispensable, pero nos indicó cuál es el lugar del diplomático, buscar que la voluntad de Dios se cumpla a través del ministerio de Pedro, más allá de intereses personales (cf. Flp 2,4). Quien sirve en la Iglesia no busca que su voz prevalezca, sino que la verdad de Cristo sea la que hable. Y en esa renuncia descubrió la libertad del auténtico servidor (cf. Mt 20,26-27).

«Del miedo a ser humillado... ¡líbrame, Jesús!»: Tras la muerte de san Pío X recibió otros encargos, pero se esforzó por continuar sirviendo con la misma fidelidad, con la serenidad de quien sabe que todo servicio en la Iglesia es valioso cuando se vive por Cristo. De este modo mostró que su tarea no era un pedestal, sino un camino de entrega. La verdadera autoridad no se apoya en cargos ni en títulos, sino en la libertad de servir incluso lejos de los reflectores (cf. Mt 23,11). Y quien no teme perder visibilidad, gana disponibilidad para Dios.

«Del deseo de ser aceptado... ¡líbrame, Jesús!»: Intentó vivir su misión con fidelidad al Evangelio y libertad de espíritu, sin dejarse guiar por el deseo de agradar, sino por la verdad sostenida siempre por la caridad. Y comprendió que la fecundidad de la vida cristiana no depende de la aprobación humana, sino de la perseverancia de quien, unido a Cristo como el sarmiento a la vid, da fruto a su tiempo (cf. Jn 15,5).

Bastan dos frases para condensar su existencia. Su lema episcopal, que la Escritura pone en labios de Abraham (cf. Gn 14,21), fue «Da mihi animas, cetera tolle» o sea «Dame almas, quítame lo demás». Pidió en su testamento que fuese la única inscripción en su tumba, que hoy se encuentra en las criptas de San Pedro. Bajo la cúpula que guarda la memoria del apóstol, quiso reducir su nombre a esa súplica desnuda. Ni honores, ni tí-

tulos, ni biografía; sólo el grito de un corazón de pastor.

La segunda frase es la súplica conclusiva en las Letanías: «Que los demás sean más santos que yo, con tal que yo sea todo lo santo que pueda». Aquí se resalta un tesoro de la vida cristiana: la santidad no se mide por comparación, sino por comunión. El Cardenal comprendió que hemos de trabajar por la santidad propia mientras impulsamos la de los demás, caminando juntos hacia Cristo (cf. 1 Ts 3,12-13). Esa es la lógica del Evangelio y debe ser la de la diplomacia pontificia: la unidad y la comunión, sabiendo que cada uno está llamado a ser todo lo santo que pueda. Queridos hijos de la familia Merry del Val, que el recuerdo de este miembro de su familia, verdadero diplomático del encuentro, sea motivo de gratitud profunda, y para todos nosotros una inspiración, especialmente para quienes colaboran con el Sucesor de Pedro en la diplomacia. Que la Virgen María, a quien Rafael Merry del Val amó con ternura filial, enseñe a nuestras familias, a los diplomáticos de la Santa Sede, y a todos los que ejercen un servicio en la Iglesia, a unir verdad y caridad, prudencia y audacia, servicio y humildad, de modo que en todo resplandezca sólo Cristo. Muchas gracias.

Oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:
Padre Nuestro...

(Bendición)

¡Felicidades y gracias de nuevo!

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro. Miércoles, 15 de octubre de 2025

Los roles y el poder no dan la felicidad

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! En las catequesis del Año jubilar, hasta este momento, hemos recorrido la vida de Jesús siguiendo los Evangelios, desde el nacimiento a la muerte y resurrección. De este modo, nuestra peregrinación en la esperanza ha encontrado su fundamento firme, su camino seguro. Ahora, en la últi-

ma parte del camino, dejaremos que el misterio de Cristo, que culmina en la Resurrección, libere su luz de salvación en contacto con la realidad humana e histórica actual, con sus preguntas y sus desafíos.

Nuestra vida está marcada por innumerables acontecimientos, llenos de matices y de vivencias diferentes. A veces nos sentimos alegres, otras veces tristes, otras incluso satisfechos, o estresados, gratificados o desmotivados. Vivimos muy ocupados, nos centramos en alcanzar resultados, llegamos a alcanzar metas también altas, prestigiosas. Y viceversa, permanecemos suspendidos, precarios, esperando éxitos y reconocimientos que tardan en llegar o nunca llegan. En resumen, nos encontramos experimentando una situación paradójica: quisiéramos ser felices, pero es muy difícil conseguirlo de forma continuada y sin sombras. Aceptamos nuestras limitaciones y, al mismo tiempo, tenemos el impulso irreprimible de intentar superarlas. En el fondo, sentimos que siempre nos falta algo.

En verdad, no hemos sido creados para la falta, sino para la plenitud, para disfrutar de la vida y de la vida en abundancia, según la expresión de Jesús en el Evangelio de Juan (cfr 10,10).

Este deseo grande de nuestro corazón puede encontrar su última respuesta no en los roles, no en el poder, no en el tener, sino en la certeza de que alguien se hace garante de este impulso constitutivo de nuestra humanidad; en la conciencia de que esta espera no será decepcionada o frustrada. Tal certeza coincide con la esperanza. Esto no quiere decir pensar de forma optimista: a menudo el optimismo nos decepciona, al ver cómo nuestras expectativas implosionan, mientras la esperanza promete y cumple.

Hermanas y hermanos, ¡Jesús Resucitado es la garantía de esta llegada! Él es la fuente que sacia nuestra sed ardiente, la sed infinita de plenitud que el Espíritu Santo infunde en nuestro corazón. La Resurrección de Cristo, de hecho, no es un simple acontecimiento de la historia humana, sino el evento que la transformó desde dentro.

Pensemos en una fuente de agua. ¿Cuáles son sus características? Sacia y refresca a las criaturas, rie-

ga la tierra, las plantas, hace fértil y vivo lo que de otra forma sería árido. Alivia al caminante cansado ofreciéndole la alegría de un oasis de frescura. Una fuente aparece como un don gratuito para la naturaleza, para sus criaturas, para los seres humanos. Sin agua no se puede vivir.

El Resucitado es la fuente viva que no se seca y no sufre alteraciones. Permanece siempre pura y preparada para todo el que tenga sed. Y cuanto más saboreamos el misterio de Dios, más nos atrae, sin quedar nunca completamente saciados. San Agustín, en el décimo libro de las Confesiones, capta este anhelo inagotable de nuestro corazón y lo expresa en el famoso Himno a la Belleza: «Exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz» (X, 27, 38).

Jesús, con su Resurrección, nos ha asegurado una permanente fuente de vida: Él es el Viviente (cfr Hch 1,18), el amante de la vida, el victorioso sobre toda muerte. Por eso es capaz de ofrecernos alivio en el camino terreno y asegurarnos la quietud perfecta en la eternidad. Solo Jesús muerto y resucitado responde a las preguntas más profundas de nuestro corazón: ¿hay realmente un punto de llegada para nosotros? ¿Tiene sentido nuestra existencia? ¿Y el sufrimiento de tantos inocentes, cómo podrá ser redimido?

Jesús Resucitado no deja caer una respuesta “desde arriba”, sino que se hace nuestro compañero en este viaje a menudo cansado, doloroso, misterioso. Solo Él puede llenar nuestra jarra vacía, cuando la sed se hace insoportable.

Y Él es también el punto de llegada de nuestro caminar. Sin su amor, el viaje de la vida se convertiría en un vagar sin meta, un trágico error con un destino perdido. Somos criaturas frágiles. El error forma parte de nuestra humanidad, es la herida del pecado que nos hace caer, renunciar, desesperar. Resurgir significa sin embargo volver a levantarse y ponerse de pie. El Resucitado garantiza la llegada, nos conduce a casa, donde somos esperados, amados, salvados. Hacer el viaje con Él al lado significa experimentar ser sostenidos a pesar de todo, saciados y fortalecidos en las pruebas y en las fatigas que, como piedras pesadas, amena-

zan con bloquear o desviar nuestra historia.

Queridos, de la Resurrección de Cristo brota la esperanza que nos hace gustar anticipadamente, no obstante las fatigas de la vida, una quietud profunda y gozosa: aquella paz que Él solo nos podrá dar al final, sin fin.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Roguemos al Señor para que quienes se sienten desanimados o cansados de la vida, descubran en el Resucitado la paz profunda y llena de gozo que solamente él nos puede dar. Que Dios los bendiga.

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV A LAS HERMANAS AGUSTINAS RECOLETAS DE LA FEDERACIÓN DE MÉXICO

Salita del Aula Pablo VI. Miércoles, 15 de octubre 2025

Misericordia y verdad caminos para encontrar al Señor

Ave María Purísima:

¡Buenos días a todas! Han venido a Roma en este Año Santo para vivir un momento de encuentro con el Señor, que veo que las ha llenado de júbilo. Santo Tomás de Villanueva, comentando los soliloquios de san Agustín, ilustra el origen de esta dicha: «No sois tú [Señor] una cosa y otra cosa tu recompensa, sino que tú mismo eres la recompensa inconmensurable» (Obras Completas, II, 89).

Para encontrar al Señor en la vida que tan gustosamente hemos abrazado, debemos, como peregrinos, recorrer un camino. Es cierto que hay muchos, pero todos se reducen a dos: «Misericordia y verdad» (Sal 24,10). Por estas dos vías, caminemos hacia el Señor, sirviendo como Marta en las obras de misericordia o descansando como María a los pies de Jesús para contemplar la verdad (Lc 10,38-41) (cf. *íbid.*, VIII/2-3, 77).

El santo obispo de Valencia nos dice que este es el camino que nos muestran el Evangelio y el apóstol Pablo, el camino del amor: «¡Oh deliciosa vía del amor! –dice el santo– ¿Hay algo más

fácil, más grato que amar? [...] Es facilísimo, pues, el camino del amor, ya sea a Dios, ya al prójimo. Así pues, ¡qué fácil es esta ruta! ¡Qué hermoso y agradable el camino!», por eso, todos los que han alcanzado la meta, «lo han hecho por este camino» (íbid., II, 247).

Este amor no es algo que se consigue con esfuerzo, sino que se recibe como don. Santo Tomás nos dice: «Por muchas cosas que te dé Dios, si no te da su amor, se te ha negado a sí mismo» (íbid., VIII/2-3, 107). Nuestro viaje se concreta así desde el corazón: «Dios, en efecto, no se fija en qué o cuánto haces, sino en cuánto adelantas en el deseo y en el amor de Él, porque, aunque es cierto que cada uno será juzgado por sus obras, sin embargo el peso de la obra es la caridad del corazón» (íbid., VI, 487). Es más, si falta el fuego del amor los trabajos pierden el sentido y se convierten en «una carga para el alma», pero «donde hay amor no hay penas» (íbid. II, 63).

Queridas hermanas, invoquemos la protección maternal de Nuestra Madre del Buen Consejo y la intercesión de santo Tomás de Villanueva, que tanto amó la misión en América (cf. íbid., III, 411), para recorrer este camino de perfección con paciencia y ánimo esforzado para llegar al final (cf. íbid., VII, 331).

MENSAJE A LAS REDES DE PUEBLOS

ORIGINARIOS Y A LA RED DE TEÓLOGOS DE
TEOLOGÍA INDIA CON MOTIVO DEL AÑO JUBILAR

16 de octubre de 2025

Esa voz insustituible dentro de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas:

Me es grato unirme al evento virtual que con motivo del Año Santo han tenido a bien organizar desde la Presidencia del C.E.L.A.M. Es ciertamente una grata ocasión para profundizar en el significado del don que el Señor nos regala a través de su Iglesia. El jubileo debe ser para nosotros primordialmente «un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, “puerta” de

salvación» (Francisco, Bula *Spes non confundit*, 1), siendo ocasión de reconciliación, de memoria agradecida y de esperanza compartida, más que una mera celebración externa. Al programar los momentos jubilares, el Papa Francisco ha querido poner de relieve la universalidad de la Iglesia, que se manifiesta en tantas vocaciones, edades y situaciones de vida: familias, niños, adolescentes, jóvenes, adultos mayores, ministros ordenados y laicos, servidores en la Iglesia y en la sociedad. Esa misma universalidad, que no uniforma, sino que acoge, dialoga y se enriquece con la diversidad de los pueblos, incluye de modo especial a ustedes, los Pueblos Originarios, cuya historia, espiritualidad y esperanza constituyen una voz irremplazable dentro de la comunión eclesial.

En esta línea, me parece importante entender que cuando atravesamos la Puerta Santa, más que la realización de un gesto simbólico ingresando en un hermoso templo, lo que queremos es introducirnos, por medio de la fe, en la fuente misma del amor divino, el costado abierto del Crucificado (cf. Jn 20,27-29). Es en esa fe que somos un Pueblo de hermanos, uno en el Uno (cf. S. Agustín, Comentario al Salmo 127,4). Es desde esa Verdad que debemos releer nuestra historia y nuestra realidad, para afrontar el futuro con la esperanza a la que nos convoca el Año Santo a pesar de los trabajos y la tribulación (íbid., 5.10).

Esta prospectiva puede ayudarnos en nuestra reflexión, pues siendo Pueblos Originarios, se fortalecen con la certeza de que Uno sólo es el origen y la meta del universo (cf. Rm 11,36), el Primero en todo (cf. Col 1,18); origen de toda bondad, y por ello, fuente primera de todo lo que es bueno, también en nuestros pueblos. Es desde esa certeza de fe de donde brota nuestra jubilosa acción de gracias al entrar por la Puerta Santa del Corazón de Cristo: “Bendito sea Dios, Él nos eligió en Cristo, antes de crear el mundo para ser sus hijos” (cf. Ef 1,3-5). Esta es la meta de nuestra esperanza, no es sólo de algunos sino de todos, incluso los otrora considerados enemigos: «filisteos, sirios, etíopes», «Egipto y Babilonia» (vv. 3-4), las grandes potencias ocupantes, «todos han nacido en ella» (Sal 86,5). San Agustín dirá: «de

las cuales sólo nombra algunas, para que las entendamos todas» (Comentario al Salmo 86,6).

Lamentablemente, en cuanto hombres, esta no es la única acepción de “original” con la que tenemos que confrontarnos. La larga historia de evangelización que han conocido nuestros Pueblos Originarios, como han enseñado tantas veces los obispos de América Latina y del Caribe, va cargada de “luces y sombras”. San Agustín lo aplica en el caso de los servidores del Evangelio diciendo: «Si es bueno el hombre, está unido a Dios y colabora con Dios; si es malo, Dios obra por él la forma visible del sacramento y da por sí mismo la gracia. Retengamos esto y no hay cismas entre nosotros» (Carta 105, 12). De ese modo el Jubileo, tiempo precioso para el perdón, nos invita a “perdonar de corazón a nuestros hermanos” (cf. Mt 18,35), a reconciliarnos con nuestra propia historia y a dar gracias a Dios por su misericordia para con nosotros.

De ese modo, reconociendo tanto las luces como las heridas de nuestro pasado, entendemos que sólo podremos ser Pueblo, si realmente nos abandonamos al poder de Dios, a su acción en nosotros. Él, que ha insertado en todas las culturas las “semillas del Verbo”, las hace florecer en una forma nueva y sorprendente, podándolas para que den más frutos (cf. Jn 15,2). Así lo afirmaba mi Predecesor, san Juan Pablo II: «La fuerza del Evangelio es en todas partes transformadora y regeneradora. Cuando penetra una cultura ¿quién puede sorprenderse de que cambien en ella no pocos elementos? No habría catequesis si fuese el Evangelio el que hubiera de cambiar en contacto con las culturas» (Exhort. ap. post. Catechesi tradendae, 53). Por ello, en el diálogo y el encuentro, aprendemos de los distintos modos de ver el mundo, valoramos lo que es propio y original de cada cultura, y juntos descubrimos la vida abundante que Cristo ofrece a todos los pueblos. Esa vida nueva se nos da precisamente porque compartimos la fragilidad de la condición humana marcada por el pecado original, y porque hemos sido alcanzados por la gracia de Cristo, que por todos derramó hasta la última gota de su Sangre, para que tuviéramos “Vida en abundancia” (cf. Jn

10,10), sanando y redimiendo a cuantos le abren el corazón a la gracia que nos fue donada.

Ustedes se reúnen ahora para profundizar todas estas cosas, por ello no quiero terminar sin citar aquel término que tanto amó mi Predecesor, el Papa Francisco: la parresía, esa audacia evangélica, el salir de uno mismo para anunciar el Evangelio sin miedo y con libertad de corazón, que «dice toda la verdad porque es coherente» (Meditación diaria, 18 abril 2020).

En el concierto de las naciones, los pueblos originarios han de presentar con valentía y libertad su propia riqueza humana, cultural y cristiana. La Iglesia escucha y se enriquece con sus voces singulares, que tienen un lugar insustituible en el coro magnífico donde todos proclamamos: “Señor Dios eterno, alegres te cantamos, a ti nuestra alabanza” (cf. Himno del Te Deum). Y en esta alabanza común, recordamos también la llamada del Evangelio a evitar la tentación de poner en el centro lo que no es Dios —sea el poder, la dominación, la tecnología o cualquier realidad creada—, para que nuestro corazón permanezca siempre orientado al único Señor, fuente de vida y esperanza.

Por eso, para quienes, por misericordia de Dios, nos llamamos y somos cristianos, todo nuestro discernimiento histórico, social, psicológico o metodológico encuentra su sentido último en el mandato supremo de dar a conocer a Jesucristo, que murió para el perdón de nuestros pecados y resucitó para que seamos salvos en su Nombre, ya desde esta tierra, y luego le adoremos con todo nuestro ser en la gloria del Cielo.

Al encomendar sus trabajos a la Bienaventurada Virgen María de Guadalupe, Estrella de la Evangelización, que de modo admirable nos mostró cómo Jesucristo, “hizo de dos pueblos uno sólo, derribando el muro de enemistad que los separaba” (cf. Ef 2,14), les invito a renovar el compromiso con el mandato del Señor: «Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo» (Mt 28,19-20),

difundiendo la alegría que brota de haberse encontrado con su Divino Corazón.

Vaticano, 12 de octubre de 2025, Nuestra Señora de la Concepción Aparecida.

LEÓN PP. XIV

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LA ASAMBLEA DE LA FAO CON OCASIÓN DEL DÍA MUNDIAL DE LA ALIMENTACIÓN

Sede de la FAO, Roma. Jueves, 16 de octubre de 2025

El silencio de quienes mueren de hambre grita en la conciencia de todos

Señor Director General,
distinguidas Autoridades,
Excelencias,
señoras y señores:

1. Permítanme, ante todo, expresar mi más cordial agradecimiento por la invitación a compartir esta memorable jornada con todos ustedes. Visito esta prestigiosa Sede siguiendo el ejemplo de mis Predecesores en la Cátedra de Pedro, que otorgaron a la FAO una especial estima y cercanía, conscientes del relevante mandato de esta organización internacional.

Saludo a todos los presentes con gran respeto y deferencia, y a través de ustedes, como servidor del Evangelio, expreso a todos los pueblos de la tierra mi más ferviente anhelo de que la paz reine por doquier. El corazón del Papa, que no se pertenece a sí mismo sino a la Iglesia y, en cierto modo, a toda la humanidad, mantiene viva la confianza de que, si se derrota el hambre, la paz será el terreno fértil del que nazca el bien común de todas las naciones.

A ochenta años de la institución de la FAO, nuestra conciencia debe interpelarnos una vez más frente al drama —siempre actual— del hambre y la malnutrición. Poner fin a estos males incumbe no sólo a empresarios, funcionarios o responsables políticos. Es un problema a cuya solución todos debemos concurrir: agencias internacionales, go-

biernos, instituciones públicas, oenegés, entidades académicas y sociedad civil, sin olvidar a cada persona en particular, que ha de ver en el sufrimiento ajeno algo propio. Quien padece hambre no es un extraño. Es mi hermano y he de ayudarlo sin dilación alguna.

2. El objetivo que nos ve ahora reunidos es tan noble como ineludible: movilizar toda energía disponible, en un espíritu de solidaridad, para que en el mundo no haya nadie al que le falte el alimento necesario, tanto en cantidad como en calidad. De esta manera, se acabará con una situación que niega la dignidad humana, compromete el desarrollo deseable, obliga inicualemente a muchedumbres de personas a abandonar sus hogares y obstaculiza el entendimiento entre los pueblos. Desde su fundación, la FAO ha orientado infatigablemente su servicio para que el desarrollo de la agricultura y la seguridad alimentaria sean objetivos prioritarios de la política internacional. En este sentido, a cinco años del cumplimiento de la Agenda 2030, hemos de recordar con vehemencia que alcanzar el Hambre Cero sólo será posible si existe una voluntad real para ello, y no únicamente solemnes declaraciones. Por esto mismo, con renovado apremio, hoy estamos llamados a responder a una pregunta fundamental: ¿dónde estamos en la acción contra la plaga del hambre que continúa flagelando atrozmente a una parte significativa de la humanidad?

3. Es preciso, y sumamente triste, mencionar que, a pesar de los avances tecnológicos, científicos y productivos, seiscientos setenta y tres millones de personas en el mundo se van a la cama sin comer. Y otros dos mil trescientos millones no pueden permitirse una alimentación adecuada desde el punto de vista nutricional. Son cifras que no podemos reputar como meras estadísticas: detrás de cada uno de esos números hay una vida truncada, una comunidad vulnerable; hay madres que no pueden alimentar a sus hijos. Quizá el dato más conmovedor sea el de los niños que sufren la malnutrición, con las consecuentes enfermedades y el retraso en el crecimiento motor y cognitivo. Esto no es casualidad, sino la señal evidente de una in-

sensibilidad imperante, de una economía sin alma, de un cuestionable modelo de desarrollo y de un sistema de distribución de recursos injusto e insostenible. En un tiempo en el que la ciencia ha alargado la esperanza de vida, la tecnología ha acercado continentes y el conocimiento ha abierto horizontes antes inimaginables, permitir que millones de seres humanos vivan —y mueran— golpeados por el hambre es un fracaso colectivo, un extravío ético, una culpa histórica.

4. Los escenarios de los conflictos actuales han hecho resurgir el uso de los alimentos como arma de guerra, contradiciendo todo el trabajo de sensibilización llevado adelante por la FAO durante estas ocho décadas. Cada vez parece alejarse más ese consenso expresado por los Estados que considera la inanición deliberada un crimen de guerra, como también el impedir intencionalmente el acceso a los alimentos a comunidades o pueblos enteros. El derecho internacional humanitario prohíbe sin excepción atacar a civiles y bienes esenciales para la supervivencia de las poblaciones. Hace unos años, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas condenó unánimemente esta práctica, reconociendo la conexión entre conflictos armados e inseguridad alimentaria, y estigmatizando el uso del hambre infligido a civiles como método de guerra^[1]. Esto parece olvidado, pues, con dolor, somos testigos del uso continuo de esa estrategia cruel, que condena a hombres, mujeres y niños al hambre, negándoles el derecho más elemental: el derecho a la vida. Sin embargo, el silencio de quienes mueren de hambre grita en la conciencia de todos, aunque a menudo sea ignorado, acallado o tergiversado. No podemos seguir así, ya que el hambre no es el destino del hombre sino su perdición. ¡Fortalezcamos, pues, nuestro entusiasmo para remediar este escándalo! No nos detengamos pensando que el hambre es sólo un problema que resolver. Es más. Es un clamor que sube al cielo y que requiere la veloz respuesta de cada nación, de cada organismo internacional, de cada instancia regional, local o privada. Nadie puede quedar al margen de luchar denodadamente contra el hambre. Esa batalla es de todos.

5. Excelencias, hoy en día asistimos a paradojas

ultrajantes. ¿Cómo podemos seguir tolerando que se desperdicien ingentes toneladas de alimentos mientras muchedumbres de personas se afanan por encontrar en la basura algo que llevarse a la boca? ¿Cómo explicar las desigualdades que permiten a unos pocos tenerlo todo y a muchos no tener nada? ¿Cómo no se detienen inmediatamente las guerras que destruyen los campos antes que las ciudades, llegando incluso a escenas indignas de la condición humana, en las que la vida de las personas, y en particular la de los niños, en vez de ser cuidada se desvanece mientras van en busca de comida con la piel pegada a los huesos? Contemplando el actual panorama mundial, tan penoso y desolador por los conflictos que lo afligen, da la impresión de que nos hemos convertido en testigos abúlicos de una violencia desgarradora, cuando, en realidad, las tragedias humanitarias por todos conocidas tendrían que instarnos a ser artesanos de paz unidos del bálsamo sanador que requieren las heridas abiertas en el corazón mismo de la humanidad. Una sangría que debería atraer inmediatamente nuestra atención y que habría de llevarnos a redoblar nuestra responsabilidad individual y colectiva, despertándonos del letargo aciago en el que con frecuencia estamos sumidos. El mundo no puede seguir asistiendo a espectáculos tan macabros como los que están en curso en numerosas regiones de la tierra. Hay que darlos por zanjados cuanto antes.

Ha llegado la hora, pues, de preguntarnos con lucidez y coraje: ¿se merecen las generaciones venideras un mundo que no es capaz de erradicar de una vez por todas el hambre y la miseria? ¿Es posible que no se pueda acabar con tantas y tan lacerantes arbitrariedades como signan negativamente a la familia humana? ¿Pueden los responsables políticos y sociales seguir polarizados, gastando tiempo y recursos en discusiones inútiles y virulentas, mientras aquellos a quienes deberían de servir continúan olvidados y utilizados en aras de intereses partidistas? No podemos limitarnos a proclamar valores. Debemos encarnarlos. Los eslóganes no sacan de la miseria. Urge una superación de un paradigma político tan enconado, basándonos en una visión ética que prevalezca so-

bre el pragmatismo vigente que reemplaza a la persona con el beneficio. No basta con invocar la solidaridad: debemos garantizar la seguridad alimentaria, el acceso a los recursos y el desarrollo rural sostenible.

6. En este sentido, me parece un verdadero acierto que la Jornada Mundial de la Alimentación se celebre este año bajo el lema: “Mano de la mano por unos alimentos y un futuro mejores”. En un momento histórico marcado por profundas divisiones y contradicciones, sentirse unidos por el vínculo de la colaboración no es sólo un hermoso ideal, sino un llamamiento decidido a la acción. No hemos de contentarnos con llenar paredes con grandes y llamativos carteles. Ha llegado el tiempo de asumir un renovado compromiso, que incida positivamente en la vida de aquellos que tienen el estómago vacío y esperan de nosotros gestos concretos que los arranquen de su postración. Tal objetivo sólo puede alcanzarse mediante la convergencia de políticas eficaces y una implementación coordinada y sinérgica de las intervenciones. La exhortación a caminar juntos, en concordia fraterna, debe convertirse en el principio rector que oriente las políticas y las inversiones, porque únicamente a través de una cooperación sincera y constante se podrá construir una seguridad alimentaria justa y accesible para todos. Sólo uniendo nuestras manos, podremos construir un futuro digno, en el cual la seguridad alimentaria se reafirme como un derecho y no como un privilegio. Con esta convicción, quisiera evidenciar que, en la lucha contra el hambre y en el fomento de un desarrollo integral, el papel de la mujer se configura como indispensable, aunque no siempre sea suficientemente apreciado. Las mujeres son las primeras en velar por el pan que falta, en sembrar esperanza en los surcos de la tierra, en amasar el futuro con las manos encallecidas por el esfuerzo. En cada rincón del mundo, la mujer es silenciosa arquitecta de la supervivencia, custodia metódica de la creación. Reconocer y valorar su papel no es sólo cuestión de justicia, es garantía de una alimentación más humana y más duradera.

7. Excelencias, conociendo la proyección de este

foro internacional, déjenme que subraye sin ambages la importancia del multilateralismo frente a nocivas tentaciones que tienden a erigirse como autocráticas en un mundo multipolar y cada vez más interconectado. Se hace, por tanto, más necesario, más que nunc, que nunca repensar con audacia las modalidades de la cooperación internacional. No se trata sólo de individualizar estrategias o realizar prolijos diagnósticos. Lo que los países más pobres aguardan con esperanza es que se oiga sin filtros su voz, que se conozcan realmente sus carencias y se les ofrezca una oportunidad, de modo que se cuente con ellos a la hora de solucionar sus verdaderos problemas, sin imponerles soluciones fabricadas en lejanos despachos, en reuniones dominadas por ideologías que ignoran frecuentemente culturas ancestrales, tradiciones religiosas o costumbres muy arraigadas en la sabiduría de los mayores. Es imperioso construir una visión que haga que cada actor del escenario internacional pueda responder con mayor eficacia y prontitud a las genuinas necesidades de aquellos a quienes estamos llamados a servir mediante nuestro compromiso cotidiano.

8. Today, we can no longer delude ourselves by thinking that the consequences of our failures impact only those who are hidden out of sight. The hungry faces of so many who still suffer challenge us and invite us to reexamine our lifestyles, our priorities and our overall way of living in today's world. For this very reason, I want to bring to the attention of this international forum the multitudes who lack access to drinking water, food, essential medical care, decent housing, basic education, or dignified work, so that we can share in the pain of those who are nourished by despair, tears, and misery alone. How can we fail to remember all of those who are condemned to death and hardship in Ukraine, Gaza, Haiti, Afghanistan, Mali, the Central African Republic, Yemen, and South Sudan, to name just a few places on the planet where poverty has become the daily bread of so many of our brothers and sisters? The international community cannot look the other way. We must make their suffering our own.

We cannot aspire to a more just social life if we

are not willing to rid ourselves of the apathy that justifies hunger as if it were background music we have grown accustomed to, an unsolvable problem, or simply someone else's responsibility. We cannot demand action from others if we ourselves fail to honor our own commitments. By our omission, we become complicit in the promotion of injustice. We cannot hope for a better world, a bright and peaceful future, if we are not willing to share what we ourselves have received. Only then can we affirm – with truth and courage – that no one has been left behind.

9. I invoke upon all of you gathered here today – the FAO and its officials, who strive daily to fulfill their responsibilities with virtue and to lead by example – the blessings of God, who cares for the poor, the hungry and the helpless. May God renew in each of us that hope which does not disappoint (cf. Rom 5:5). The challenges that lie before us are immense, but so is our potential and the possible courses of action! Hunger has many names, and weighs upon the entire human family. Every human person hungers not only for bread, but also for everything that allows for maturity and growth towards the happiness for which all of have been created. There is a hunger for faith, hope and love that must be channeled into the comprehensive response that we are called to carry out together. What Jesus said to his disciples when facing a hungry crowd remains a key and pressing challenge for the international community: “Give them something to eat” (Mk 6:37). With the small contribution of the disciples, Jesus performed a great miracle. Do not tire, then, of asking God today for the courage and the energy to continue to work towards a justice that will yield lasting and beneficial results. As you continue your efforts, you will always be able to count on the solidarity and engagement, the commitment of the Holy See and the institutions of the Catholic Church that stand ready to go out and serve the poorest and the most disadvantaged throughout the world.

Thank you very much.

[1] Cfr. Consejo de Seguridad, Resolución 2417, aprobada en la 8267 Sesión, celebrada el 24 de

mayo de 2018. El texto se puede consultar en: [https://docs.un.org/es/S/RES/2417\(2018\)](https://docs.un.org/es/S/RES/2417(2018))

DISCURSO DEL SANTO PADRE A LA
PEREGRINACIÓN JUBILAR DESDE RUSIA
Sala Clementina. Viernes, 17 de octubre de 2025

Sobre las ruinas del pasado la construcción de una vida renovada

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,

¡La paz esté con ustedes!

Queridos hermanos en el Episcopado,
queridos sacerdotes, religiosas y religiosos,
queridos peregrinos católicos de Rusia!

Saludo cordialmente a todos ustedes que han venido en peregrinación jubilar. En efecto, el Año Santo que la Iglesia católica está viviendo invita a realizar una peregrinación, porque «ponerse en camino es propio de quien busca el sentido de la vida» (Bula *Spes non confundit*, 5). En este tiempo vemos a miles de personas caminando por las calles de la Ciudad Eterna para atravesar la Puerta Santa, detenerse ante las tumbas de los Apóstoles y los Mártires y llenar sus corazones de esperanza a lo largo de los numerosos senderos de fe que atraviesan Roma.

Su presencia se inscribe en el camino de tantas generaciones que han querido visitar estos lugares, donde late el corazón del alma cristiana, donde se entrelazan los acontecimientos de la fe – recibida y transmitida desde los tiempos apostólicos, de la que tantos pueblos y naciones han bebido abundantemente y de la que aún hoy viven – con las preocupaciones y los compromisos de la vida cotidiana. Junto a los monumentos de la antigua civilización romana se erigen las basílicas, las iglesias, los monasterios y tantos otros signos tangibles de la fe viva, arraigada en los corazones de las personas, capaz de transformar las conciencias y motivar al bien. Así, esta ciudad puede ser un símbolo de la existencia humana, en la que se

entrelazan las «ruinas» de las experiencias pasadas, las angustias, las incertidumbres y las inquietudes, junto con la fe que crece cada día y se hace activa en la caridad, y con la esperanza que no defrauda y nos anima porque, incluso sobre las ruinas, a pesar del pecado y las enemistades, el Señor puede construir el mundo nuevo y la vida renovada. Los edificios sagrados de Roma evocan la realidad espiritual: que a través del sacramento del Bautismo también nosotros somos «empleados como piedras vivas para la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios, por medio de Jesucristo» (1 P 2,5).

Queridos hermanos y hermanas, sí, es cierto, cada uno de nosotros es una piedra viva en el edificio de la Iglesia. Cada piedra, aunque sea pequeña, colocada por el Señor en el lugar adecuado, desempeña un papel importante para la estabilidad de toda la construcción. Ya el Señor Jesús animaba a sus discípulos: «No teman, pequeño rebaño, porque a su Padre le ha placido darles su reino» (Lc 12, 32).

Después de esta peregrinación jubilar, volverán a su tierra y serán llamados a continuar el camino de la vida cristiana, pastores y fieles juntos, sin olvidar que todos son responsables de su Iglesia local, «ayudándose mutuamente a llevar las cargas» (Gal 6, 2). Que de sus familias, de sus comunidades parroquiales y diocesanas salga un ejemplo de amor, fraternidad, solidaridad y respeto mutuo para todas las personas entre las que viven, trabajen y estudian. Así, de hecho, se puede encender el fuego del amor cristiano capaz de calentar la frialdad de los corazones, incluso los más endurecidos.

Queridísimos, ha pasado casi un año desde que el papa Francisco bendijo el icono de la *Salus Populi Romani* y lo donó a su Iglesia local, para que se convirtiera en el signo del Año Santo. Que la peregrinación de este icono por las diócesis católicas de Rusia sea motivo de consuelo para ustedes, para sus familias, en particular para las personas enfermas y que sufren. Que sea también una invitación a encontrar esperanza en el encuentro con Dios a través de la oración, la lectura

de la Sagrada Escritura, la ayuda a los necesitados y las palabras de consuelo. Que la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios y Reina de la Paz, que siempre nos precede en la peregrinación de la fe y la esperanza, los sostenga en el camino de su vocación y de la vida cristiana. Los recuerdo en mis oraciones y los bendigo de corazón.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE EN LA SANTA MISA Y
CANONIZACIÓN DE LOS BEATOS IGNAZIO
CHOUKRALLAH MALOYAN, PETER TO ROT,
VINCENZA MARIA POLONI, MARIA DEL MONTE
CARMELO RENDILES MARTÍNEZ, MARIA
TRONCATTI, JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ
CISNEROS, BARTOLO LONGO
*Plaza de San Pedro. XXIX domingo del Tiempo
Ordinario, 19 de octubre de 2025*

No son héroes, o paladines de un ideal cualquiera, sino hombres y mujeres auténticos

Queridos hermanos y hermanas:

La pregunta con la que concluye el Evangelio que hemos proclamado abre nuestra reflexión: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?» (Lc 18,8). Este interrogante nos revela lo más precioso a los ojos de Dios: la fe, es decir, el vínculo de amor entre Dios y el hombre. Precisamente hoy están ante nosotros siete testigos, los nuevos santos y las nuevas santas, que con la gracia de Dios han mantenido encendida la lámpara de la fe, más aún, han sido ellos mismos lámparas capaces de difundir la luz de Cristo.

La fe, comparada con grandes bienes materiales y culturales, científicos y artísticos, sobresale; no porque estos bienes sean despreciables, sino porque sin fe pierden el sentido. La relación con Dios es de máxima importancia porque Él ha creado de la nada todas las cosas, en el principio de los tiempos, y salva de la nada todo aquello que en el tiempo termina. Una tierra sin fe estaría

poblada de hijos que viven sin Padre, es decir, de criaturas sin salvación.

Es por eso que Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, se pregunta por la fe: si desapareciese del mundo, ¿qué ocurriría? El cielo y la tierra quedarían como están, pero nuestro corazón carecería de esperanza; la libertad de todos sería derrotada por la muerte; nuestro deseo de vida precipitaría en la nada. Sin fe en Dios, no podemos esperar en la salvación. La pregunta de Jesús nos inquieta, sí, pero sólo si olvidamos que es Él mismo quien la pronuncia. Las palabras del Señor, en efecto, son siempre evangelio, es decir, anuncio gozoso de salvación. Esta salvación es el don de la vida eterna que recibimos del Padre, mediante el Hijo, con la fuerza del Espíritu Santo.

Queridos hermanos y hermanas, precisamente por esto Cristo habla a sus discípulos de la necesidad de «orar siempre sin desanimarse» (Lc 18,1). Así como no nos cansamos de respirar, del mismo modo no nos cansemos de orar. Como la respiración sostiene la vida del cuerpo, así la oración sostiene la vida del alma. La fe, ciertamente, se expresa en la oración y la oración auténtica vive de la fe.

Jesús nos indica este vínculo con una parábola. Un juez permanece sordo ante las persistentes peticiones de una viuda, cuya insistencia lo lleva, finalmente, a actuar. A primera vista, esa tenacidad se nos presenta como un gran ejemplo de esperanza, especialmente en el tiempo de la prueba y la tribulación. La perseverancia de la mujer y el comportamiento del juez, que actúa de mala gana, preparan una pregunta provocadora de Jesús. Dios, el Padre bueno, «¿no hará justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche?» (Lc 18,7).

Hagamos resonar estas palabras en nuestra conciencia. El Señor nos está preguntando si creemos que Dios es juez justo para todos. El Hijo nos pregunta si creemos que el Padre quiere siempre nuestro bien y la salvación de cada persona. A este propósito, dos tentaciones ponen a prueba nuestra fe. La primera toma fuerza en el escándalo del mal, llevándonos a pensar que Dios no escucha el llanto de los oprimidos ni tiene piedad del dolor inocente. La segunda tentación es la

pretensión de que Dios deba actuar como queremos nosotros. Entonces, la oración deja de ser tal para convertirse en una orden, con la cual enseñamos a Dios cómo ser justo y eficaz.

Jesús, testigo perfecto de la confianza filial, nos libra de ambas tentaciones. Él es el inocente, que sobre todo durante su pasión reza así: “Padre, hágase tu voluntad” (cf. Lc 22,42). Son las mismas palabras que el Maestro nos entrega en la oración del Padrenuestro. Pase lo que pase, Jesús se confía como Hijo al Padre; por eso nosotros, como hermanos y hermanas en su nombre, proclamamos: «En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias, Padre santo, siempre y en todo lugar, por Jesucristo, tu Hijo amado» (Misal Romano, Plegaria eucarística II, Prefacio).

La oración de la Iglesia nos recuerda que Dios hace justicia a todos, entregando su vida por todos. Así, cuando gritamos al Señor: “¿dónde estás?”, transformamos esta invocación en oración, y entonces reconocemos que Dios está ahí donde el inocente sufre. La cruz de Cristo revela la justicia de Dios. Y la justicia de Dios es el perdón. Él ve el mal y lo redime, cargándolo sobre sí. Cuando estamos crucificados por el dolor y por la violencia, por el odio y por la guerra, Cristo está ya ahí, en la cruz por nosotros y con nosotros. No hay llanto que Dios no consuele, no hay lágrima que esté lejos de su corazón. El Señor nos escucha, nos abraza como somos, para hacernos como es Él. En cambio, quien rechaza la misericordia de Dios permanece incapaz de misericordia para con el prójimo. Quien no acoge la paz como un don, no sabrá dar la paz.

Queridos hermanos y hermanas, ahora comprendemos que las preguntas de Jesús son una enérgica invitación a la esperanza y a la acción. Cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe en la providencia de Dios? Es esta fe, precisamente, la que sostiene nuestro compromiso con la justicia, porque creemos que Dios salva al mundo por amor, liberándonos del fatalismo. Por tanto, preguntémosnos: cuando escuchamos la llamada de quien está en dificultad, ¿somos testigos del amor del Padre, como Cristo lo ha sido para todos? Él

es el humilde que llama a los prepotentes a la conversión, el justo que nos hace justos, como lo atestiguan los nuevos santos de hoy. No son héroes, o paladines de un ideal cualquiera, sino hombres y mujeres auténticos.

Estos fieles amigos de Cristo son mártires por su fe, como el obispo Ignacio Choukrallah Maloyan y el catequista Pedro To Rot; son evangelizadores y misioneros como sor María Troncatti; son carismáticas fundadoras, como sor Vicenta María Poloni y sor Carmen Rendiles Martínez; son bienhechores de la humanidad con sus corazones encendidos de devoción, como Bartolo Longo y José Gregorio Hernández Cisneros. Que su intercesión nos asista en las pruebas y su ejemplo nos inspire en la común vocación a la santidad. Mientras peregrinamos hacia esa meta, no nos cansamos de orar, cimentados en lo que hemos aprendido y creemos firmemente (cf. 2 Tm 3,14). De ese modo, la fe en la tierra sostiene la esperanza en el cielo.

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. Domingo, 19 de octubre de 2025

Los instrumentos de la guerra cedan el paso a los de la paz

Queridos hermanos y hermanas:

¡Saludo de corazón a todos los que han participado en esta celebración, que ha sido una gran fiesta de la santidad!

Agradezco a los cardenales, a los patriarcas y obispos presentes; saludo también con gratitud al presidente de la República Italiana y al presidente del Líbano, así como a las distinguidas delegaciones oficiales, en particular las de Armenia y Venezuela.

Acojo con alegría a las hijas espirituales de las Fundadoras hoy canonizadas y a las diversas comunidades y asociaciones inspiradas por los carismas de los nuevos santos. ¡Gracias a todos por su devota participación!

Extiendo mi saludo a los demás peregrinos presentes, en particular a la Hermandad del Señor

de los Milagros, que ha celebrado su tradicional procesión.

Hoy es el Día Mundial de las Misiones. Toda la Iglesia es misionera, pero en este día rezamos especialmente por aquellos hombres y mujeres que lo han dejado todo para llevar el Evangelio a quienes no lo conocen. Son misioneros de esperanza entre los pueblos. ¡Que el Señor los bendiga!

Las noticias que nos llegan desde Myanmar son, lamentablemente, dolorosas: informan de continuos enfrentamientos armados y bombardeos aéreos, incluso dirigidos a personas e infraestructuras civiles. Estoy cerca de quienes sufren a causa de la violencia, la inseguridad y tantas dificultades. Renuevo mi sincero llamamiento para que se alcance un alto el fuego inmediato y efectivo. ¡Que los instrumentos de la guerra den paso a los de la paz, a través de un diálogo inclusivo y constructivo!

Encomendemos a la intercesión de la Virgen María y de los nuevos santos nuestra continua oración por la paz, en Tierra Santa, en Ucrania y en otros lugares en guerra. Que Dios conceda a todos los responsables sabiduría y perseverancia para avanzar en la búsqueda de una paz justa y duradera.

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro. Miércoles, 22 de octubre de 2025

La historia todavía tiene mucho que esperar en el bien

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! ¡Y bienvenidos todos!

La resurrección de Jesucristo es un acontecimiento que nunca termina de ser contemplado y meditado, y cuanto más se profundiza en él, más nos quedamos llenos de asombro, atraídos como por una luz deslumbrante y al mismo tiempo fascinante. Fue una explosión de vida y alegría que cambió el sentido de toda la realidad, de negativo a positivo; sin embargo, no ocurrió de manera espectacular, y mucho menos violenta, sino de for-

ma suave, oculta, podríamos decir humilde.

Hoy vamos a reflexionar sobre cómo la resurrección de Cristo puede curar una de las enfermedades de nuestro tiempo: la tristeza. Invasiva y generalizada, la tristeza acompaña los días de muchas personas. Se trata de un sentimiento de precariedad, a veces de profunda desesperación, que invade el espacio interior y parece prevalecer sobre cualquier impulso de alegría.

La tristeza le quita sentido y vigor a la vida, que se convierte en un viaje sin dirección y sin significado. Esta experiencia tan actual nos remite al famoso relato del Evangelio de Lucas (24,13-29) sobre los dos discípulos de Emaús. Ellos, desilusionados y desanimados, se alejan de Jerusalén, dejando atrás las esperanzas puestas en Jesús, que ha sido crucificado y sepultado. En sus primeras frases, este episodio muestra como un paradigma de la tristeza humana: el final del objetivo en el que han invertido tantas energías, la destrucción de lo que parecía esencial en la propia vida. La esperanza se ha desvanecido, la desolación se ha apoderado de su corazón. Todo ha implosionado en muy poco tiempo, entre el viernes y el sábado, en una dramática sucesión de acontecimientos.

La paradoja es realmente emblemática: este triste viaje de derrota y retorno a la normalidad se realiza el mismo día de la victoria de la luz, de la Pascua que se ha consumado plenamente. Los dos hombres dan la espalda al Gólgota, al terrible escenario de la cruz aún grabado en sus ojos y en sus corazones. Todo parece perdido. Es necesario volver a la vida anterior, manteniendo un perfil bajo, esperando no ser reconocidos.

En cierto momento, un viandante se une a los dos discípulos, tal vez uno de los muchos peregrinos que han estado en Jerusalén para la Pascua. Es Jesús resucitado, pero no lo reconocen. La tristeza les nubla la mirada, borra la promesa que el Maestro había hecho varias veces: que tenía que morir y que al tercer día resucitaría. El desconocido se acerca y se muestra interesado en lo que están diciendo. El texto dice que los dos «se detuvieron, con el semblante triste» (Lc 24,17). El adjetivo griego utilizado describe una tristeza integral: en sus rostros se refleja la parálisis del al-

ma.

Jesús los escucha, les deja desahogar su desilusión. Luego, con gran franqueza, los reprende por ser «duros de entendimiento para creer en todo lo que han dicho los profetas» (v. 25), y a través de las Escrituras les demuestra que Cristo debía sufrir, morir y resucitar. En los corazones de los dos discípulos se reaviva el calor de la esperanza, y entonces, cuando ya cae la tarde y llegan a su destino, invitan al misterioso compañero a quedarse con ellos.

Jesús acepta y se sienta a la mesa con ellos. Luego toma el pan, lo parte y lo ofrece. En ese momento, los dos discípulos lo reconocen... pero Él desaparece inmediatamente de su vista (vv. 30-31). El gesto del pan partido reabre los ojos del corazón, ilumina de nuevo la vista nublada por la desesperación. Y entonces todo se aclara: el camino compartido, la palabra tierna y fuerte, la luz de la verdad... De inmediato se reaviva la alegría, la energía vuelve a fluir en los miembros cansados, la memoria vuelve a ser agradecida. Y los dos regresan de prisa a Jerusalén, para contarlo todo a los demás.

«Es verdad, ¡el Señor ha resucitado!» (cf. v. 34). En este adverbio, «verdaderamente», se cumple el destino seguro de nuestra historia como seres humanos. No por casualidad es el saludo que los cristianos se intercambian el día de Pascua. Jesús no resucitó con palabras, sino con hechos, con su cuerpo que conserva las marcas de la pasión, sello perenne de su amor por nosotros. La victoria de la vida no es una palabra vana, sino un hecho real, concreto.

Que la alegría inesperada de los discípulos de Emaús sea para nosotros un dulce recordatorio cuando el camino se hace difícil. Es el Resucitado quien cambia radicalmente la perspectiva, infundiendo la esperanza que llena el vacío de la tristeza. En los senderos del corazón, el Resucitado camina con nosotros y por nosotros. Testimonia la derrota de la muerte, afirma la victoria de la vida, a pesar de las tinieblas del Calvario. La historia todavía tiene mucho que esperar en el bien.

Reconocer la Resurrección significa cambiar la mirada sobre el mundo: volver a la luz para reco-

nocer la Verdad que nos ha salvado y nos salva. Hermanas y hermanos, permanezcamos vigilantes cada día en el asombro de la Pascua de Jesús resucitado. ¡Él solo hace posible lo imposible!

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Señor que sepamos reconocer su presencia en el camino de nuestra vida, especialmente en los momentos de tristeza y oscuridad, y que la alegría de la Pascua sea el distintivo de nuestro compromiso misionero. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV A LOS MIEMBROS
DE LA ORDEN ECUESTRE DEL SANTO SEPULCRO
DE JERUSALÉN

Aula Pablo VI. Jueves, 23 de octubre de 2025

Una rendija de luz para los que en Tierra Santa corren el riesgo de verse arrastrados por dramas terribles

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Eminencias, Excelencias,

queridísimos hermanos y hermanas,

es hermoso, en este Año Jubilar, encontrarme con todos ustedes, Caballeros y Damas de la Orden Ecuestre del Santo Sepulcro de Jerusalén.

Han venido a Roma desde diversas partes del mundo, lo que nos recuerda que la práctica de la peregrinación está en el origen de su historia. De hecho, han nacido para custodiar el Santo Sepulcro, para cuidar de los peregrinos y para sostener a la Iglesia de Jerusalén. Todavía hoy lo hacen, con la humildad, la dedicación y el espíritu de sacrificio que caracterizan a las órdenes de caballería, en particular con «un testimonio constante de fe y solidaridad hacia los cristianos residentes en los Lugares Santos» (San Juan Pablo II, Discurso a los participantes en el Jubileo de la Orden Ecuestre del Santo Sepulcro de Jerusalén, 2 de

marzo de 2000).

Pienso, a este respecto, en la notable ayuda que prestan, sin hacer ruido y sin publicidad, a las comunidades de Tierra Santa, apoyando al Patriarcado Latino de Jerusalén en sus diversas actividades: el seminario, las escuelas, las obras caritativas y de asistencia, los proyectos humanitarios y formativos, la universidad, la ayuda a las Iglesias, con intervenciones especiales en momentos de mayor crisis, como ocurrió durante la pandemia de COVID-19 y en los trágicos días de la guerra. Con todo ello, ustedes demuestran que custodiar el Sepulcro de Cristo no significa simplemente preservar un patrimonio histórico-arqueológico o artístico, por importante que sea, sino sostener una Iglesia hecha de piedras vivas (cf. 1 P 2, 4-5), que nació en torno a él y aún hoy vive, como auténtico signo de esperanza pascual.

Por esta razón, en el Jubileo de la esperanza, me gustaría contemplarla con ustedes, por un momento, subrayando tres dimensiones.

La primera es la de la esperanza confiada (cf. Francisco, Bula *Spes non confundit*, 4). Permanecer junto al Sepulcro del Señor significa, en efecto, renovar la propia fe en el Dios que cumple sus promesas, cuyo poder ninguna fuerza humana puede derrotar. En un mundo en el que la prepotencia y la violencia parecen prevalecer sobre la caridad, ustedes están llamados a dar testimonio de que la vida vence a la muerte, que el amor vence al odio, que el perdón vence a la venganza y que la misericordia y la gracia vencen al pecado. Su «vigilancia» en los Lugares Santos sea ante todo una «vigilancia de la fe» que ayude a los hombres y mujeres de nuestro tiempo a detenerse con el corazón junto al sepulcro de Cristo, donde el dolor encuentra respuesta en la confianza y donde, para quienes saben escuchar, sigue resonando el anuncio: «¡No tengan miedo! Sé que buscan a Jesús, el crucificado. No está aquí. Ha resucitado [...] como había dicho» (Mt 28, 6). Y esto lo podrán hacer alimentando el corazón con una intensa vida sacramental, con la escucha y la meditación de la Palabra de Dios, con la oración personal y litúrgica, con la formación espiritual, tan cuidada en la Orden.

La segunda dimensión de la esperanza en la que me gustaría detenerme la vemos encarnada en la imagen de las mujeres que se dirigen al sepulcro para unguir el cuerpo de Jesús (cf. Mc 16,1-2). Es el rostro del servicio, por el que ni siquiera la muerte del Maestro impide a María Magdalena, a María madre de Santiago y a Salomé cuidar de Él. Ya les he expresado mi gratitud por el gran bien que hacen, siguiendo la antigua tradición de asistencia que les caracteriza. En cuántas ocasiones, gracias a su labor, se abre una rendija de luz para personas, familias, comunidades enteras, que corren el riesgo de verse arrastradas por dramas terribles, a todos los niveles, especialmente en los lugares donde vivió Jesús. Su caridad los sostiene, captando en sus necesidades esos «signos de los tiempos» que el papa Francisco nos ha invitado a hacer nuestros para transformarlos en «signos de esperanza» (cf. *Spes non confundit*, 8). Pero hay una tercera dimensión de la esperanza a la que quiero referirme: la que nos lleva a mirar hacia la meta. La imagen que podemos evocar es la de Pedro y Juan corriendo hacia el sepulcro (cf. Jn 20, 4-10). La mañana de Pascua, tras escuchar a las mujeres, parten inmediatamente, apresuradamente, en una carrera que los llevará, junto al sepulcro vacío, a renovar su fe en Cristo a la luz de la Resurrección. San Pablo utiliza la misma imagen cuando habla de su vida como de una carrera en el estadio, no sin meta, sino orientada al encuentro con el Señor (cf. 1 Cor 9, 24-27). Es lo que expresa el gesto de la peregrinación, como símbolo de la búsqueda del sentido último de la vida (cf. *Spes non confundit*, 5). Ustedes también lo han realizado, y los invito a vivir su estar aquí no como un punto de llegada, sino como una etapa desde la que partir de nuevo para ponerse en marcha hacia la única meta verdadera y definitiva: la de la plena y eterna comunión con Dios en el Paraíso. Hagan de ello también un testimonio para los hermanos y hermanas que encontrarán: una invitación a vivir las cosas de este mundo con la libertad y la alegría de quien sabe que está caminando hacia el horizonte infinito de la eternidad.

Queridísimos, la Iglesia les confía hoy nuevamen-

te la tarea de ser custodios del Sepulcro de Cristo. Séanlo así, en la confianza de la espera, en el celo de la caridad, en el impulso gozoso de la esperanza. Como decía san Agustín a los cristianos de su tiempo: «Avanza, avanza en el bien [...]. ¡No se desvíen del camino, no miren atrás, no se queden parados! (Sermo 256,3). Los bendigo de corazón y rezo por todos ustedes. Gracias.

Oremos juntos. [Recita el Padrenuestro]

Bendición

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. Domingo, 26 de octubre de 2025

Bienaventurados los constructores de paz que promueven caridad evangélica, cercanía concreta y solidaridad

Queridos hermanos y hermanas, ¡buen domingo!

Hoy el Evangelio (cf. Lc 18,9-14) nos presenta a dos personajes, un fariseo y un publicano, que oran en el Templo.

El primero se jacta de una larga lista de méritos. Las buenas obras que realiza son muchas, y por eso se siente mejor que los demás, a quienes juzga con desprecio. Se mantiene de pie, con la frente en alto. Su actitud es claramente presuntuosa: denota una observancia exacta de la Ley, sí, pero pobre en amor, hecha de “haber” y “tener”, de deudas y créditos, carente de misericordia.

El publicano también está rezando, pero de manera muy diferente. Tiene mucho por qué pedir perdón: es un recaudador de impuestos al servicio del imperio romano que trabaja con un contrato público, el cual le permite especular con los ingresos en detrimento de sus propios compatriotas. Sin embargo, al final de la parábola, Jesús nos dice que, de los dos, es precisamente él quien vuelve a casa “justificado”, es decir, perdonado y renovado por el encuentro con Dios. ¿Por qué?

En primer lugar, el publicano tiene el valor y la humildad de presentarse ante Dios. No se encie-

rra en su mundo, no se resigna al mal que ha hecho. Abandona los lugares donde es temido, seguro, protegido por el poder que ejerce sobre los demás. Acude al templo solo, sin escolta, aun a costa de enfrentarse a miradas duras y juicios severos, y se coloca delante del Señor, al fondo, con la cabeza inclinada hacia abajo, pronunciando unas pocas palabras: «¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador!» (v. 13).

Así, Jesús nos da un mensaje poderoso: no es ostentando nuestros méritos como nos salvamos, ni ocultando nuestros errores, sino presentándonos honestamente, tal como somos, ante Dios, ante nosotros mismos y ante los demás, pidiendo perdón y confiando en la gracia del Señor.

Al comentar este episodio, san Agustín compara al fariseo con un enfermo que, por vergüenza y orgullo, oculta sus llagas al médico, y al publicano con otro que, con humildad y sabiduría, muestra al médico sus heridas, por muy feas que sean, y le pide ayuda. Y concluye: «No es, pues, extraño que saliera más curado el publicano, que no tuvo reparos en mostrar lo que le dolía» (Sermón 351,1).

Queridos hermanos y hermanas, hagamos lo mismo. No tengamos miedo de reconocer nuestros errores, de ponerlos al descubierto asumiendo nuestra responsabilidad y confiándolos a la misericordia de Dios. Así podrá crecer, en nosotros y a nuestro alrededor, su Reino, que no pertenece a los soberbios, sino a los humildes, y que se cultiva, en la oración y en la vida, a través de la honestidad, el perdón y la gratitud.

Pidamos a María, modelo de santidad, que nos ayude a crecer en estas virtudes.

Palabras después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero expresar mi cercanía a las poblaciones de México oriental, que se han visto afectadas en estos días por un aluvión. Rezo por las familias y por todos aquellos que sufren a causa de esta calamidad, y encomiendo al Señor, por intercesión de la Virgen Santa, las almas de los difuntos.

Seguimos rezando con insistencia por la paz, particularmente mediante la recitación comunitaria del santo Rosario. Contemplando los misterios

de Cristo junto a la Virgen María, hacemos nuestro el sufrimiento y la esperanza de los niños, de las madres, de los padres, de los ancianos víctimas de las guerras. Nacen de esta oración del corazón muchos gestos de caridad evangélica, de cercanía concreta, de solidaridad. A todos aquellos que, cada día, con confiada perseverancia, sacan adelante este compromiso, les repito: “Bienaventurados los constructores de paz”.

Dirijo un saludo a todos ustedes, romanos y peregrinos llegados de Italia y de muchas partes del mundo, en particular los de Logroño, en España, San Pedro de Paraguay, Recreio (Brasil) y los cubanos residentes en Europa.

Saludo también a los fieles de Ginosa, Génova, Corato, Fornovo San Giovanni, Milán, San Giovanni Ilarione, Porto Legnago, los jóvenes de Scicli y los que han recibido el sacramento de la confirmación en la Diócesis de Saluzzo, a las Hermanas Reparadoras del Sagrado Corazón, al grupo de Comunión y Liberación de Pavía y a la Coral Polifónica de Milazzo.

Gracias a todos y feliz domingo.

HOMILÍA DEL PAPA EN LA MISA CON LOS
UNIVERSITARIOS DE LAS UNIVERSIDADES
PONTIFICIAS

Basílica de San Pedro. Lunes, 27 de octubre de 2025

Mirar la realidad con una mirada integradora rechazando toda lógica parcial

Queridos hermanos y hermanas:

Encontrarnos en este lugar durante el Año Jubilar es un don que no podemos dar por sentado. Lo es sobre todo porque la peregrinación para atravesar la Puerta Santa nos recuerda que la vida sólo es vida si está en camino, sólo si sabe dar “pasos”, es decir, si es capaz de vivir la Pascua.

Es hermoso pensar entonces en la Iglesia que, en estos meses, celebrando el Jubileo, experimenta este ponerse en camino, recordándose a sí misma que necesita convertirse constantemente, que de-

be ir siempre detrás de Jesús sin vacilaciones y sin la tentación de adelantarlo, que está siempre necesitada de la Pascua, es decir, de “pasar” de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la vida. Espero que cada uno de ustedes experimente en sí el don de esta esperanza y que el Jubileo sea una ocasión para que su vida pueda empezar de nuevo.

Hoy me gustaría dirigirme a ustedes, que forman parte de las instituciones universitarias, y a aquellos que, en diversos ámbitos, se dedican al estudio, a la enseñanza y a la investigación. ¿Cuál es la gracia que puede tocar la vida de un estudiante, de un investigador, de un erudito? Me gustaría responder así a esta pregunta: la gracia de una mirada de conjunto, una mirada capaz de abarcar el horizonte, de ir más allá.

Podemos captar esta idea precisamente en la página del Evangelio que acabamos de proclamar (Lc 13,10-1), que nos ofrece la imagen de una mujer encorvada que, curada por Jesús, puede finalmente recibir la gracia de una nueva mirada, una mirada más amplia. La condición de la ignorancia, que a menudo está ligada a la cerrazón y a la falta de interés espiritual e intelectual, se asemeja a la condición de esta mujer: está completamente encorvada, replegada sobre sí misma, por lo que le resulta imposible mirar más allá de sí misma. Cuando el ser humano es incapaz de ver más allá de sí mismo, de su propia experiencia, de sus propias ideas y convicciones, de sus propios esquemas, entonces se mantiene prisionero, permanece esclavo, incapaz de madurar un juicio propio.

Al igual que la mujer encorvada del Evangelio, el riesgo es siempre el de quedarse prisioneros de una mirada centrada en nosotros mismos. Pero, en realidad, muchas cosas que importan en la vida —podríamos decir las cosas fundamentales— no nos las damos nosotros mismos, sino que vienen de los demás; nos llegan y las recibimos de los maestros, de los encuentros, de las experiencias de la vida. Y esta es una experiencia de gracia, porque sana nuestros encorvamientos. Se trata de una verdadera sanación que, al igual que le sucede a la mujer del Evangelio, nos permite volver a tener una postura erguida ante las cosas y

ante la vida, y mirarlas en un horizonte más amplio. Esta mujer sanada obtiene la esperanza, porque finalmente puede alzar la mirada y ver algo diferente, ver de una manera nueva. Esto sucede especialmente cuando encontramos a Cristo en nuestra vida: nos abrimos a una verdad capaz de cambiar la vida, de distraernos de nosotros mismos, de sacarnos de nuestro encierro.

Quien estudia se eleva, amplía sus horizontes y sus perspectivas, para recuperar una mirada que no se fija sólo en lo bajo, sino que es capaz de mirar hacia arriba: hacia Dios, hacia los demás, hacia el misterio de la vida. Esta es la gracia del estudiante, del investigador, del erudito: recibir una mirada amplia, que sabe ir lejos, que no simplifica las cuestiones, que no teme las preguntas, que vence la pereza intelectual y, así, derrota también la atrofia espiritual.

Recordémoslo siempre: la espiritualidad necesita esta mirada a la que el estudio de la teología, la filosofía y otras disciplinas contribuyen de manera especial. Hoy nos hemos convertido en expertos en detalles infinitesimales de la realidad, pero somos incapaces de alcanzar una visión de conjunto, una visión que dé unidad a las cosas a través de un significado más grande y más profundo; la experiencia cristiana, en cambio, quiere enseñarnos a mirar la vida y la realidad con una mirada integradora, capaz de abarcarlo todo rechazando cualquier lógica parcial.

Los exhorto, pues —me dirijo a ustedes, estudiantes, y a todos los que se dedican a la investigación y la enseñanza— a no olvidar que la Iglesia de hoy y de mañana necesita esta mirada integradora. Y mirando el ejemplo de hombres y mujeres como Agustín, Tomás, Teresa de Ávila, Edith Stein y muchos otros, que supieron integrar la investigación en su vida y en su camino espiritual, también nosotros estamos llamados a llevar adelante el trabajo intelectual y la búsqueda de la verdad sin separarlos de la vida. Es importante cultivar esta unidad, para que lo que ocurre en las aulas universitarias y en los ambientes educativos de todo tipo y nivel no se quede en un ejercicio intelectual abstracto, sino que se convierta en una realidad capaz de transformar la vida, de hacernos profun-

dizar en nuestra relación con Cristo, de hacernos comprender mejor el misterio de la Iglesia, de hacernos testigos audaces del Evangelio en la sociedad.

Queridos hermanos, el estudio, la investigación y la enseñanza están relacionados con una importante tarea educativa, y quisiera exhortar a las universidades a abrazar con pasión y compromiso esta llamada. Educar se asemeja al milagro que narra este Evangelio, porque el gesto de quien educa es levantar al otro, ponerlo de pie como hizo Jesús con aquella mujer encorvada, ayudarlo a ser él mismo y a madurar una conciencia y un pensamiento crítico autónomos. Las universidades pontificias deben estar habilitadas para continuar este gesto de Jesús. Se trata de un auténtico acto de amor, porque hay una caridad que pasa precisamente por el alfabeto del estudio, del conocimiento, de la búsqueda sincera de lo que es verdadero y por lo que vale la pena vivir. Sacar el hambre de verdad y de sentido es una tarea necesaria, porque sin verdad ni significados auténticos se puede caer en el vacío e incluso se puede morir.

En este camino, cada uno puede encontrar también el mayor don de todos: saber que no está sólo y que pertenece a alguien, como afirma el apóstol Pablo: «Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios ¡Abba!, es decir, Padre» (Rm 8,14-15). Lo que recibimos mientras buscamos la verdad y nos comprometemos con el estudio nos ayuda a descubrir que no somos criaturas arrojadas al mundo por casualidad, sino que pertenecemos a alguien que nos ama y que tiene un proyecto de amor para nuestra vida.

Queridos hermanos y hermanas, me uno a ustedes para pedir al Señor que la experiencia del estudio y la investigación en la aventura universitaria que están viviendo los haga capaces de esta nueva mirada; que el itinerario académico los ayude a saber decir, contar, profundizar y anunciar las razones de la esperanza que tenemos (cf. 1 P 3,15); que la universidad los forme para ser mu-

jes y hombres que nunca se encorven sobre sí mismos, sino que estén siempre erguidos, capaces de vivir la alegría y el consuelo del Evangelio y de llevarlos allí donde vayan.

Que la Virgen María, Trono de la Sabiduría, los acompañe e interceda por ustedes.

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV EN EL
ENCUENTRO INTERNACIONAL POR LA PAZ,
PROMOVIDO POR LA COMUNIDAD DE SAN EGIDIO
Coliseo. Martes, 28 de octubre de 2025

Basta ya de guerras, con sus dolorosos cúmulos de muertos

Santidad,

Beatitudes,

Ilustres representantes de las Iglesias cristianas y de las grandes religiones del mundo:

Hemos rezado por la paz según nuestras diferentes tradiciones religiosas y ahora nos hemos reunido para emitir juntos un mensaje de reconciliación. Los conflictos están presentes en todas partes donde haya vida, pero no es la guerra lo que ayuda a afrontarlos ni a resolverlos. La paz es un camino permanente de reconciliación. Les agradezco que hayan venido aquí a rezar por la paz, mostrando al mundo lo decisiva que es la oración. El corazón humano debe disponerse a la paz, en la meditación se abre y en la oración sale de sí mismo. Volverse a sí mismo para salir de sí mismo. Esto es lo que testimoniamos, ofreciendo a la humanidad contemporánea los inmensos tesoros de las antiguas tradiciones espirituales.

El mundo tiene sed de paz, necesita una verdadera y sólida era de reconciliación, que ponga fin a la prepotencia, a la exhibición de la fuerza y al desinterés por el derecho. ¡Basta ya de guerras, con sus dolorosos cúmulos de muertos, destrucciones y exiliados! Hoy nosotros, juntos, manifestamos no sólo nuestra firme voluntad de paz, sino también la conciencia de que la oración es una gran fuerza de reconciliación. Quien no reza abusa de la religión, incluso para matar. La oración es un movimiento del espíritu, una apertura del co-

razón. No son palabras gritadas, ni comportamientos exhibidos, ni consignas religiosas utilizadas contra las criaturas de Dios. Tenemos fe en que la oración cambia la historia de los pueblos. Que los lugares de oración sean tiendas de encuentro, santuarios de reconciliación, oasis de paz.

El 27 de octubre de 1986, san Juan Pablo II invitó a los líderes religiosos del mundo a Asís para rezar por la paz: nunca más unos contra otros, sino unos junto a otros. Fue un momento histórico, un punto de inflexión en las relaciones entre las religiones. En el “espíritu de Asís”, año tras año, han continuado estos encuentros de oración y diálogo que han creado un clima de amistad entre los líderes religiosos y han abrazado muchas peticiones de paz. Hoy en día, el mundo parece haber tomado la dirección opuesta, pero nosotros volvemos a empezar desde Asís, desde esa conciencia de nuestra tarea común, desde esa responsabilidad por la paz. Doy las gracias a la Comunidad de San Egidio y a todas las organizaciones, no sólo católicas, que con frecuencia yendo a contracorriente, mantienen vivo este espíritu.

La oración en el “espíritu de Asís”, para la Iglesia católica, se basa en el sólido fundamento expresado en la Declaración *Nostra aetate* del Concilio Vaticano II, es decir, en la renovación de la relación entre la Iglesia católica y las religiones. Y precisamente hoy celebramos el sexagésimo aniversario de su promulgación, acaecida el 28 de octubre de 1965.

Juntos reafirmamos el compromiso con el diálogo y la fraternidad, deseado por los padres conciliares, que ha dado tantos frutos. Con estas palabras enseña el Vaticano II: «No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios» (*Nostra aetate*, 5). Todos los creyentes son hermanos. Y las religiones, como “hermanas”, deben favorecer a que los pueblos se traten como hermanos, no como enemigos. Porque «todos los pueblos forman una comunidad, tienen un mismo origen» (*ibíd.*, 1).

El año pasado ustedes se reunieron en París y el Papa Francisco les escribió con motivo de ese en-

cuentro: «Debemos alejar de las religiones la tentación de convertirse en instrumentos para alimentar nacionalismos, etnicismos, populismos. Las guerras se recrudecen. ¡Ay de aquellos que intentan arrastrar a Dios a participar en las guerras!». [1] Hago más estas palabras y repito con fuerza: ¡la guerra nunca es santa, sólo la paz es santa, porque es la voluntad de Dios!

Con la fuerza de la oración, con las manos desnudas, alzadas al cielo y abiertas hacia los demás, debemos hacer que esta etapa de la historia marcada por la guerra y la prepotencia de la fuerza termine pronto y comience una historia nueva. No podemos aceptar que este momento se prolongue más, que moldee la mentalidad de los pueblos, que nos acostumbremos a la guerra como compañera normal de la historia humana. ¡Basta! Es el grito de los pobres y el grito de la tierra. ¡Basta! ¡Señor, escucha nuestro clamor!

El venerable Giorgio La Pira, testigo de paz, mientras trabajaba políticamente en tiempos difíciles, escribía a san Pablo VI que se necesitaba «una historia diferente del mundo: “la historia de la era de la negociación”, la historia de un mundo nuevo sin guerra». [2] Son palabras que hoy más que nunca pueden ser un programa para la humanidad.

La cultura de la reconciliación vencerá a la actual globalización de la impotencia, que parece decirnos que otra historia es imposible. Sí, el diálogo, la negociación, la cooperación pueden afrontar y resolver las tensiones que se abren en las situaciones conflictivas. ¡Deben hacerlo! Existen los ámbitos y las personas para hacerlo. «Poner fin a la guerra es el deber impostergable de todos los líderes políticos ante Dios. La paz es la prioridad de cualquier política. Dios le pedirá cuentas a quienes no han buscado la paz o han fomentado las tensiones y los conflictos durante tantos días, meses y años de guerra». [3]

Este es el llamamiento que nosotros, líderes religiosos, dirigimos con todo el corazón a los gobernantes. Nos hacemos eco del deseo de paz de los pueblos. Nos hacemos voz de quienes no son escuchados y no tienen voz. ¡Hay que atreverse a la paz!

Y si el mundo hace oídos sordos a este llamamiento, estamos seguros de que Dios escuchará nuestra oración y el lamento de tantos que sufren. Porque Dios quiere un mundo sin guerra. ¡Él nos liberará de este mal!

[1] Francisco, Mensaje a los participantes en el Encuentro internacional de oración, París, 17 septiembre 2024.

[2] G. La Pira, *Abattere muri, costruire ponti*, Cinisello Balsamo 2015, 802.

[3] Francisco, Discurso en el Encuentro de Oración por la Paz "Nadie se salva solo - Paz y Fraternidad", Roma, Campidoglio, 20 octubre 2020.

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV EN LA
CELEBRACIÓN DEL SEXAGÉSIMO ANIVERSARIO DE
"NOSTRA AETATE" CAMINANDO JUNTOS EN LA
ESPERANZA

Aula Pablo VI. Martes, 28 de octubre de 2025

La responsabilidad sagrada de liberarse de las cadenas del prejuicio

Respetables Líderes y Representantes de las religiones del mundo,
distinguidos Miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede,
queridos hermanos y hermanas:
¡La paz esté con ustedes!

Con gozo y profunda gratitud los saludo cordialmente y agradezco con sinceridad su presencia en esta conmemoración del innovador documento *Nostra aetate*.

El tema de nuestro encuentro en esta tarde es "Caminando juntos en la esperanza". Hace sesenta años se plantó una semilla de esperanza para el diálogo interreligioso. Hoy, la presencia de todos ustedes da testimonio de que esa semilla se ha convertido en un árbol fuerte, cuyas ramas se han expandido a lo largo y ancho, ofreciendo refugio y dando ricos frutos de comprensión, amistad, cooperación y paz.

Durante sesenta años, hombres y mujeres han tra-

bajado para dar vida a la Declaración *Nostra aetate*. Regaron la semilla, cuidaron la tierra y la protegieron. Algunos incluso dieron su vida; mártires del diálogo que se opusieron a la violencia y al odio. Recordémoslos hoy con gratitud. Como cristianos, junto con nuestros hermanos y hermanas de otras religiones, somos quienes somos gracias a su valentía, su esfuerzo y su sacrificio. En este sentido, les agradezco sinceramente su colaboración con el Dicasterio para el Diálogo Interreligioso; con la Comisión para las Relaciones Religiosas con el Judaísmo, del Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos; y con la Iglesia católica en sus países de origen. Gracias por aceptar nuestra invitación y por honrar esta ocasión con su presencia.

Mis queridos hermanos y hermanas, su amistad y estima por la Iglesia católica brillaron de manera especial en la etapa final de la enfermedad del Papa Francisco y en el tiempo de su fallecimiento, a través de los amables mensajes de condolencia que enviaron, de las oraciones ofrecidas en sus respectivos países y de la presencia de quienes pudieron asistir a su funeral. La misma amistad volvió a brillar a través de sus mensajes de felicitación por mi elección como Papa y la presencia de algunos de ustedes en la Santa Misa de inicio de mi pontificado. Todos estos gestos dan testimonio del vínculo profundo y estable que compartimos; un vínculo que aprecio profundamente.

Si la Declaración *Nostra aetate* ha fortalecido los lazos entre nosotros, estoy convencido de que su mensaje sigue siendo muy relevante hoy en día. Tomemos, pues, un momento para reflexionar sobre algunas de sus enseñanzas más significativas. En primer lugar, la *Nostra aetate* nos recuerda que la humanidad se une cada vez más estrechamente y que es tarea de la Iglesia promover la unidad y el amor entre los hombres y las mujeres, así como entre las naciones (cf. n. 1).

En segundo lugar, señala lo que todos tenemos en común. Pertenece a una sola familia humana una en su origen y una también en su destino final. Además, cada persona busca respuestas a los grandes enigmas de la condición humana (cf. n. 1).

En tercer lugar, las religiones de todo el mundo tratan de responder a la inquietud del corazón humano. Cada una, a su propia manera, ofrece enseñanzas, formas de vida y ritos sagrados que ayudan a guiar a sus seguidores hacia la paz y el sentido de la vida (cf. n. 2).

En cuarto lugar, la Iglesia católica no rechaza nada de lo que es verdadero y santo en estas religiones, que «reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (n. 2). Las considera con sincero respeto e invita a sus hijos e hijas, a través del diálogo y la colaboración, a reconocer, preservar y promover lo que es espiritual, moral y culturalmente bueno en todos los pueblos.

Por último, no debemos olvidar cómo se desarrolló realmente la *Nostra aetate*. Inicialmente, el Papa Juan XXIII encargó al cardenal Augustin Bea que presentara al Concilio un tratado en el que se describiera una nueva relación entre la Iglesia católica y el judaísmo. Por lo tanto, podemos decir que el cuarto capítulo, dedicado al judaísmo, es el corazón y el núcleo generativo de toda la Declaración. Por primera vez en la historia de la Iglesia, tenemos un texto doctrinal con una base teológica explícita que ilustra las raíces judías del cristianismo de una manera bíblica bien fundamentada. Al mismo tiempo, *Nostra aetate* (n. 4) adopta una postura firme contra todas las formas de antisemitismo. Así, en el capítulo siguiente, *Nostra aetate* enseña que no podemos invocar verdaderamente a Dios, Padre de todos, si nos negamos a tratar como hermanos y hermanas a cualquier hombre o mujer creados a imagen de Dios. De hecho, la Iglesia rechaza toda forma de discriminación o acoso por motivos de raza, color, condición de vida o religión (cf. n. 5).

Este documento histórico, por lo tanto, nos abrió los ojos a un principio sencillo pero profundo: el diálogo no es una táctica ni una herramienta, sino una forma de vida, un viaje del corazón que transforma a todos los involucrados, tanto al que escucha como al que habla. Es más, recorreremos este camino no abandonando nuestra propia fe, sino manteniéndonos firmes en ella. Porque el diálogo auténtico no comienza con el compromi-

so, sino con la convicción, con las raíces profundas de nuestra propia fe que nos da la fuerza para acercarnos a los demás con amor.

Sesenta años después, el mensaje de *Nostra aetate* sigue siendo tan urgente como siempre. Durante su viaje apostólico a Singapur, en un encuentro interreligioso, el Papa Francisco animó a los jóvenes con las siguientes palabras: «Dios es Dios para todos. Y por eso, [...] todos somos hijos de Dios» (Encuentro interreligioso con jóvenes, 13 septiembre 2024). Esto nos llama a mirar más allá de lo que nos separa y a descubrir lo que nos une. Sin embargo, hoy nos encontramos en un mundo en el que esa visión a menudo se ve oscurecida. Vemos cómo se levantan de nuevo muros entre naciones, entre religiones, incluso entre vecinos. El ruido de los conflictos, las heridas de la pobreza y el clamor de la tierra nos recuerdan lo frágil que sigue siendo nuestra familia humana. Muchos se han cansado de las promesas; muchos han olvidado cómo mantener la esperanza.

Como líderes religiosos, guiados por la sabiduría de nuestras respectivas tradiciones, compartimos una responsabilidad sagrada: ayudar a nuestros pueblos a liberarse de las cadenas del prejuicio, la ira y el odio; ayudarlos a superar el egoísmo y el egocentrismo; ayudarlos a vencer la codicia que destruye tanto el espíritu humano como la tierra. De esta manera, podemos guiar a nuestros pueblos para que se conviertan en profetas de nuestro tiempo: voces que denuncien la violencia y la injusticia, que sanen las divisiones y proclamen la paz para todos nuestros hermanos y hermanas.

Este año, la Iglesia católica celebra el Año jubilar de la Esperanza. Tanto la esperanza como la peregrinación son realidades comunes a todas nuestras tradiciones religiosas. Este es el camino que *Nostra aetate* nos invita a continuar: caminar juntos en la esperanza. Entonces, cuando lo hacemos, sucede algo hermoso: los corazones se abren, se construyen puentes y aparecen nuevos caminos allí donde antes no parecía posible. Esta no es la labor de una sola religión, una sola nación o incluso de una sola generación. Es una tarea sagrada para toda la humanidad: mantener viva la esperanza, mantener vivo el diálogo y man-

tener vivo el amor en el corazón del mundo.

Mis queridos hermanos y hermanas, en este momento crucial de la historia, se nos ha confiado una gran misión: despertar en todos los hombres y mujeres su sentido de la humanidad y de lo sagrado. Esto es precisamente, amigos míos, por lo que nos hemos reunido en este lugar, asumiendo la gran responsabilidad, como líderes religiosos, de llevar esperanza a una humanidad que a menudo se ve tentada por la desesperación. Recordemos que la oración tiene el poder de transformar nuestros corazones, nuestras palabras, nuestras acciones y nuestro mundo. Ella nos renueva desde dentro, reavivando en nosotros el espíritu de esperanza y amor.

En este sentido, quisiera recordar las palabras de san Juan Pablo II, pronunciadas en Asís en 1986: «Si el mundo debe continuar y los hombres y las mujeres deben sobrevivir en él, el mundo no puede prescindir de la oración» (Discurso a los representantes de las Iglesias cristianas y de las comunidades eclesiales y de las religiones del mundo, 27 octubre 1986).

Y ahora, invito a cada uno de ustedes a hacer una pausa para orar en silencio. Que la paz descienda sobre nosotros y llene nuestros corazones.

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro. Miércoles, 29 de octubre de 2025

Estar atentos al abuso del nombre de Dios

¡Queridos hermanos y hermanas, peregrinos en la fe y representantes de las diversas tradiciones religiosas! ¡Buenos días, bienvenidos!

En el centro de la reflexión de hoy, en esta Audiencia general dedicada al diálogo interreligioso, deseo colocar las palabras del Señor Jesús a la mujer samaritana: «Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad» (Jn 4,24). En el Evangelio, este encuentro revela la esencia del auténtico diálogo religioso: un intercambio que se establece cuando las personas se abren unas a otras con sinceridad, escucha atenta

y enriquecimiento mutuo. Es un diálogo nacido de la sed: la sed de Dios por el corazón humano y la sed humana de Dios. En el pozo de Sicar, Jesús supera las barreras de la cultura, el género y la religión. Invita a la mujer samaritana a una nueva comprensión del culto, que no se limita a un lugar concreto —«ni en este monte ni en Jerusalén»—, sino que se realiza en Espíritu y en verdad. Este momento capta la esencia misma del diálogo interreligioso: el descubrimiento de la presencia de Dios más allá de toda frontera y la invitación a buscarlo juntos con reverencia y humildad.

Hace sesenta años, el 28 de octubre de 1965, el Concilio Vaticano II, con la promulgación de la Declaración *Nostra aetate*, abrió un nuevo horizonte de encuentro, respeto y hospitalidad espiritual. Este luminoso documento nos enseña a tratar a los seguidores de otras religiones no como extraños, sino como compañeros de viaje en el camino hacia la verdad; a honrar las diferencias afirmando nuestra humanidad común; y a discernir, en toda búsqueda religiosa sincera, un reflejo del único Misterio divino que abarca toda la creación.

No hay que olvidar que la primera orientación de *Nostra aetate* fue hacia el mundo judío, con el que San Juan XXIII quiso refundar la relación original. Por primera vez en la historia de la Iglesia, debía tomar forma un tratado doctrinal sobre las raíces judías del cristianismo, que representara un punto de no retorno en el plano bíblico y teológico. «El pueblo del Nuevo Testamento está espiritualmente vinculado con la estirpe de Abraham. La Iglesia de Cristo reconoce, en efecto, que los orígenes de su fe y de su elección se encuentran ya, según el misterio divino de la salvación, en los patriarcas, en Moisés y en los profetas» (NA, 4). Así, la Iglesia, «consciente del patrimonio que tiene en común con los judíos, y movida no por motivos políticos, sino por la caridad religiosa evangélica, deplora los odios, las persecuciones y todas las manifestaciones de antisemitismo de cualquier tiempo y persona contra los judíos» (ibíd.). Desde entonces, todos mis predecesores han condenado el antisemitismo con palabras claras. También yo confirmo que la Iglesia

no tolera el antisemitismo y lo combate, en razón del Evangelio mismo.

Hoy podemos mirar con gratitud todo lo que se ha logrado en el diálogo judeo-católico en estas seis décadas. Esto no se debe solo al esfuerzo humano, sino a la asistencia de nuestro Dios que, según la convicción cristiana, es en sí mismo diálogo. No podemos negar que en este período también ha habido malentendidos, dificultades y conflictos, pero estos nunca han impedido la continuación del diálogo. Tampoco hoy debemos permitir que las circunstancias políticas y las injusticias de algunos nos alejen de la amistad, sobre todo porque hasta ahora hemos logrado mucho.

El espíritu de *Nostra aetate* sigue iluminando el camino de la Iglesia. Esta reconoce que todas las religiones pueden reflejar «un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (n. 2) y buscan respuestas a los grandes misterios de la existencia humana, por lo que el diálogo debe ser no solo intelectual, sino profundamente espiritual. La Declaración invita a todos los católicos –obispos, clero, personas consagradas y fieles laicos– a participar sinceramente en el diálogo y la colaboración con los seguidores de otras religiones, reconociendo y promoviendo todo lo que es bueno, verdadero y santo en sus tradiciones (cf. *ibíd.*). Esto es necesario hoy en día prácticamente en todas las ciudades del mundo donde, debido a la movilidad humana, nuestras diversidades espirituales y de pertenencia están llamadas a encontrarse y a convivir fraternalmente. *Nostra aetate* nos recuerda que el verdadero diálogo tiene sus raíces en el amor, único fundamento de la paz, la justicia y la reconciliación, al tiempo que rechaza con firmeza toda forma de discriminación o persecución, afirmando la igual dignidad de todo ser humano (cf. NA, 5).

Por lo tanto, queridos hermanos y hermanas, sesenta años después de *Nostra Aetate*, podemos preguntarnos: ¿qué podemos hacer juntos? La respuesta es sencilla: actuar juntos. Más que nunca, nuestro mundo necesita nuestra unidad, nuestra amistad y nuestra colaboración. Cada una de nuestras religiones puede contribuir a aliviar el

sufrimiento humano y a cuidar de nuestra casa común, nuestro planeta Tierra. Nuestras respectivas tradiciones enseñan la verdad, la compasión, la reconciliación, la justicia y la paz. Deben reafirmar el servicio a la humanidad, en todo momento. Juntos, debemos estar atentos al abuso del nombre de Dios, de la religión y del diálogo mismo, así como a los peligros que representan el fundamentalismo religioso y el extremismo. También debemos abordar el desarrollo responsable de la inteligencia artificial, ya que, si se concibe como una alternativa al ser humano, puede violar gravemente su dignidad infinita y neutralizar sus responsabilidades fundamentales. Nuestras tradiciones tienen una inmensa contribución que aportar a la humanización de la tecnología y, por lo tanto, a inspirar su regulación, en defensa de los derechos humanos fundamentales. Como todos sabemos, nuestras religiones enseñan que la paz comienza en el corazón del ser humano. En este sentido, la religión puede desempeñar un papel fundamental. Debemos devolver la esperanza a nuestras vidas personales, a nuestras familias, a nuestros barrios, a nuestras escuelas, a nuestros pueblos, a nuestros países y a nuestro mundo. Esta esperanza se basa en nuestras convicciones religiosas, en la convicción de que un mundo nuevo es posible. Hace sesenta años, *Nostra aetate* trajo esperanza al mundo que salía de la Segunda Guerra Mundial. Hoy estamos llamados a refundar esa esperanza en nuestro mundo devastado por la guerra y en nuestro entorno natural degradado. Colaboremos, porque si estamos unidos todo es posible. Hagamos que nada nos divida. Y con este espíritu, deseo expresar una vez más mi gratitud por su presencia y su amistad. Transmitamos este espíritu de amistad y colaboración también a la generación futura, porque es el verdadero pilar del diálogo. Y ahora, detengámonos un momento en oración silenciosa: la oración tiene el poder de transformar nuestras actitudes, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Roguemos al Señor para que todas las tradiciones religiosas puedan contribuir a aliviar

el sufrimiento humano y a cuidar de la creación. Sabemos que la oración tiene el poder de transformar nuestras actitudes, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones. Que Dios los bendiga.

Llamamiento

En estos días, el huracán «Melissa», una tormenta de potencia catastrófica, ha azotado Jamaica, provocando violentas inundaciones y, en estas horas, con la misma fuerza devastadora, está atravesando Cuba. Hay miles de personas desplazadas, y se han dañado casas, infraestructuras y varios hospitales. Les aseguro a todos mi cercanía, rezando por quienes han perdido la vida, por quienes están huyendo y por aquellas poblaciones que, a la espera de la evolución de la tormenta, están viviendo horas de ansiedad y preocupación. Animo a las autoridades civiles a hacer todo lo posible y agradezco a las comunidades cristianas, junto con las organizaciones de voluntariado, la ayuda que están prestando.

DISCURSO A LOS MIEMBROS DEL

"INTERNATIONAL YOUTH ADVISORY BODY"

(ORGANISMO CONSULTIVO INTERNACIONAL DE LOS JÓVENES - IYAB) DEL DICASTERIO PARA LOS LAICOS, LA FAMILIA Y LA VIDA

Sala de los Papas. Viernes, 31 de octubre de 2025

Escuchar las voces de los débiles, a menudo ahogadas

por el ruido de los poderosos.

Queridos jóvenes, ¡buenos días y bienvenidos! por que lo han retirado;

Han sido invitados a formar parte de un organismo consultivo, el International Youth Advisory Body (IYAB), vinculado al Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, cuyo objetivo es dar a conocer a la Santa Sede el «punto de vista de los jóvenes» sobre diversos temas que están en el centro de la misión de la Iglesia. Les agradezco su disponibilidad y su compromiso para dialogar y reflexionar juntos, como han hecho estos días, para ofrecer su contribución a los colaboradores

del Papa en la Curia Romana. Comparto con ustedes tres breves reflexiones sobre la participación, la sinodalidad y la misión.

Participación

Para cumplir con su tarea, están llamados ante todo a sentirse partícipes de la vida y la misión de la Iglesia, que, como bien saben, es una misión universal, es decir, dirigida a todos los hombres y mujeres, de todas las zonas geográficas, de todas las culturas y condiciones sociales. ¿De dónde nace la auténtica participación eclesial? Yo diría que nace de la cercanía al Corazón de Cristo. Es decir, tiene una raíz espiritual, no ideológica ni política.

En su oración dirigida al Padre poco antes de morir, que nos ha sido transmitida por el Evangelio de Juan, Jesús dice: «No ruego solamente por ellos, sino también por los que, gracias a su palabra, creerán en mí. Que todos sean uno.» (Jn 17, 20-21).

Jesús no se interesa solo por el círculo reducido de discípulos que tiene delante, sino que mira más allá: su pensamiento se dirige a todos los seres humanos, incluso a los que están lejos, incluso a los que vendrán en el futuro. Desearía que todos se abrieran a la palabra de salvación que sus discípulos llevarán y que todos encontraran en ella la unidad de la fe y del amor recíproco. En una palabra, el Señor lleva siempre en su corazón al mundo entero. Aquí está la fuente de la participación.

Quien está cerca de Jesús, quien se hace su amigo en la oración, a través de los sacramentos y en la vida cotidiana, comienza a sentir como Él siente; comienza a llevar en su corazón al mundo entero: nada le es ajeno, ninguna persona le es indiferente. Los sufrimientos de los demás, sus necesidades, sus aspiraciones le conciernen, lo tocan. De ahí surge el deseo de participar, de sentirse parte de la misión universal de la Iglesia, dirigida a todos. Esta implicación es también un signo de madurez humana y espiritual: el niño solo se preocupa por sus propias necesidades, la persona madura sabe compartir los problemas de los demás y los hace suyos.

También ustedes, entonces, están llamados a

esta madurez y están invitados a «sumergirse» en Cristo, para sentir como Él siente y ver como Él ve. En particular, les interesan las expectativas y las dificultades de los jóvenes, de todos los jóvenes de nuestro tiempo, a quienes exhorto a mirar con la compasión de Cristo, tratando de imaginar cómo, a partir de nuestra fe, la Iglesia puede salir al encuentro de ellos.

Sinodalidad

Un segundo aspecto: la sinodalidad. Saben que la sinodalidad es una de las formas de poner en práctica la naturaleza de la Iglesia, que es comunión. A imagen de la Santísima Trinidad, también la Iglesia es una comunión de personas: fieles de todas las edades, lenguas y nacionalidades que caminan juntos, se enriquecen mutuamente y ponen en común los bienes espirituales propios de cada uno.

En la Iglesia sinodal, por lo tanto, se quiere escuchar lo que el Espíritu Santo dice a los jóvenes, se quiere acoger sus carismas, los dones específicos de su edad y de su sensibilidad.

En la Iglesia sinodal, los jóvenes también están llamados a ser portavoces de sus coetáneos. A través de ustedes, de hecho, también se quiere prestar atención a las voces de los jóvenes más débiles, más pobres, de los que están solos, de los refugiados, de los que luchan por integrarse en la sociedad y acceder a las oportunidades educativas, voces que con demasiada frecuencia son ahogadas por el ruido de los poderosos, de los que tienen éxito, de los que viven en realidades «exclusivas».

Por otro lado, la Iglesia sinodal para los jóvenes es también un desafío, podríamos decir una provocación, porque los impulsa a no vivir la fe de forma aislada. Saben que en los últimos años muchos jóvenes se han acercado a la fe a través de las redes sociales, mediante programas de éxito y testimonios cristianos muy populares en la web. Sin embargo, existe el riesgo de que la fe conocida en línea siga siendo una experiencia solo individual, que tranquiliza intelectual y emocionalmente, pero que nunca se convierte en «cuerpo», permanece desencarnada, es decir, separada del «cuerpo eclesial», no se vive con los demás, en la

concreción de las situaciones de la vida, de las relaciones y del compartir realmente. Los algoritmos de las redes sociales crean con demasiada frecuencia solo una caja de resonancia del sujeto, o sea, captan las preferencias y los gustos personales y los «devuelven» amplificados, enriquecidos con propuestas atractivas. Pero cada uno se queda solo consigo mismo, prisionero de sus propias inclinaciones y proyecciones.

En este sentido, las experiencias de sinodalidad vivida superan las barreras del yo y estimulan a los jóvenes a convertirse en miembros efectivos de la familia de Jesucristo para «vivir la fe juntos y expresar nuestro amor en una vida comunitaria, compartiendo con otros jóvenes nuestro afecto, nuestro tiempo, nuestra fe y nuestras inquietudes. La Iglesia ofrece muchos espacios diversos para vivir la fe en comunidad, porque todo es más fácil juntos.» (Exhort. ap. postsin. *Christus vivit*, 164).

Misión

Un último aspecto: la misión. La sinodalidad, cuando es auténtica, desemboca en la misión. En el corazón de la sinodalidad está, de hecho, la acción del Espíritu Santo. No se trata de un procedimiento de asamblea, sino de una forma de dar espacio a la acción de Dios, a través de la escucha del Espíritu. El Espíritu Santo siempre quiere «guiarnos a la verdad completa» (cf. Jn 16,13), es decir, acoger cada vez más profundamente a Jesús, que es la Verdad, y «les recordará todo lo que Él les ha dicho» (cf. Jn 14,26), actualizando sus palabras en el hoy. El Espíritu, por tanto, orienta hacia la misión.

También ustedes tendrán la oportunidad de experimentar cómo la oración en común, la escucha y el diálogo ayudan a comprender cómo hacer presente el Evangelio en el mundo de hoy. Este es el discernimiento eclesial para la misión: comprender en cada época cómo hacer llegar el Evangelio a todos.

Todo esto requiere de ustedes, jóvenes, un corazón dispuesto a escuchar tanto las «inspiraciones» del Espíritu como las «aspiraciones» profundas de cada persona, más allá de las apariencias, para buscar las verdaderas respuestas que

dan sentido a la vida; un corazón abierto a la llamada de Dios y no fijado en sus propios proyectos, dócil a comprender y compadecerse antes de juzgar. La perspectiva de la misión exige también la libertad de los temores, porque el Señor ama llamarnos a recorrer caminos nuevos. Y ustedes, los jóvenes, pueden ser, en este sentido, maestros de creatividad y de valentía.

Les agradezco, pues, la contribución que darán a la misión: será un suplemento de energía y de impulso al corazón misionero de la Iglesia. Su organización, de hecho, forma parte de ese movimiento espiritual más amplio —que comprende las Jornadas Mundiales de la Juventud, la pastoral juvenil ordinaria, los nuevos movimientos juveniles— que mantiene siempre joven a la Iglesia.

Queridos jóvenes, ustedes representan a muchos de sus coetáneos y, a través de ustedes, también ellos pueden «hablar» a la Iglesia. Estén seguros de que su voz es escuchada y tomada en serio. Su contribución, su presencia, es valiosa. Que el Espíritu Santo los guíe, les ilumine y los fortalezca en la alegría del testimonio cristiano. Los bendigo de corazón.

DISCURSO A LOS MIEMBROS DE LA
“ORGANIZACIÓN DE UNIVERSIDADES CATÓLICAS
DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE” (ODUCAL)

Sala Clementina. Viernes, 31 de octubre de 2025

Crear espacios para el encuentro entre la fe y la cultura

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. La paz esté con ustedes.

Buenos días a todos y bienvenidos. Voy a intentar ir un poco rápido porque me gustaría saludar personalmente a todos. Entonces, así pasamos un momento también muy fraterno, en el contexto de este Jubileo, de esta presencia de ustedes aquí en Roma.

Saludo al Presidente de la Organización de Universidades Católicas de América Latina y el Caribe, el Padre Anderson Antonio Pedroso, S.I.,

bienvenido, y a todos los miembros de la ODU-CAL que, desempeñando diversos roles, sirven a la misión educativa de la Iglesia.

Su peregrinación a Roma, con motivo del Jubileo del mundo Educativo, es un signo visible de los lazos de colaboración y afecto que deben caracterizar a su Organización. Ustedes son conscientes de que, entre las finalidades de esta red de más de cien instituciones, está el progreso de la educación superior católica y el servir a la sociedad, creando espacios de encuentro entre fe y cultura, para anunciar el Evangelio en el ámbito universitario.

Este peregrinar juntos ya dice mucho, porque expresa la misión misma por la que la universidad nació en el seno de la Iglesia católica: ser un «centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad» [1] en el que «el esfuerzo conjunto de la inteligencia y de la fe permita a los hombres alcanzar la medida plena de su humanidad». [2]

Hoy, la universidad católica —como afirmó el Papa Francisco—, sigue siendo uno de los mejores instrumentos que la Iglesia ofrece a nuestra época, y es expresión de aquel amor que anima cada acción de la Iglesia, es decir, el amor de Dios por la persona humana. [3]

Desde los orígenes mismos de la vida universitaria en América Latina, la Iglesia ha sido motor en la educación. Las primeras universidades del continente —como la de Santo Domingo, San Marcos de Lima, México, y muchas otras— nacieron de la iniciativa de obispos, religiosos y misioneros convencidos de que anunciar a Jesucristo, «Camino, Verdad y Vida» (Jn 14,6), «es parte integrante del mensaje salvífico cristiano». [4]

Las universidades que ustedes representan, movidas por la misma convicción, «están llamadas a convertirse en “itinerarios de la mente hacia Dios”» [5] encarnando así, la identidad católica que debe distinguirlas. La propuesta de la educación superior católica no es otra que buscar el desarrollo integral de la persona humana, formando inteligencias con sentido crítico, corazones creyentes y ciudadanos comprometidos con el bien común. Y todo esto, con excelencia, competencia

y profesionalidad.

Ustedes conocen bien los retos que hoy la educación enfrenta. Con creatividad, y sabiendo que la gracia los sostiene, sigan adelante con la misión que la Iglesia les confía.

Agradezco todos sus esfuerzos y trabajos para llevar adelante esta gran tarea y los encomiendo a la Virgen María, Trono de la Sabiduría, para que, como ella, siempre sean dóciles a la acción de Aquél que es la Sabiduría misma, Jesucristo nuestro Señor. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Oremos como Jesús nos ha enseñado:
Padrenuestro.
[Bendición].

JUBILEO DEL MUNDO EDUCATIVO. SANTA MISA Y
PROCLAMACIÓN A «DOCTOR DE LA IGLESIA» DE
SAN JOHN HENRY NEWMAN. HOMILÍA DEL
SANTO PADRE LEÓN XIV
*Plaza de San Pedro. Solemnidad de Todos los Santos -
Sábado, 1 de noviembre de 2025*

Formar personas que brillen como estrellas en toda su dignidad

En esta solemnidad de Todos los Santos, es una gran alegría inscribir a san John Henry Newman entre los doctores de la Iglesia y, al mismo tiempo, con motivo del Jubileo del Mundo Educativo, nombrarlo compatrono, junto con santo Tomás de Aquino, de todas las personas que forman parte del proceso educativo. La imponente estatura cultural y espiritual de Newman servirá de inspiración a las nuevas generaciones, con un corazón sediento de infinito, dispuestas a realizar, por medio de la investigación y del conocimiento, aquel viaje que, como decían los antiguos, nos hace pasar per aspera ad astra, es decir, a través de las dificultades, hasta las estrellas.

De hecho, la vida de los santos nos da testimonio de que es posible vivir apasionadamente en medio de la complejidad del presente, sin dejar

de lado el mandato apostólico: «brillen como haces de luz en el mundo» (Flp 2,15). En esta solemne ocasión, deseo repetir a los educadores y a las instituciones educativas: “brillen hoy como haces de luz en el mundo”, gracias a la autenticidad de su compromiso en la investigación coral de la verdad, a su coherente y generoso compartir, a través del servicio a los jóvenes, particularmente a los pobres, y en la experiencia cotidiana de que «el amor cristiano es profético, hace milagros» (cf. Exhort. ap. *Dilexi te*, 120).

El Jubileo es una peregrinación en la esperanza y todos ustedes, en el gran campo de la educación, saben bien cuánto la esperanza sea una semilla indispensable. Cuando pienso en las escuelas y en las universidades, las considero como laboratorios de profecía, en donde la esperanza se vive, se manifiesta y se propone continuamente.

Este es también el sentido del Evangelio de las Bienaventuranzas proclamado hoy. Las Bienaventuranzas traen consigo una nueva interpretación de la realidad. Son el camino y el mensaje de Jesús educador. A primera vista, parece imposible declarar bienaventurados a los pobres, a aquellos que tienen hambre y sed de justicia, a los perseguidos o a los que trabajan por la paz. Pero, aquello que parece inconcebible en la gramática del mundo, se llena de sentido y de luz en la cercanía del Reino de Dios. En los santos vemos cómo ese Reino se acerca y se hace presente en medio de nosotros. San Mateo, acertadamente, presenta las Bienaventuranzas como una enseñanza, proponiendo a Jesús como Maestro que transmite una nueva visión de las cosas y cuya perspectiva coincide con su camino. Las Bienaventuranzas, sin embargo, no son una enseñanza más, son la enseñanza por excelencia. Del mismo modo, el Señor Jesús no es uno entre tantos maestros, sino el Maestro por excelencia. Más aún, es el Educador por excelencia. Nosotros, sus discípulos, estamos en su escuela, aprendiendo a descubrir en su vida, es decir, en el camino que Él recorrió, un horizonte de sentido capaz de iluminar todas las formas de conocimiento. ¡Ojalá que nuestras escuelas y universidades sean siempre lugares de escucha y de práctica del Evangelio!

A veces, los retos actuales pueden parecer superiores a nuestras posibilidades, pero no es así. ¡No permitamos que el pesimismo nos venza! Recuerdo lo que mi querido predecesor, el Papa Francisco, subrayó en su discurso ante la Primera Asamblea Plenaria del Dicasterio para la Cultura y la Educación, que debemos trabajar juntos «para liberar al ser humano de la sombra del nihilismo, que es quizás la plaga más peligrosa de la cultura actual, porque es la que pretende borrar la esperanza». [1] La referencia a la oscuridad que nos rodea nos remite a uno de los textos más conocidos de san John Henry, el himno *Lead, kindly light* («Guíame, Luz amable»). En esa hermosa oración, nos damos cuenta de que estamos lejos de casa, que nuestros pies vacilan, que no logramos descifrar con claridad el horizonte. Pero nada de esto nos detiene, porque hemos encontrado la Guía: «Guíame, oh Luz amable, entre las tinieblas que me rodean. ¡Guíame tú!- *Lead, kindly Light. The night is dark and I am far from home. Lead Thou me on!*»

Es tarea de la educación ofrecer esta Luz amable a aquellos que, de otro modo, podrían quedarse prisioneros de las sombras particularmente insidiosas del pesimismo y el miedo. Por eso me gustaría decirles: desarmemos las falsas razones de la resignación y la impotencia, y difundamos en el mundo contemporáneo las grandes razones de la esperanza. Contemplemos y señalemos esas constelaciones que transmiten luz y orientación en nuestro presente oscurecido por tantas injusticias e incertidumbres. Por eso los animo a hacer de las escuelas, las universidades y toda realidad educativa, incluso informal y callejera, los umbrales de una civilización del diálogo y la paz. A través de sus vidas, dejen que trasluzca esa «enorme muchedumbre», de la que nos habla en la liturgia de hoy el libro del Apocalipsis, «[...] imposible de contar, formada por gente de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas». Y que «estaban de pie ante el trono y delante del Cordero» (7,9).

En el texto bíblico un anciano, observando la muchedumbre, pregunta: «¿Quiénes son y de dónde vienen [...]?» (Ap 7,13). En este sentido,

también en el ámbito educativo, la mirada cristiana se posa sobre «estos [...] que vienen de la gran tribulación» (v. 14) y reconoce en ellos los rostros de tantos hermanos y hermanas de todas las lenguas y culturas, que, a través de la puerta estrecha de Jesús, han entrado en la vida plena. Y entonces, una vez más, debemos preguntarnos: «¿los menos dotados no son personas humanas? ¿Los débiles no tienen nuestra misma dignidad? ¿Los que nacieron con menos posibilidades valen menos como seres humanos, y sólo deben limitarse a sobrevivir? De nuestra respuesta a estos interrogantes depende el valor de nuestras sociedades y también nuestro futuro» (Exhort. ap. *Dilexi te*, 95). Y agregamos: de esta respuesta depende también la calidad evangélica de nuestra educación.

Entre el legado perdurable de san John Henry se encuentran, en este sentido, algunas contribuciones muy significativas a la teoría y la práctica de la educación. «Dios –escribía– me ha creado para hacerle algún servicio definido. Me ha encomendado alguna obra que no ha dado a otro. Tengo mi misión. Nunca podré conocerla en esta vida, pero me será revelada en la otra» (*Meditaciones y devociones*, Madrid 2007, 225). En estas palabras encontramos expresado de manera espléndida el misterio de la dignidad de cada persona humana y también el de la variedad de los dones distribuidos por Dios.

La vida se ilumina no porque seamos ricos, bellos o poderosos. Se ilumina cuando uno descubre en su interior esta verdad: Dios me ha llamado, tengo una vocación, tengo una misión, mi vida sirve para algo más grande que yo mismo. Cada criatura tiene un papel que desempeñar. La contribución que cada uno tiene para ofrecer es de un valor único, y la tarea de las comunidades educativas es alentar y valorar esa contribución. No lo olvidemos: en el centro de los itinerarios educativos no deben estar individuos abstractos, sino personas de carne y hueso, especialmente aquellas que parecen no producir, según los parámetros de una economía que excluye y mata. Estamos llamados a formar personas, para que brillen como estrellas en su plena dignidad.

Por lo tanto, podemos decir que la educación,

desde la perspectiva cristiana, ayuda a todos a ser santos. Nada menos. El Papa Benedicto XVI, con motivo de su viaje apostólico a Gran Bretaña en septiembre de 2010, durante el cual beatificó a John Henry Newman, invitó a los jóvenes a ser santos con estas palabras: «Lo que Dios desea más que nada para cada uno de vosotros es que os convirtáis en santos. Él os ama mucho más de lo que podéis imaginar y quiere lo mejor para vosotros». [2] Esta es la llamada universal a la santidad que el Concilio Vaticano II convirtió en parte esencial de su mensaje (cf. *Lumen gentium*, capítulo V). Y la santidad se propone a todos, sin excepción, como un camino personal y comunitario trazado por las Bienaventuranzas.

Rezo para que la educación católica ayude a cada uno a descubrir su vocación a la santidad. San Agustín, a quien san John Henry Newman apreciaba tanto, dijo una vez que somos compañeros de escuela que tienen un sólo maestro, cuya escuela y cátedra están en la tierra y en el cielo respectivamente (cf. Sermón 292,1).

[1] Francisco, Discurso para la Sesión Plenaria del Dicasterio para la Cultura y la Educación, Sala Clementina (21 noviembre 2024).

[2] Benedicto XVI, Saludo a los alumnos, Twickenham - Reino Unido (17 septiembre 2010).

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. Sábado, 1 de noviembre de 2025

Constructores de la fraternidad porque la humanidad sufre la injusticia y las guerras

Queridos hermanos y hermanas:

Deseo saludar a todos los que han participado en esta solemne celebración, particularmente a los cardenales, a los obispos y a las distinguidas autoridades.

Estoy muy contento de recibir a la Delegación oficial de la Iglesia de Inglaterra, liderada por Su Gracia Stephen Cottrell, Arzobispo de York.

Después del histórico encuentro de oración con Su Majestad el Rey Carlos III, que ha tenido lugar hace unos días en la capilla Sixtina, la presencia de su delegación refleja el gozo que juntos compartimos por la proclamación de san John Henry Newman como doctor de la Iglesia. Que él acompañe desde el cielo el camino de todos los cristianos hacia la plena unidad.

Extiendo mi saludo a todos los peregrinos presentes, especialmente a los jóvenes que han dado vida a la “Carrera de los santos”, promovida por las Misiones Don Bosco, que une el deporte y la solidaridad con los niños más desfavorecidos.

Hermanas y hermanos, el misterio de la comunión de los santos, que hoy respiramos “a pleno pulmón”, nos recuerda cuál es el destino final de la humanidad: una gran fiesta en la que celebramos el amor de Dios, presente en todo y en todos, reconociendo y admirando la belleza multiforme de los rostros, todos diferentes y al mismo tiempo semejantes al rostro de Cristo. Mientras anticipamos esta realidad futura, sentimos aún más fuerte y doloroso el contraste con los dramas que la familia humana está sufriendo a causa de las injusticias y de las guerras. Y sentimos todavía más imperioso el deber de ser constructores de fraternidad. Encomendemos nuestra oración y nuestro compromiso a la intercesión de la Virgen María y de todos los santos.

CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES
DIFUNTOS. SANTA MISA. HOMILÍA DEL SANTO
PADRE LEÓN XIV

*Cementerio del Verano, Roma. Domingo, 2 de noviembre
de 2025*

La caridad vence a la muerte

Queridos hermanos y hermanas:

Nos hemos reunido en este lugar para celebrar la conmemoración de todos los fieles difuntos, en particular de los que están sepultados aquí y, con especial afecto, de nuestros seres queridos. En el día de la muerte ellos nos han dejado, pero los llevamos siempre con nosotros en la memoria del

corazón. Y cada día, en todo lo que vivimos, esta memoria está viva. A menudo, hay muchas cosas que nos los recuerdan, imágenes que nos llevan a los momentos que vivimos con ellos. Muchos lugares, incluso los olores de nuestras casas nos hablan de aquellos a quienes hemos amado y que nos han dejado, pero mantienen encendido en nosotros su recuerdo.

Hoy, sin embargo, no estamos aquí sólo para conmemorar a los que han dejado este mundo. La fe cristiana, fundada sobre la Pascua de Cristo, nos ayuda a vivir la memoria más que como un recuerdo del pasado, como una esperanza futura. No es tanto un volverse hacia atrás, sino más bien un mirar hacia adelante, hacia la meta de nuestro camino, hacia el puerto seguro que Dios nos ha prometido, hacia la fiesta sin fin que nos aguarda. Allí, en compañía del Señor Resucitado y de nuestros seres queridos, gustaremos la alegría del banquete eterno: «En aquel día —hemos escuchado en la lectura del profeta Isaías—, el Señor de los ejércitos ofrecerá a todos los pueblos sobre esta montaña un banquete de manjares suculentos [...]. Destruirá la Muerte para siempre» (Is 25,6.8).

Esta “esperanza futura” anima nuestro recuerdo y nuestra oración en este día. No se trata de una ilusión que sirve para mitigar el dolor por la separación de las personas amadas, ni tampoco un simple optimismo humano. Sino de la esperanza fundada en la resurrección de Jesús, que ha vencido a la muerte y ha abierto también para nosotros el paso hacia la plenitud de la vida. Él —como recordaba en una reciente catequesis— es «el punto de llegada de nuestro caminar. Sin su amor, el viaje de la vida se convertiría en un vagar sin meta, un trágico error con un destino perdido. [...] El Resucitado garantiza la llegada, nos conduce a casa, donde somos esperados, amados, salvados» (Catequesis, 15 octubre 2025).

Y este punto final de llegada, el banquete alrededor del cual el Señor nos reunirá, será un encuentro de amor. Por amor, Dios nos ha creado; en el amor de su Hijo, nos salva de la muerte; quiere que vivamos para siempre en la alegría del amor junto con Él y nuestros seres queridos. Pre-

cisamente por esto, nosotros caminamos hacia la meta y la anticipamos, en un vínculo invencible con aquellos que nos han precedido, sólo cuando vivimos en el amor y practicamos el amor mutuo, en particular hacia los más frágiles y los más pobres. Jesús nos invita a hacerlo con estas palabras: «porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver» (Mt 25,35-36).

La caridad vence a la muerte. En la caridad Dios nos reunirá junto con nuestros seres queridos. Y, si caminamos en la caridad, nuestra vida será una oración que se eleva y nos une a los difuntos, nos acerca a ellos, en la espera de encontrarlos nuevamente en la alegría de la eternidad.

Queridos hermanos y hermanas, mientras el dolor por la ausencia de quien no está ya con nosotros permanece impreso en nuestro corazón, encomendémonos a la esperanza que no defrauda (cf. Rm 5,5); contemplemos a Cristo resucitado y pensemos en nuestros seres queridos difuntos como envueltos por su luz; dejemos resonar en nosotros la promesa de vida eterna que el Señor nos dirige. Él eliminará la muerte para siempre. Él la ha vencido para siempre abriendo un paso de vida eterna —es decir, haciendo Pascua— en el túnel de la muerte, para que, unidos a Él, también nosotros podamos entrar en él y atravesarlo.

Él nos espera y, cuando lo encontremos, al final de esta vida terrena, nos regocijaremos con Él y con nuestros seres queridos que nos han precedido. Que esta promesa nos sostenga, enjague nuestras lágrimas, dirija nuestra mirada hacia adelante, hacia la esperanza futura que no declina.

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, 2 de noviembre de 2025

Violencia indiscriminada y sufrimiento inaceptable en Sudán

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domin-

go!

La resurrección de entre los muertos de Jesús, el Crucificado, ilumina en estos primeros días de noviembre el destino de cada uno de nosotros. Nos lo dijo Él mismo: «La voluntad del que me ha enviado es que yo no pierda nada de lo que él me dio, sino que lo resucite en el último día» (Jn 6,39). Por lo tanto, el núcleo de la preocupación de Dios está claro: que nadie se pierda para siempre, que cada uno tenga su lugar y resplandezca en su unicidad.

Es el misterio que celebramos ayer, en la Solemnidad de todos los santos: una comunión de las diferencias que, por así decirlo, extiende la vida de Dios a todos los hijos e hijas que desearon formar parte de ella. Este es el deseo inscrito en el corazón de cada ser humano, que suplica reconocimiento, atención y alegría. Como escribió el Papa Benedicto XVI, la expresión “vida eterna” trata de dar un nombre a esta espera irreprimible: no es un continuo sucederse de días sin fin, sino el sumergirse en el océano infinito del amor, en el que el tiempo, el antes y el después ya no existen más. Una plenitud de vida y de felicidad: es esto lo que esperamos y aguardamos de nuestro estar con Cristo (cf. Carta enc. *Spe salvi*, 12).

De este modo, la Conmemoración de todos los fieles difuntos nos acerca más al misterio. La preocupación de Dios por no perder a nadie, en efecto, la conocemos desde dentro cada vez que la muerte parece hacernos perder para siempre una voz, un rostro, un mundo entero. De hecho, cada persona es un mundo entero. Por eso, el día de hoy es una jornada que desafía la memoria humana, tan maravillosa y tan frágil. Sin la memoria de Jesús de su vida, muerte y resurrección el inmenso tesoro que es cada vida se expone al olvido. En la memoria viva de Jesús, en cambio, incluso quien nadie recuerda o quien hasta la historia parece haber borrado, aparece en su infinita dignidad. Jesús, la piedra que los constructores ha rechazado, es ahora la piedra angular (cf. Hch 4,11). Este es el anuncio pascual. Por esta razón, los cristianos recuerdan desde siempre a los difuntos en cada Eucaristía, y hasta la fecha piden que sus seres queridos sean mencionados en la

plegaria eucarística. Desde aquel anuncio surge la esperanza de que nadie se perderá.

Que la visita al cementerio, en la que el silencio interrumpe la agitación del activismo, sea para todos nosotros una invitación a la memoria y a la espera. «Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro» profesamos en el Credo. Conmemoramos, por tanto, el futuro. No estamos encerrados en el pasado, en las lágrimas de la nostalgia; tampoco estamos confinados en el presente, como en un sepulcro. Que la voz familiar de Jesús nos alcance, y alcance a todos, porque es la única que viene del futuro. Nos llama por nuestro nombre, nos prepara un lugar, nos libera del sentimiento de impotencia con el que corremos el riesgo de renunciar a la vida. Que María, mujer del sábado santo, nos enseñe a seguir esperando.

Palabras después del Angelus

Queridos hermanos y hermanas:

con gran dolor sigo las trágicas noticias que llegan de Sudán, particularmente de la ciudad de El Fasher, en el martirizado Darfur del norte. La violencia indiscriminada contra mujeres y niños, los ataques contra civiles indefensos y los graves obstáculos a la acción humanitaria están causando un sufrimiento inaceptable a una población extenuada tras largos meses de conflicto. Recemos para que el Señor acoja a los difuntos, sostenga a los que sufren y toque los corazones de los responsables. Reitero mi sincero llamamiento a las partes implicadas para que decreten un alto el fuego y abran con urgencia corredores humanitarios. En fin, invito a la comunidad internacional a que intervenga con decisión y generosidad, ofreciendo asistencia y apoyando a quienes trabajan incansablemente para proporcionar asistencia humanitaria.

Recemos también por Tanzania, donde, después de las recientes elecciones políticas, se han producido enfrentamientos que han causado numerosas víctimas. Insto a todos a evitar toda forma de violencia y seguir el camino del diálogo.

Los saludo a todos; a los romanos, a los peregrinos provenientes de Italia y de diversas partes del mundo y, en particular, a los representantes

del grupo PeaceMed, procedentes de diferentes Países Mediterráneos; al colegio “São Tomás” de Lisboa; a las hermanas Operarias de Brescia, con la compañía teatral “Uno di noi”; a los fieles de Manerbio; a los profesores del Instituto “Aurora” de Cernusco sul Naviglio y a los jóvenes de Rivarolo.

Esta tarde, en el cementerio del Verano, celebraré la Eucaristía en sufragio por todos los difuntos. Espiritualmente, visitaré las tumbas de mis seres queridos; también oraré por los difuntos que nadie recuerda. No olvidemos que nuestro Padre celestial nos conoce y nos ama a cada uno de nosotros y no se olvida de nadie.

A todos, feliz domingo en memoria cristiana de nuestros difuntos.

CARTA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV AL
SEMINARIO MAYOR ARCQUIDIOCESANO "SAN
CARLOS Y SAN MARCELO" DE TRUJILLO, CON
OCASIÓN DE LOS 400 AÑOS DE SU FUNDACIÓN
4 de noviembre de 2025

“Señor, quiero ser tu sacerdote, no para mí, sino para tu pueblo”

Queridos hijos:

En este año damos gracias al Señor por los cuatro siglos de historia del Seminario Mayor Arquidiocesano “San Carlos y San Marcelo” de Trujillo, y recordamos el paso de innumerables jóvenes de esa Arquidiócesis, de diversas jurisdicciones del Perú y comunidades religiosas que, en esas aulas y capillas, han querido responder a la voz de Cristo, que los llamó «para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14). También mis huellas forman parte de esa casa, en la que serví como profesor y director de estudios.

Su primera tarea sigue siendo la misma: estar con el Señor, dejar que Él los forme, conocerlo y amarlo, para poder parecerse a Él. Por eso la Iglesia ha querido que existan los seminarios, lugares para custodiar esta experiencia y preparar a quienes serán enviados a servir al santo Pueblo de

Dios. De esa fuente brotan también las actitudes que deseo compartirles ahora, porque han sido siempre el fundamento seguro del ministerio de los sacerdotes.

Por tal motivo, antes que cualquier otra cosa, es necesario dejar que el Señor aclare las motivaciones y purifique las intenciones (cf. Rm 12,2). El sacerdocio no puede reducirse a “llegar a la Ordenación” como si fuera una meta externa o una salida fácil a problemas personales. No es una huida de lo que no se quiere enfrentar, ni un refugio ante dificultades afectivas, familiares o sociales; tampoco una promoción o un resguardo, sino un don total de la existencia. Sólo en la libertad es posible donarse: atado a intereses o miedos nadie se entrega, pues «se es verdaderamente libre cuando no se es esclavo» (S. Agustín, *De civitate Dei*, XIV, 11, 1). Lo decisivo no es “ordenarse”, sino ser verdaderamente sacerdotes.

Cuando se lo piensa en claves mundanas, el ministerio se confunde con un derecho personal, un cargo distribuible; se transforma en mera prerrogativa o en función burocrática. En realidad, nace de la elección del Señor (cf. Mc 3,13), que con especial predilección llama a algunos varones para hacerlos partícipes de su ministerio salvífico, a fin de que reproduzcan en sí su propia imagen y den un constante testimonio de fidelidad y de amor (cf. Misal Romano, Prefacio I de las ordenaciones). Quien busca el sacerdocio por motivos mezquinos, se equivoca de cimiento y construye sobre arena (cf. Mt 7,26-27).

La vida en el seminario es un camino de rectificación interior. Hay que dejar que el Señor sondee el corazón y muestre con claridad qué mueve nuestras decisiones. La rectitud de intención significa poder decir cada día, con sencillez y verdad: “Señor, quiero ser tu sacerdote, no para mí, sino para tu pueblo”. Esta transparencia se cultiva en la confesión frecuente, en la dirección espiritual sincera y en la obediencia confiada a quienes acompañan el discernimiento. La Iglesia pide seminaristas de corazón limpio, que busquen a Cristo sin doblez y no se dejen atrapar por el egoísmo o la vanidad.

Esto requiere discernimiento continuo. La sin-

ceridad ante Dios y ante los formadores protege de la autojustificación y ayuda a corregir a tiempo lo que no es evangélico. Un seminarista que aprende a vivir en esta claridad, se convierte en un hombre maduro, libre de la ambición y del cálculo humano, libre para entregarse sin reservas. De este modo, la ordenación será la confirmación gozosa de una vida configurada con Cristo desde el seminario, y el comienzo de un camino auténtico.

El corazón del seminarista se forma en el trato personal con Jesús. La oración no es un ejercicio accesorio, en ella se aprende a reconocer su voz y a dejarse conducir por Él. Quien no ora, no conoce al Maestro; y quien no lo conoce, no puede amarlo de verdad ni configurarse con Él. El tiempo dedicado a la oración es la inversión más fecunda de la vida, porque allí el Señor moldea los sentimientos, purifica los deseos y fortalece la vocación. ¡No puede hablar de Dios el que poco habla con Dios! Cristo se deja encontrar de un modo privilegiado en la Sagrada Escritura. Es preciso acercarse a ella con reverencia, con espíritu de fe, buscando al Amigo que se revela en sus páginas.

Allí, quien será sacerdote, descubre cómo piensa Cristo, cómo mira al mundo, cómo se conmueve por los pobres, y poco a poco se reviste de sus mismos criterios y actitudes. «Necesitamos mirar a Jesús, a la compasión con la que Él ve nuestra humanidad herida, a la gratuidad con la que ha ofrecido su vida por nosotros en la cruz» (Francisco, Carta a los sacerdotes de la diócesis de Roma, 5 agosto 2023).

La Iglesia ha reconocido siempre que el encuentro con el Señor necesita arraigarse en la inteligencia y hacerse doctrina. Por eso el estudio es camino indispensable para que la fe se haga sólida, razonada y capaz de iluminar a los demás. Quien se forma para ser sacerdote no dedica tiempo a lo académico por mera erudición, sino por fidelidad a su vocación. El trabajo intelectual, especialmente el teológico, es una forma de amor y de servicio, necesario para la misión, siempre en plena comunión con el Magisterio. Sin estudio serio no hay verdadera pastoral, porque el minis-

terio consiste en conducir a los hombres a que conozcan y amen a Cristo y, en Él, encuentren la salvación (cf. Pío XI, Carta enc. *Ad Catholici Sacerdotii*, 44-46). Se cuenta que un formando le preguntó a san Alberto Hurtado en qué debía especializarse, y el santo respondió: “¡Especialízate en Jesucristo!”. Esa es la orientación más segura: hacer del estudio un medio para unirse más al Señor y para anunciarlo con claridad.

La oración y la búsqueda de la verdad no son caminos paralelos, sino un único sendero que lleva al Maestro. Una piedad sin doctrina se vuelve sentimentalismo frágil; una doctrina sin oración se vuelve estéril y fría. Cultiven ambas con equilibrio y pasión, sabiendo que sólo así podrán anunciar auténticamente lo que viven y vivir con coherencia lo que anuncian. Cuando la inteligencia se abre a la verdad revelada y el corazón se enciende en la oración, la formación se vuelve fecunda y prepara para un sacerdocio sólido y luminoso.

Vida espiritual e intelectual son indispensables, pero ambas se orientan hacia el altar, lugar donde la identidad sacerdotal se edifica y se revela en plenitud (cf. S. Juan XXIII, Carta enc. *Sacerdotii Nostri Primordia*, II). Allí, en el Santo Sacrificio, el sacerdote aprende a ofrecer su vida, como Cristo en la cruz. Al nutrirse de la Eucaristía descubre la unidad entre el ministerio y el sacrificio (cf. S. Pablo VI, Carta enc. *Mysterium Fidei*, 4), y comprende que su vocación consiste en ser hostia junto con Cristo (cf. Rm 12,1). Así, cuando la cruz se asume como parte inseparable de la vida, la Eucaristía deja de verse sólo como un rito y se convierte en el verdadero centro de la existencia.

La unión con Cristo en el Sacrificio eucarístico se prolonga en la paternidad sacerdotal, que no engendra según la carne, sino según el Espíritu (cf. 1 Co 4,14-15). Ser padre no es algo que se hace, sino algo que se es. Un verdadero padre no vive para sí, sino para los suyos: se alegra cuando sus hijos crecen, sufre cuando se pierden, espera cuando se alejan (cf. 1 Ts 2,11-12). Así también el sacerdote lleva en su corazón al pueblo entero, intercede por él, lo acompaña en sus luchas y lo sos-

tiene en la fe (cf. 2 Co 7,4). La paternidad sacerdotal consiste en transparentar el rostro del Padre, de modo que quien encuentre al sacerdote intuya el amor de Dios.

Tal paternidad se expresa en actitudes de entrega: el celibato como amor indiviso a Cristo y a su Iglesia, la obediencia como confianza en la voluntad de Dios, la pobreza evangélica como disponibilidad para todos (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Presbyterorum Ordinis, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, 15-17), y la misericordia y fortaleza que acompañan las heridas y sostienen en el dolor. En ellas se reconoce al sacerdote como verdadero padre, capaz de guiar a sus hijos espirituales hacia Cristo con firmeza y amor. No existe paternidad a medias, ni sacerdocio a medias.

Ustedes, candidatos al sacerdocio, están llamados a huir de la mediocridad, en medio de peligros muy concretos: la mundanidad que disuelve la visión sobrenatural de la realidad, el activismo que agota, la dispersión digital que roba interioridad, las ideologías que desvían del Evangelio y, no menos grave, la soledad de quien pretende vivir sin el presbiterio y sin su obispo. Un sacerdote aislado es vulnerable. La fraternidad y comunión sacerdotal son intrínsecas a la vocación. La Iglesia necesita pastores santos que se entreguen juntos, no funcionarios solitarios; sólo así podrán ser testigos creíbles de la comunión que predicán.

Queridos hijos, al concluir quiero asegurarles que tienen un lugar en el corazón del Sucesor de Pedro. El seminario es un don inmenso y exigente, pero nunca están solos en este camino. Dios, los santos y toda la Iglesia caminan con ustedes, y de modo particular su obispo y sus formadores, que los ayudan a crecer «hasta que Cristo sea formado en ustedes» (Ga 4,19). Reciban de ellos la guía y la corrección como gestos de amor. Recuerden también la sabiduría de santo Toribio de Mogrovejo, tan querido en Trujillo, que amaba decir: “No es nuestro el tiempo, es muy breve, y Dios nos tomará estricta cuenta del modo como lo hemos empleado” (cf. C. García Irigoyen, Sto. Toribio, Lima 1908, 141). Aprovechen, pues, cada día como un tesoro irrepetible.

Que la Virgen María y san José, primeros formadores del Sumo y Eterno Sacerdote, los sostengan a todos en la alegría de saberse amados y llamados. Con estos sentimientos, como signo de cercanía, imparto de corazón la implorada Bendición Apostólica sobre toda la comunidad de ese querido Seminario y sus familias.

Vaticano, 17 de septiembre de 2025, memoria de san Roberto Belarmino, obispo y doctor de la Iglesia.

LEÓN PP. XIV

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro. Miércoles, 5 de noviembre de 2025

Transformar el mundo con la fuerza suave y valiente de la esperanza cristiana

Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. IV. La resurrección de Cristo y los retos del mundo actual 3. La Pascua da esperanza a la vida cotidiana.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

La Pascua de Jesús es un evento que no pertenece a un pasado lejano, ya sedimentado en la tradición, como tantos otros episodios de la historia humana. La Iglesia nos enseña a hacer memoria actualizante de la Resurrección todos los años en el domingo de Pascua y todos los días en la celebración eucarística, durante la que se realiza de modo pleno la promesa del Señor resucitado: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20).

Por eso, el misterio pascual constituye el eje de la vida del cristiano en torno al cual giran todos los demás eventos. Podemos decir entonces, sin irenismo o sentimentalismo, que todos los días es Pascua. ¿De qué modo?

Vivimos cada hora muchas experiencias diversas: dolor, sufrimiento, tristeza, entrelazadas con alegría, estupor, serenidad. Pero, en cada situación, el corazón humano anhela la plenitud, una

felicidad profunda. Una gran filósofa del s. XX, Santa Teresa Benedicta de la Cruz -cuyo nombre secular fue Edith Stein-, que tanto profundizó en el misterio de la persona humana, nos recuerda este dinamismo de búsqueda constante de la plenitud. «El ser humano -escribe- anhela siempre volver a recibir el don de la existencia, para poder alcanzar lo que el instante le da y, al mismo tiempo, le quita» (Ser infinito y ser eterno. Intento de un ascenso al sentido del ser). Estamos inmersos en el límite, pero también tendemos a superarlo.

El anuncio pascual es la noticia más hermosa, alegre y conmovedora que jamás ha resonado en el curso de la historia. Es el “Evangelio” por excelencia, que atestigua la victoria del amor sobre el pecado y de la vida sobre la muerte, y por eso es el único capaz de saciar la demanda de sentido que inquieta nuestra mente y nuestro corazón. El ser humano está animado por un movimiento interior, propende hacia un más allá que le atrae constantemente. Ninguna realidad contingente le satisface. Tendemos al infinito y a lo eterno. Esto contrasta con la experiencia de la muerte, anticipada por los sufrimientos, las pérdidas, los fracasos. De la muerte «nullu homo vivente po skampare» (ningún hombre viviente puede escapar), canta San Francisco de Asís (cfr. Cántico del hermano sol).

Todo cambia gracias a aquella mañana en la que las mujeres que habían ido al sepulcro para ungir el cuerpo del Señor lo encuentran vacío. La pregunta de los Magos de Oriente en Jerusalén («¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?», Mt 2,1-2) halla la respuesta definitiva en las palabras del misterioso joven vestido de blanco que habla a las mujeres en el alba pascual: «¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado» (Mc 16,6).

Desde esa mañana hasta hoy, cada día, Jesús posee también este título: el Viviente, como Él mismo se presenta en el Apocalipsis: «Yo soy el Primero y el Último, el Viviente; estuve muerto, pero ahora vivo para siempre» (Ap 1,17-18). Y en Él tenemos la seguridad de poder encontrar perennemente la estrella polar hacia la que dirigir nuestra vida de aparente caos, marcada por he-

chos que, a menudo, nos parecen confusos, inaceptables, incomprensibles: el mal, en sus múltiples facetas; el sufrimiento, la muerte: eventos que nos afectan a todos y cada uno. Meditando el misterio de la Resurrección, encontramos respuesta a nuestra sed de sentido.

Ante nuestra frágil humanidad, el anuncio pascual se convierte en cura y sanación, alimenta la esperanza frente a los desafíos alarmantes que la vida nos pone por delante cada día a nivel personal y planetario. Desde la perspectiva de la Pascua, la Via Crucis se transfigura en Via Lucis. Necesitamos saborear y meditar la alegría después del dolor, reatrayendo con esta nueva luz todas las etapas que precedieron la Resurrección.

La Pascua no elimina la cruz, sino que la vence en el duelo prodigioso que ha cambiado la historia humana. También nuestro tiempo, marcado por tantas cruces, invoca el alba de la esperanza pascual.

La Resurrección de Cristo no es una idea, una teoría, sino el Acontecimiento que fundamenta la fe. Él, el Resucitado, nos lo recuerda siempre mediante el Espíritu Santo, para que podamos ser sus testigos también allí donde la historia humana no ve luz en el horizonte. La esperanza pascual no defrauda. Creer verdaderamente en la Pascua en el camino cotidiano significa revolucionar nuestra vida, ser transformados para transformar el mundo con la fuerza suave y valiente de la esperanza cristiana.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Señor que envíe su Espíritu Santo sobre nosotros, para que seamos testigos de la esperanza pascual y llevemos la luz del Resucitado hasta los confines de la tierra. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Llamamiento

Hermanos y hermanas, os invito a uniros a mi oración por todos aquellos que sufren a causa de los conflictos armados en diversas partes del mundo; pienso especialmente en Myanmar, y exhorto a la comunidad internacional a no olvidar al pueblo birmano y a proporcionar la necesaria ayuda humanitaria.

